

RAE

- 1. TIPO DE DOCUMENTO:** Trabajo de grado para optar al título de Magíster en Filosofía Contemporánea
- 2. TÍTULO:** La democracia como “modo de vida” en la filosofía política y pedagógica de John Dewey
- 3. AUTOR:** José Hernando Sáenz Meneses
- 4. LUGAR:** Bogotá D.C
- 5. FECHA:** Septiembre de 2015
- 6. PALABRAS CLAVES:** Filosofía política, pedagogía, educación, pragmatismo, experiencia, naturaleza humana, libertad, ética y moral.
- 7. DESCRIPCIÓN DEL TRABAJO:** El objetivo de este trabajo es hacer un acercamiento al concepto de democracia en la filosofía política y pedagógica de John Dewey para analizar la importancia y pertinencia en la sociedad actual. De esa tesis se descubre que este autor le da una relevancia significativa desde la ética y moral la cual es necesaria y fundamental en una sociedad donde las relaciones humanas son cada vez más deterioradas y la democracia ha terminado por ser un concepto que en el transcurso de la historia ha sido reducido a lo institucional. Esta preocupación permite reflexionar no sólo la importancia en el campo ético y político sino educativo permitiendo revivir este concepto como un significado el cual debe formar parte principal del contexto comunitario; una tarea reconstructiva a partir de las experiencias que todos los individuos viven entre sí donde debe primar esa construcción continua con ayuda de una inteligencia organizada en la que se estimen valores en común que deben ser vivenciados y no impuestos y que cada cultura y en cada época particular tendría el deber de analizar.
- 8. LÍNEA DE INVESTIGACIÓN:** Filosofía contemporánea
- 9. METODOLOGÍA:** Investigación de tipo teórico analítica, descriptiva y reflexiva
- 10. CONCLUSIONES:** El concepto de democracia desde la filosofía deweyana nos muestra un panorama diferente permitiendo revitalizar un concepto que en la sociedad actual es interpretado de manera peyorativa siendo reducido a un mecanismo de gobierno como un ejercicio para el poder y la lucha entre partidos políticos. Contamos con una educación que tiende a la industrialización y adoctrinamiento la cual está olvidando la reflexión particular hacia el campo personal y social. Esta investigación ha permitido un acercamiento a los tópicos fundamentales de la propuesta del filósofo norteamericano John Dewey relacionados con otros análisis como pertinencia a la vida social de este contexto apoyándose en la educación como su correlato con el objetivo de trasladar el quehacer filosófico y sobre todo moral a todos los aspectos de la vida cultural. Nos apoyamos en los principales elementos que Dewey señaló en su propuesta democrática como son la persuasión, la discusión y la formación de una opinión pública; que trabaje para el desarrollo de una cultura en la que la pluralidad sea promovida adecuadamente.

**LA DEMOCRACIA COMO “MODO DE VIDA” EN LA FILOSOFÍA POLÍTICA Y
PEDAGÓGICA DE JOHN DEWEY**

JOSÉ HERNANDO SÁENZ MENESES

**UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
MAESTRÍA EN FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA
2015**

**LA DEMOCRACIA COMO “MODO DE VIDA” EN LA FILOSOFÍA POLÍTICA Y
PEDAGÓGICA DE JOHN DEWEY**

JOSÉ HERNANDO SÁENZ MENESES

Tesis para optar al título de Magíster en Filosofía Contemporánea

**Bajo la tutoría de la profesora
TULIA ALMANZA LOAIZA**

**UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
MAESTRÍA EN FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA**

2015

AGRADECIMIENTOS:

Debo agradecer particularmente a la profesora *Tulia Almanza* quien con su paciencia me acompañó en esta experiencia enriqueciendo y aportando a mi formación personal y sobre todo alentando cada día el anhelo por la vida a pesar de los tiempos difíciles.

A mi madre y hermanos quienes siempre me motivan a seguir adelante, a todos los maestros quienes me acompañaron y aportaron grandes conocimientos y experiencias en este proceso y por último a mis amigos y compañeros con quienes he aprendido a formar una verdadera comunidad de vida.

CONTENIDO

Introducción.....	7
1. Capítulo primero: Pragmatismo, Experiencia y Naturaleza humana.....	11
1.1. Raíces del pragmatismo norteamericano.....	11
1.1.1. Charles Sanders Pierce.....	13
1.1.2. William James.....	15
1.1.3. Dewey y el Instrumentalismo.....	17
1.2. La experiencia para Dewey.....	17
1.2.1. Concepción de la experiencia para Dewey.....	19
1.2.1.1 El organismo interactivo.....	20
1.2.1.2. La experiencia deweyana.....	21
1.2.2. Crítica al empirismo clásico.....	23
1.2.3. La experiencia en relación con la democracia para la vida comunitaria.....	27
1.3 Naturaleza humana.....	29
1.3.1. El problema de la Naturaleza humana en contraposición con la cultura.....	29
1.3.2. Naturaleza humana para Dewey.....	32
1.3.3. El papel del hábito y la inteligencia en la naturaleza humana.....	34
1.3.3.1. El hábito.....	35
1.3.2.2. La inteligencia.....	37
2. Capítulo Segundo: El concepto de democracia como modo de vida.....	39

2.1. La democracia como modo de vida.....	40
2.1.1. Democracia, una idea comunitaria.....	43
2.1.2. Comunidad vs sociedad.....	49
2.2. Libertad y democracia.....	51
2.2.1. Aproximación al concepto de libertad en Dewey.....	51
2.2.1.1 Una mirada al panorama histórico del concepto de libertad.....	51
2.2.1.2. Democracia como modo de vida para la consecución de la libertad.....	59
2.3 Crítica al pragmatismo y a la democracia deweyana.....	63
2.3.1. Horkheimer y la crítica a la razón instrumental.....	63
2.3.2. Honneth y la mirada a la democracia deweyana.....	66
3. Capítulo tercero: Educación y democracia.....	72
3.1. Educación deweyana.....	73
3.1.1 Educación para la vida y para la sociedad.....	74
3.1.2. El papel de la escuela como una pequeña comunidad.....	78
3.2. Educación democrática.....	81
3.2.1. Inconvenientes para la realización del modo de vida democrático.....	82
3.2.2. Educación como vocación.....	87
3.3. Educación democrática para la actualidad.....	92
3.3.1. El reto de la educación.....	92
3.3.2. Los propósitos de la educación democrática deweyana para el contexto actual.....	96
Reflexiones finales.....	101
Bibliografía.....	107

INTRODUCCIÓN

La democracia en su más amplio sentido significa el gobierno del pueblo, es decir, que todos los que lo integran lo hacen a partir de la participación y compromiso para llevar a cabo las mejores decisiones, las cuales no serían posibles sin una formación adecuada que permita alcanzar dicha visión. Fueron los griegos los primeros en reflexionar esta forma particular de gobernar y a partir de allí la democracia ha procurado acompañar las sociedades desde la antigüedad, existiendo épocas en las que ha sido casi imposible llevar a cabo gobiernos democráticos, encontrándose en la actualidad poca credibilidad y confianza en esta manera de gobernar, evaluándose negativamente y hallándose un cierto cansancio de la misma. Esto conduce a pensar primeramente que no se puede renunciar a esta forma de gobierno dado que los problemas que sufren las comunidades se deben solucionar a partir del compromiso e inclusión de todos. Segundo, que la democracia ha sufrido una mínima interpretación en su definición la cual reduce la participación a través de un voto que es administrado desde un ente institucional.

Uno de los desafíos del mundo actual es responder a la pregunta sobre cómo revitalizar un concepto que ha sido clave en el proceso inclusivo de las diversas culturas. El hecho de pensarlo significa un reto en el cual la filosofía como la educación deben encontrar la manera adecuada de reflexionarlo a la luz de los problemas actuales que viven las sociedades contemporáneas destacándose como uno de los agravantes más fuertes, el empleo de la democracia como medio de escalar a todo aquel que quiere utilizar el poder en su nombre, engañando los pueblos para sus intereses personales. Lo cual implica que el significado de la misma ha terminado por recluirse en una definición inapreciable que pocas esperanzas gesta en quienes contribuyen a la labor de las sociedades democráticas y que falta más educación en la misma para que sea posible pensar en una sociedad de carácter comunitario. Por eso se hace necesario reflexionar este concepto a la luz de la filosofía ya que es la salida más adecuada para esclarecerlo y sembrar confianza nuevamente en un término que ha formado parte de la cultura y de la sociedad durante muchos períodos de la historia y que en la actualidad mejoraría las relaciones humanas de manera significativa.

Analizar en qué consiste la construcción de una sociedad o comunidad democrática en pleno siglo XXI, nos conduce a recurrir a un autor quien reflexionó de manera particular la cultura y los individuos como preocupación latente que cada época debe tratar de dilucidar para llevar a cabo procesos inclusivos y pertinentes. Es el filósofo norteamericano John Dewey¹. La relevancia de este filósofo en la

¹ John Dewey (1859-1952), nació en Vermont, inició su carrera filosófica en Baltimore, la cual estaría marcada en sus inicios por la influencia de Hegel. En la Universidad de Chicago, reflexionó hacia posiciones experimentalistas que al alejarse de Hegel

contemporaneidad se encuentra desde los intereses y el aporte que hizo a diferentes campos como la política, ética, lógica, psicología y educación habiendo tenido aceptación y preeminencia este último aspecto en el campo de la pedagogía sobre todo en la innovación de la Escuela Nueva y en el giro que le imprime al desarrollo educativo desde la ética y política, pensando los individuos y a la sociedad a partir de una relación más intrínseca. Planteó además como las implicaciones problemáticas que trae consigo la revolución industrial y los continuos avances de la ciencia deben formar parte de las reflexiones filosóficas del mundo actual. Su trabajo extenso procuró una reconstrucción de la filosofía en la que no se pensara como una disciplina extraña que solo se ocupaba de los problemas técnicos específicamente filosóficos, sino que la filosofía tenía que ver específicamente con la adquisición de una perspectiva crítica sobre los problemas y los conflictos profundos de la cultura y la sociedad y con la capacidad de proyectar ideales encaminados a un futuro más deseable.

John Dewey fue un filósofo ubicado en la corriente pragmatista de la primera mitad del siglo XX quien se dedicó a investigar sobre las formas más adecuadas de una vida digna y de los elementos que confluyen para acercarse a ese ideal, por consiguiente puso de manifiesto que la democracia es una de estas formas de vida y la prefirió sobre otras, en la medida que debe ser una tarea ardua que constantemente esté reclamando de sus miembros atención, una labor que no solamente le concierne a unos miembros encargados de dirigirla sino que está en cada uno y de ello depende su eficacia. Su propuesta democrática se centró en una idea particular de la experiencia y la comunidad sobre los procesos electorales, partidos políticos, mandatos o representación. Esto conduce a pensar que las teorías que se han elaborado en torno al concepto de democracia se han detenido en las formas de gobierno y han olvidado que la democracia es inherente al ser humano, un ideal posible en la vida práctica de cada individuo.

A partir de estas líneas se encuentra la necesidad de realizar esta investigación considerando que la democracia abordada desde la filosofía política de John Dewey es una crítica a los modelos tradicionales de gobierno y recibe una relevancia significativa desde la ética y la moral. La democracia como un ideal moral, se convierte en una manera personal de vida, una fe reflexiva en la capacidad de los hombres para enjuiciar de modo inteligente y actuar adecuadamente.

La obra del pensador norteamericano se sitúa en el contexto de las preocupaciones actuales para iluminar posibles soluciones a partir de su experiencia filosófica, ese hilo conductor que permite a la ética y moral

complementó en la Universidad de Columbia. Influenciado por las ideas evolucionistas derivadas del darwinismo adoptó un naturalismo de corte empirista. Estas ideas le condujeron a pensar al hombre como un ser que está en continuo crecimiento y renovación lo cual lo hizo recurrir a desarrollar una pedagogía de corte democrática que permitiría la reconstrucción del orden social al que dedicó toda su vida.

surtir un efecto reparador en las acciones de los seres humanos con miras a mejorar su calidad de vida y a evidenciar el respeto y el cuidado por el otro sin el cual la vida comunitaria no podría existir. De lo contrario solo se puede construir una sociedad en la que existen individuos solitarios, aislados, sin evidencia alguna de un espacio común donde se puedan desarrollar libremente garantizando la vida en toda su expresión.

Para poder llevar a cabo este análisis se dividirá esta investigación en tres apartados, el primero partiendo del pragmatismo, corriente en la que ha sido ubicado el autor, la cual puede comprenderse como la propuesta de un método o una actitud para enfrentar los problemas de la filosofía tradicional, un modo de investigación de carácter intelectual que responde a los problemas vitales de los individuos y de sus sociedades en concreto. Seguidamente se analizará un aspecto fundamental que es el papel de la experiencia, cómo la comprende el autor, por qué hablar de experiencia como un fundamento necesario que no debe quedar solamente reducido a la dimensión epistemológica sino que es un escenario mucho más amplio en el cual los individuos interactúan a partir de sus realidades y en estas mismas pueden reconstruirla y ampliarla. Se realizará luego al análisis de la naturaleza humana dado que si los seres humanos construyen la experiencia a partir de sus relaciones es imprescindible comprender en qué consiste esta naturaleza humana, qué ha sucedido en la historia para que el papel de la naturaleza humana continúe apreciándose de manera negativa a la que es necesario controlar y por qué le da una relevancia al papel que juega el hábito y la inteligencia en esta concepción de la naturaleza humana.

El análisis de estos elementos fundamentales y configurados para la vida misma y para las relaciones intersubjetivas conduce al estudio de la democracia de acuerdo con la visión deweyana. En este segundo apartado se examinará el significado de la democracia para Dewey, qué significa que la democracia es un modo de vida particular, por qué la democracia no debe limitarse a ser comprendida como una forma de gobierno específica, tradicional e inmodificable, sino, “como un modo de vida, de experiencia comunicada juntamente” (Dewey, 2002, p. 82), la cual se realiza desde las esferas más simples del comportamiento en la cotidianidad y no solamente desde los mecanismos o espacios exclusivamente políticos, una definición que trasciende las estrictas fronteras de lo político, pues no es sólo un modo de gobierno asumido por un Estado, sino que es un estilo de vida que se expresa en las actitudes de los seres humanos y se mide por las consecuencias que produce en las mismas. Por qué además la libertad cobra una importancia significativa en este modo de vida democrático y que para su correspondiente realización está intrínsecamente relacionada con esta visión; se hará un recorrido en el cual la libertad ha cobrado un significado para la democracia a través de la historia. Luego se incluirá la crítica que han realizado dos teóricos de la Escuela de Frankfurt tanto al pragmatismo, desde el análisis hecho por

Horkheimer, quien encuentra que esta corriente de tipo instrumentalista, acompañada de la técnica, ha contribuido al proceso de deshumanización y Honneth quien resalta de manera significativa la democracia como modo de vida en la propuesta deweyana y descubre que esta manera en que es abordada la democracia según el modelo de cooperación social es necesaria y fundamental en la actualidad.

En el último apartado se abordará el significado de educación para el autor y su relación con la democracia como modo de vida, por qué la educación es un aspecto fundamental para que el modo de vida democrático pueda ser analizado y vivenciado con sentido crítico comunitario. Qué hace que estos dos conceptos sean intrínsecamente relacionados en los cuales tanto la democracia no puede desarrollarse sin la educación, pero a la vez una educación que no tenga como fundamento la democracia y a los otros como individuos pertenecientes a una comunidad de vida no tendría un sentido significativo, por el contrario, continuaría siendo una educación de tipo cognitivo que prepara individuos para responder a políticas de mercado y no para una sociedad inclusiva. Cuál es además el papel fundamental que juega la escuela como comunidad en miniatura y el rol del maestro en este proceso. Por qué los seres humanos deben desarrollar una vocación que es una de las claves para lograr un estilo de vida. Por último se analizará hasta qué punto la educación democrática deweyana aportaría a esta realidad de pleno siglo XXI, donde se encuentra una sociedad segregada y las relaciones humanas cada vez son más alejadas, y por qué se necesitan fundamentos para que se recupere un sentido vivencial más comunitario y comprometido.

Dado que la democracia no puede estar sujeta a decretos que la vulneren o la conviertan en simples instrumentos de poderes de gobiernos de turno, ni responda únicamente a sus caprichos, en la actualidad una propuesta democrática debe reconocer las necesidades de la colectividad, un consenso entre sus miembros el cual debe ser responsable para definir los objetivos de manera racional. En la medida que los ideales, leyes y preceptos sean sometidos al diálogo y discusión pública se convertirán en elementos consensuales porque serán el fruto de una reflexión crítica interés de una comunidad de sujetos argumentantes, su correlato debe ser la educación; que desarrolle una pedagogía democrática basada en la creación de un espacio público humanizador y participativo, relacionando los saberes en los diferentes contextos y teniendo presente que el individuo en un ser en construcción que aprende a través de la experiencia en un contexto que es significativo, con el objetivo de lograr su renovación. En ese proceso de renovación es importante tener como base la filosofía como reflexión crítica que conduzca a una vida personal y social más inclusiva y participativa en la realidad actual.

CAPÍTULO PRIMERO

PRAGMATISMO, EXPERIENCIA Y NATURALEZA HUMANA

Analizar los puntos claves para la propuesta democrática deweyana incluye hacer un recorrido por los principales tópicos en los que al autor estuvo reflexionando constantemente, por eso es importante partir del análisis sobre el pragmatismo, corriente en la que ha sido ubicado, indagando en qué consiste esta propuesta o método, quiénes influyeron en su filosofía y porqué su propuesta gira sobre los aspectos sociales y comunitarios. Luego se realizará un acercamiento a la experiencia como eje fundamental en su propuesta filosófica, qué significa la reconstrucción de la experiencia, por qué hay que tener presente el concepto de organismo interactivo, la crítica a los autores clásicos empiristas y cómo se configura con la democracia como modo de vida, para luego analizar el lugar primigenio que juega la naturaleza humana en esta reconstrucción de vida experiencial. El papel del hábito y la inteligencia en la construcción de la individualidad en el cual influye el contexto social. Qué significan estos elementos en la propuesta democrática y por qué es necesario establecer un orden adecuado para que los seres humanos puedan vivir en una sociedad mejor organizada que procure el bienestar de sus integrantes.

1.1 RAICES DEL PRAGMATISMO NORTEAMERICANO

Dewey nació y vivió en un contexto marcado por conflictos políticos entre finales del siglo XIX y primera mitad del siglo XX; de esta manera sus ideas estuvieron atravesadas por las transformaciones del sistema capitalista. Esto le permitió al autor detenerse en algunos tópicos en los cuales hizo su aporte desde las opiniones en la filosofía social. Su propuesta se inscribe en la tradición intelectual del pragmatismo, cuyo fundador fue Charles Sanders Peirce y continuado por William James. Para ello es necesario detenernos en este apartado y analizar los aportes de estos dos autores predecesores de Dewey, quienes influyeron en su filosofía. En un artículo escrito por Dewey llamado: *The Development of American Pragmatism* de 1925, recorrió el origen del pragmatismo y se detuvo específicamente en la forma como lo interpretaron Peirce y James. De ahí la necesidad de detenernos con Dewey y analizar la propuesta de estos filósofos.

¿Qué es el pragmatismo? Es la pregunta fundamental que se tratará de indagar en este apartado. La respuesta no deja de generar incertidumbre en la medida que estos autores tenidos como pragmatistas nunca fueron inclinados a aceptar la etiqueta de pragmáticos ni mucho menos ofrecen una versión vulgar del término. La visión de lo que es el pragmatismo significa entre otras cosas que el pensamiento debe abrirse a la contingencia del mundo y de la vida tratando de volver la reflexión al suelo natural de las

relaciones humanas y sociales, es decir, que la tarea de la reflexión debe trasladarse hacia una posición crítica frente a los conflictos que afectan la vida social y cultural, superando la actitud epistemológica que desde la modernidad ha conducido a los filósofos por el camino del cientificismo racional olvidando el sentido del hacer filosófico como práctica social entre otras.

Hartman en un artículo titulado: “John Dewey: exponente del pragmatismo clásico” (1999), nos muestra la dificultad que se encuentra para llegar a una definición común del pragmatismo; pero son algunas características del movimiento estadounidense que pueden proporcionar un orden lógico entre muchos posibles de comprensión: “Se trata de pensadores anti-cartesianos y anti-platónicos, serán pensadores anti-fundacionalistas. Sustituyen el paradigma de lo inmediato por el de la mediación. Tratan de pensar en términos contextualistas” (p. 107). Lo más sobresaliente es que no rechazan la tradición, al contrario, la tienen siempre presente para comprenderla y aplicarla en contexto con la realidad.

El pragmatismo generalmente se ha entendido como un término norteamericano pero Dewey señaló específicamente que Peirce quien fue el fundador de esta corriente de pensamiento tomó el término de un autor alemán. En su artículo de 1925 afirmó Dewey:

El término ‘*pragmático*’, en contra de aquellos que consideran que el pragmatismo es un diseño exclusivamente estadounidense lo sugirió Peirce por su estudio de Kant. En la *Metafísica de las Costumbres*, Kant distingue entre *pragmática* y *práctica*. Esto último se aplica a las leyes morales que Kant considera como a priori, mientras que la primera se aplica a las reglas del arte y la técnica que se basan en la experiencia y aplican la experiencia (Dewey, 1925).

Dewey resaltó como Peirce se inclina más por el término pragmático sugerido por Kant porque expresa la relación humana a partir de la experiencia con un propósito definido. Peirce se negó a llamar a su doctrina “practicalismo” como le fue sugerido por algunos amigos cercanos, pues como lógico estaba más interesado en aclarar conceptos, en el arte y la técnica del pensamiento real con el método pragmático. Lo más importante que señaló Dewey de la teoría de Peirce es que en el significado de un concepto está la posibilidad de influir sobre la conducta y esto está presente en los aportes de Dewey al conocimiento, aunque el papel de la acción juega un papel importante no es predominante. A este respecto, aclara:

El papel de la acción es la de un intermediario. Para poder asignar significado a los conceptos debe ser capaz de aplicarlos a la existencia. Sin embargo, es a través de la acción que dicha aplicación se hace posible. Y el cambio que resulta de la existencia de esta aplicación es el verdadero significado de los conceptos (Dewey, 1925).

Dewey sostuvo que hay que tener presente que existe una gama de posibilidades en la aplicación de los conceptos con la existencia y por lo mismo existe una diversidad de significados. Se abordará a continuación el acercamiento de Peirce y James al pragmatismo con el fin de comprender su significado.

1.1.1. Charles Sanders Peirce

Es en el período comprendido entre 1870 y 1884 cuando Peirce formuló y desarrolló los principios básicos del pragmatismo, en especial sus teorías pragmáticas del significado y la creencia. Es habitual además asociar a este autor con la lógica a la que hizo grandes contribuciones.

El punto de partida del pragmatismo para Peirce tiene una relación directa con la creencia. Para ello se hará un acercamiento a su obra, *El hombre, un signo* escrita en 1878, donde se halla incluido un artículo importante que tiene por nombre: “Cómo esclarecer las ideas”. En este texto se aprecia la importancia de la creencia que ha tenido mucho que ver en la forma como se abordan las acciones. Peirce señala que al plantear una cuestión y cuando se quiere realizar un juicio siempre aparece una relación entre la duda y la creencia. Para él existe una diferencia práctica: “Nuestras creencias guían nuestros deseos y conforman nuestras acciones... el sentimiento de creer es un indicativo más o menos seguro de que en nuestra naturaleza se ha establecido un cierto hábito que determinará nuestras acciones” (1988, p. 181). Para Peirce la creencia aparece definida como un hábito para facilitar la elección por parte del organismo de acuerdo al curso de acción adecuado a las condiciones y determinaciones del medio. Por tanto es necesario también mencionar qué significa el hábito para este filósofo y de esta manera comprender hacia dónde va su línea de pensamiento.

Barrena en un artículo titulado: “Los hábitos y el crecimiento: una perspectiva peirceana” (2001), menciona como para Peirce el hábito constituye una disposición a actuar de un modo concreto bajo determinadas circunstancias. Según Peirce el hábito se define como: “Una ley general de acción, tal que en una cierta clase general de ocasión un hombre será más o menos apto para actuar de una cierta manera general. Un principio general que actúa en la naturaleza del hombre para determinar cómo actuará” (Barrena, 2001, p. 1). De esta manera estos principios influyen en la forma de actuar del hombre y a la vez se forman a partir de esa actividad. En esta medida los hábitos son el resultado de una experimentación entre el hombre y su medio, este concepto de hábito estará más ampliamente definido cuando sea abordada la naturaleza humana en Dewey.

Para Peirce hay una serie de estímulos exteriores que denomina irritaciones que son las que provocan en el individuo la necesidad de actuar, pero esta demanda de acción no es necesariamente una instrucción concreta. Este momento se comprende como un estado de duda que es en sí mismo indeseable y requiere

ser sustituido por el estado de creencia, en la que las irritaciones puedan ir seguidas de la respuesta conductual adecuada.

Ahora bien, la creencia tiene un efecto positivo en la medida que, “no nos hace actuar automáticamente, sino que nos sitúa en condición de comportarnos de determinada manera, dada cierta ocasión” (Peirce, 1988, p. 182). En cambio la duda no tiene este mismo efecto, por el contrario estimula a indagar hasta destruirla. Peirce sugiere que lo mejor para nosotros es que “nuestras creencias sean tales que verdaderamente puedan guiar nuestras acciones de modo que satisfagan nuestros deseos y esta reflexión hará que rechacemos toda creencia que no parezca haber sido tomada de manera tal que garantice este resultado” (Peirce, *Ibíd.*, p. 183). La lucha comenzaría con la duda y terminaría con el cese de la duda.

Faerna, en su obra, *Introducción a la teoría pragmatista del conocimiento* (1996), corrobora estas premisas cuando menciona como Peirce utiliza los términos “Irritación, duda, creencia e investigación en un sentido muy amplio, de tal manera que sean de aplicación a toda clase de contextos que involucren el enfrentamiento de un sujeto con un problema” (p. 104). La creencia de acuerdo con Peirce tiene tres propiedades: “Primero, es algo de lo que nos percatamos, segundo, apacigua la irritación de la duda y tercero, involucra el asentamiento de una regla de acción en nuestra naturaleza, o dicho brevemente, de un hábito” (Peirce, 1988, p. 207). Ahora bien, la vida transcurre según este autor, en pautas de orden, tanto es así que las ideas en acción para este autor son las creencias. A la pregunta sobre qué es una idea por ejemplo, los pragmáticos responden alrededor de lo que esa idea hace y no tanto lo que es. Esto lo deja claro Peirce en su ensayo sobre “Cómo esclarecer nuestras ideas”, escrito en 1893, en el cual las ideas siempre funcionan en la vida como planes de acción en situaciones particulares, tanto es así que actúan de esta forma desde el momento incluso en que son pensadas. En este sentido para Peirce, “la función cabal del pensamiento es producir hábitos en acción (...) la función del pensamiento es la producción de creencia” (Peirce, 1988, p. 201). Así lo corrobora Dewey en el ensayo de 1925, haciendo alusión a Peirce: “Las creencias son realmente reglas para la acción y toda la función del pensamiento no es más que un paso en la producción de hábitos de acción” (Dewey, 1925).

Peirce formuló su método pragmático analizando el significado de los términos con el fin de aclarar las ideas que se expresan de ellos. Es decir, en este sentido los objetos son concebidos en tanto conceptos y la concepción del concepto en tanto sus efectos prácticos. Así el método pragmático peirceano “pone en relación unos conceptos con otros de tal modo que se pueda explicar la concepción de un objeto como la concepción de la suma de sus efectos prácticos” (Faerna, 1996, p. 111). Un objeto concebido se convierte en una posibilidad permanente de experiencia, en la cual es necesario considerar qué efectos concebibles de orden práctico puede implicar el objeto, qué sensaciones se esperan de él y que reacciones

se han de preparar; esta concepción basada en tales efectos sería, según Pierce el concepto del objeto, resultado del modo como se aplica esta definición a la práctica.

Es cierto que este filósofo se preocupó más por los problemas de la lógica que por los problemas sociales o culturales, pero en el desarrollo de su propuesta dejó plasmada la base fundamental en la cual los demás pragmatistas realizaron sus aportes en la manera de abordar los conceptos a partir de sus efectos prácticos y en relación con la realidad contextual. Para Peirce el pragmatismo apareció como un método para aclarar las ideas desvelando la relación intrínseca que hay entre la creencia y la conducta, una teoría del significado en la que el contenido y la definición de las creencias y pensamientos parten del uso que el ser humano le da a estos en la vida.

1.1.2. William James

Otro fundador del pragmatismo fue William James quien, a diferencia de Peirce, difundió y popularizó esta forma de pensar. Escribió una obra que desarrolla el significado del pragmatismo y defiende consistentemente su significado asociado con la experiencia de una forma más radical. Expresó James que el método pragmático: “En primer lugar, es un método para apaciguar las disputas metafísicas que de otro modo serían interminables (...) el método pragmático en tales casos trata de interpretar cada noción trazando sus respectivas consecuencias prácticas” (James, 1985, p. 60). Y es un método que facilita una apertura a la realidad de forma concreta con una visión más amplia y por tanto con la posibilidad de una mayor creatividad.

Esta postura le permitió a James echar una ojeada a la historia para irse al origen griego de la palabra y esclarecer su significado: “El término se deriva de la palabra griega *pragma*, que quiere decir ‘acción’, de la que vienen nuestras palabras ‘práctica’ y ‘práctico’” (James, 1985, p. 61). James remitió a Peirce quien fue el primero en introducir este término revelando como las creencias para este autor son reglas para la acción, es decir, “para desarrollar el significado de un pensamiento necesitamos determinar qué conducta es adecuada para producirlo: tal conducta es para nosotros toda su significación” (James, *Ibíd.*, p. 61). Para lograr esclarecer el pensamiento sobre un objeto, sólo se necesita considerar, qué efectos concebibles de orden práctico puede implicar al objeto y qué sensaciones se pueden esperar de él así como las reacciones que se han de preparar.

Para James el pragmatismo representa una actitud perfecta en filosofía, especialmente porque complementa la actitud empírica; pero no sólo refuerza al empirismo sino que incluso lo radicaliza

haciéndolo menos objetable. Esta propuesta, “se aleja de las abstracciones, de principios inmutables, de sistemas cerrados y absolutos y vuelve su mirada hacia lo concreto y adecuado, hacia los hechos, hacia la acción” (James, *Ibíd.*, p. 64). De esta manera James y los demás pragmatistas abandonaron la actitud racionalista y sobre todo metafísica, abogando por las posibilidades de acercarse a la naturaleza contra los dogmas, rompiendo con los dualismos y poniendo al pragmatismo más abocado a la senda del pluralismo en la medida en que todas las cosas se vinculan y se adhieren entre sí de algún modo.

El mismo James dejó claro que el pragmatismo es solamente un método, pero el triunfo de esta manera de proceder significaría un cambio en la filosofía, de tal manera que ciencia y metafísica se encuentren en una colaboración más estrecha. La crítica de James a la metafísica es que ha producido grandes conceptos como Dios, materia, lo absoluto, etc., y una vez poseídos, se podía descansar porque se había llegado al final de las indagaciones metafísicas. En cambio si se sigue el método pragmatista, afirma James, “no cabe considerar estas palabras como que cierran la investigación. Habrá que obtener de cada una de ellas su valor efectivo, someterla a la corriente de nuestra experiencia” (James, 1985, p. 65). Una forma en que las realidades alcanzan otra visión.

Esto ha generado muchas críticas en la medida que pareciera más bien que todos los grandes pilares en los que se ha anclado la filosofía fueran absurdos; sin embargo, James y el mismo Dewey manifestaron que no se trata de dejar toda la tradición a un lado, sino más bien a partir de ella replantear y reestructurar otra visión para lograr un sentido más armónico con la naturaleza en la realidad. A este respecto afirma James:

De este modo, las “teorías” llegan a ser instrumentos, no respuestas a enigmas, en las que podamos descansar. No nos tumbamos a la bartola de ellas, nos movemos hacia adelante y, en ocasiones, con su ayuda, replanteamos la Naturaleza. El pragmatismo suaviza todas las teorías, las hace flexible y manejables. No constituyendo nada esencialmente nuevo, armoniza con muchas antiguas tendencias filosóficas. (James, 1985, p. 66).

La pregunta que surge, en torno a estos planteamientos es, ¿cuál sería la novedad del pragmatismo?, ¿para qué una nueva propuesta de este talante? Los pragmatistas responden que su método supone una actitud de orientación, de adaptación, e incluso James defendió al pragmatismo como una teoría de la verdad. Haciendo alusión a Dewey, puso de manifiesto como el individuo posee una provisión de viejas opiniones que son puestas a pruebas en cuanto se encuentra con una nueva experiencia. Resolver este asunto en confrontación, ahondar en la medida que se pueda lograr una reordenación es la función del método pragmático. Y en esta medida no existe una sola verdad para el pragmatismo. “El pragmatista pende de los hechos y de lo concreto, observa la verdad tal como se da en los casos particulares, y

generaliza. La verdad para él, se convierte en un nombre para clasificar todas las clases de valores definidos que actúan en la experiencia” (James, 1985, p. 75). Es decir, el pragmatismo es un mediador y conciliador que suaviza las teorías, carece de dogmas, de prejuicios rígidos, examina cualquier hipótesis, ya que según los pragmáticos, las relaciones que se establecen entre las cosas son parte de la experiencia.

1.1.3. John Dewey y el Instrumentalismo

Dewey dejó claro cómo estos dos autores antes expuestos plantearon un discurso que sentó las bases de analizar los conceptos y ponerlos en contexto con la realidad. Peirce lo había hecho desde la lógica, en cambio James era un educador y un humanista que trajo a colación los problemas y planteamientos filosóficos que habían conducido a un cierto tipo de creencia y con ello a un modo de comportamiento que sería necesario replantear.

Para Dewey el pragmatismo es el encuentro de un nuevo punto de vista desde el cual reconstruir la filosofía a partir de la experiencia de los seres humanos con su entorno de tal manera que accedan a una forma de control de la propia experiencia. Este autor se nutrió de las ideas de sus antecesores y puso de manifiesto aspectos como la experiencia, la naturaleza humana y dentro de ella la inteligencia y el papel del hábito, esenciales para comprender y actuar consecuentemente en la realidad que corresponde vivir. El hombre es un ser que está actuando constantemente y su inteligencia le es dada como un instrumento de adaptación al mundo de su contexto.

Retomó sobre todo de James y con la influencia del darwinismo, la idea de que la inteligencia o el poder de conocer del individuo, es desarrollado como un instrumento de respuesta adaptada a los estímulos, es decir, el pensamiento o la reflexión es el complemento del hábito que se da constantemente en la investigación o relación del individuo con su entorno. Así las teorías no son más que instrumentos que pueden servir para instituir hechos futuros de una manera concreta a partir de la función reconstructiva o mediadora atribuida a la razón que no sólo cumple la tarea de ser contemplativa sino que se trata de una fuerza activa, llamada a transformar a los individuos y a sus contextos de acuerdo con los objetivos humanos. Se necesita una investigación cuidadosa en la que a partir de los conceptos, ideas y teorías sirvan para orientar, en la cual las situaciones dudosas se resuelvan de forma que conlleven a un crecimiento organizado.

Fue Dewey, de los pragmáticos, quien logró alcanzar una unión de pensamiento y práctica, su ambición fue transportar al ámbito de los problemas sociales y comunitarios el “método de la inteligencia”, convencido de que ciencia, ética y política son necesarias en el horizonte de las preocupaciones humanas reales. Su concepción de los problemas no se quedó reducido únicamente en el plano de la abstracción

filosófica sino que avanzó hacia los componentes sociohistóricos e ideológicos que subyacen a ellos. Es el filósofo más colectivista de la escuela pragmática por tanto para él los aspectos sociales han sido fundamentales. Afirmó el autor que si la filosofía no se preocupa en lo concreto por estos aspectos sólo queda anclada a teorías sin gran significado, cuando de lo que se trata es de actuar en la realidad que corresponde con la ayuda de la inteligencia y procediendo consecuentemente con ella.

La necesidad de utilizar pragmáticamente el conocimiento como un modo de dirigir los hechos y las condiciones circundantes, aparece en Dewey siempre como un llamado a reconstruir la filosofía y su papel en la cultura. Papel que históricamente se ha identificado con el cultivo de un reino aparte olvidando la experiencia diaria concreta. Es así como el pragmatismo es una propuesta filosófica, sistemática y normativa a favor de una sociedad democrática mejor desarrollada.

Su propuesta democrática se convierte en una condición necesaria para la aplicación de la inteligencia a la solución de los problemas sociales. Según Putnam para Dewey, “se necesita el método de la inteligencia para encontrar cuales son nuestros fines en-perspectiva, tanto como para encontrar qué medios han de ser usados. Y la democracia es una condición previa para el uso del método de la inteligencia en la vida social” (Putnam, 1997, p. 245). La razón que condujo a Dewey a pensar en la democracia como una alternativa y solución pertinente a los problemas actuales se debió específicamente a que existe en la humanidad una tragedia moral inherente a los esfuerzos por conseguir el bien común que impide que esos resultados tengan un éxito, no hay comunidad porque no se toma en serio la participación activa del individuo y su comprensión en el contexto.

Por eso el pragmatismo supone una actitud adecuada en la filosofía tendiente a analizar el panorama social. Como afirma Geneyro, en su obra *La democracia inquieta*, el pragmatismo se caracteriza por una preocupación particular, esto es, “por los problemas que confrontan los hombres en su actualidad antes que producir racionalizaciones de los pensamientos y modo de vida heredados” (Geneyro, 1991, p. 116). Así la autoridad y el reconocimiento social están basados en sus acciones, en los hechos y en las consecuencias que originan. Es de acuerdo con el autor, como la democracia se articula a la necesaria utilización de la inteligencia para transformar el medio social a efectos de hacerlo más grato a la existencia y a la realización de un vida común. Dewey analizó cómo la democracia debía ser reinventada, con el único y privilegiado instrumento que posee cada individuo: la inteligencia. Su filosofía social y política es sin duda su cometido moral, la cual debe ser analizada contextualmente, así sucedió en su época dado los desafíos que enfrentaba la democracia después de la posguerra y en la actualidad de acuerdo a las circunstancias, la democracia tiene que romper con esos paradigmas en que ha estado asentada e ir al contexto particular de cada individuo y de cada comunidad.

1.2 LA EXPERIENCIA PARA DEWEY

En el apartado anterior se ha analizado como los filósofos pragmáticos desarrollaron su propuesta a partir de la relación de los conceptos con sus efectos prácticos ocupando un lugar privilegiado la experiencia, por tanto el pragmatismo sugiere una forma de empirismo radical. En este contexto Dewey hizo hincapié en mostrar por qué las relaciones entre los seres humanos se vivencian a partir de las experiencias que surgen en común en un contexto determinado, cómo esas experiencias son significativas en el medio que surgen y no necesariamente reducir siempre la experiencia a la dimensión epistemológica. El autor comprendió la experiencia como el único lugar desde el que se establece el conocimiento y en esta medida criticó la forma tradicional como se había comprendido la relación del hombre con la naturaleza, ya que la tradición había dividido el conocimiento entre un sujeto y objeto por una parte y la experiencia, como plano opuesto a la acción contemplativa, por otra.

Con estas afirmaciones es necesario analizar su concepción de la experiencia, desde la crítica que formuló a la manera como se ha concebido este concepto y la importancia de éste para la relación del ser humano con la naturaleza, en la medida que la experiencia, en la interpretación deweyana, es el escenario fundamental donde surge y se comprende todo. Ahora bien, si planteó la democracia como un ideal de vida, es inevitable comprender que este ideal se desarrolla en un contexto donde los seres humanos comparten constantemente sus experiencias.

1.2.1 Concepción de la experiencia para Dewey

Es necesario detenernos en las obras donde el autor profundizó una explicación de la experiencia, como son, *La experiencia y la naturaleza* (1925), *El arte como experiencia* (1934), *Libertad y cultura* (1939), entre otras, así como algunos ensayos. Para Dewey el hombre en cuanto experimenta vive, el vivir y el actuar se comprenden a través de la experiencia. Su filosofía se caracteriza por un fuerte talante naturalista² donde los problemas y sistemas filosóficos pueden comprenderse mejor a partir del trasfondo cultural en que surgen. Primeramente, se partirá del abordaje a un aspecto que ha sido crucial en la comprensión de la filosofía deweyana y se ha convertido en la base para comprender su propuesta democrática y la comprensión del hombre y la cultura; es su concepción de organismo interactivo.

² Dewey llamó a su filosofía desde naturalismo empírico, empirismo naturalista, humanismo naturalista (Dewey, 1963, p.3)

1.2.1.1 El organismo interactivo

¿Por qué este concepto es fundamental para el desarrollo de su comprensión de la naturaleza humana y la experiencia en relación con el medio? Fue la preocupación por el modelo de un organismo interactivo que supuso la fuente inicial de Dewey por el desarrollo de su filosofía. De aquí se desglosa su interés temprano en filósofos como Hegel, para tratar de explicar la situación del ser humano en el mundo. Hegel había dado una expresión intelectual mucho más profunda a este desarrollo del organismo interactivo. Afirmó el autor, “La síntesis hegeliana de sujeto y objeto, materia y espíritu, lo divino y lo humano no era, sin embargo, una mera fórmula intelectual: operaba como una inmensa liberación” (Dewey, 1965, p, 54). Ese firme sentido de la relación orgánica entre sujeto y objeto, inteligencia y mundo, que Dewey tomó de Hegel e intentó aplicar a una variedad de contextos fue su cometido inicial, sin embargo encontró grandes dificultades y por ello se alejó de Hegel para adentrarse a la biología y a la psicología orgánica. Aunque él mismo manifestó su alejamiento de las ideas hegelianas, siempre hubo aspectos que nunca dejó del todo.

Según Nathanson, lo que más impactó a Dewey de Hegel, era precisamente que el absoluto se expresase a sí mismo, manifestándose en el mundo de la experiencia. “La experiencia era la realidad y la realidad era la experiencia. Cuanto es, es por definición real. Y el problema de la filosofía no consiste en la loca aventura de hallar cuál es la relación que guarda la experiencia con la realidad: el problema está en descubrir las relaciones que realmente existen en la experiencia” (Nathanson, 1951, p. 25). Para Hegel las cosas no existen en sí mismas sino que se relacionan con otras, existen en sus relaciones, son interdependientes, están mutuamente relacionadas, lo que constituye un crecimiento orgánico. Esta organicidad fue la que tomó Dewey para explicar la experiencia como un todo moviente de partes que actúan recíprocamente. El mundo de la experiencia es aquel donde los seres humanos se desenvuelven en el día a día, y en el que se percibe una serie de situaciones de crecimiento y de decadencia, de nacimiento y muerte, una especie de flujo, o cambio constante. Así para Dewey, el ser humano cambia de la infancia, pasando por la niñez y la edad madura, y sin embargo permanece como una sola persona. En el pasado se creía que esto respondería justamente a que detrás de todo este asunto se encontraba el alma, el bien supremo real y ejemplar.

El aprendizaje de Hegel condujo a Dewey a tener en cuenta que la evolución del organismo humano se explica sin tener que recurrir a nada que estuviera más allá de la naturaleza, claro está haciendo a un lado al Espíritu. Ideas que también se las debe en parte a James, quien al abordar el problema del

comportamiento humano había explicado el modo como el organismo humano se ajusta a su medio ambiente y adapta este medio a sus necesidades.

Pero fue también el impacto de los aportes de Darwin en, *La teoría de las especies* los que no solo daban un gran avance a la ciencia sino que permitía pensar esta evolución en otros aspectos. Según Dewey con la publicación de *El origen de las especies* (1859) y la demarcada investigación sobre la teoría de la evolución, Darwin cambió la forma de entender el mundo y la relación del hombre con la naturaleza. De ahí que se encuentre en la filosofía deweyana esa remisión constante a la relación intrínseca del hombre con la naturaleza. Justamente en la época deweyana estaba en furor la teoría de la evolución darwiniana que se mezclaba con la influencia de la investigación histórica; de esta manera se podía llegar a una mejor comprensión de las personas y las situaciones si se consideraba a la evolución y a la historia como procesos, investigando sus orígenes y siguiendo la trayectoria de su desarrollo.

La teoría de la evolución planteó una amenaza a los dogmas y creencias que prevalecían entre los clérigos conservadores, trayendo como consecuencia el conflicto entre religión y ciencia. Estos descubrimientos de la nueva biología condujeron a Dewey a un interés por la ciencia y psicología experimental. Sobre todo en aspectos como el estímulo y respuesta, en la medida que se podía explicar el comportamiento humano como una coordinación orgánica con vistas a un fin. Si el estímulo es la fase de la actividad que plantea el problema, la respuesta es aquella otra fase de la actividad que marca la solución. Todo esto para Dewey constituyó funciones dentro de una experiencia unificada que se daba en la relación entre el ser humano y su medio ambiente.

En palabras de Bernstein, “la experiencia para Dewey consiste en una cadena de coordinaciones orgánicas que se interpenetran, en el seno de estas coordinaciones podemos distinguir ciertos elementos, pero se trata de elementos funcionales cuyo carácter está determinado por el papel que desempeñan en el proceso de reconstruir la coordinación” (Bernstein, 1979, p. 60). De esta manera Dewey y todos los pragmatistas rompían con los dualismos y se centrarían en la experiencia como una explicación privilegiada. Pero no una experiencia como un agregado o mezcla de percepciones, sino una experiencia dinámica, un proceso activo producto de una relación intrínseca entre el ser humano y su medio ambiente.

1.2.1.2. La experiencia deweyana

Teniendo presente esta relación orgánica que se da entre el hombre y la naturaleza, el hombre y su medio y en él incluimos las instituciones sociales; Dewey comenzó la búsqueda por una democracia inclusiva donde el sentido comunitario sea el privilegiado y se dé a partir de las relaciones experienciales que tienen los individuos en común. ¿Pero, cómo surge esta experiencia según el autor?

En el *Arte como experiencia*, Dewey expresa cómo se tiene una experiencia y menciona que ésta “ocurre continuamente, es decir, la interacción de la criatura viviente y las condiciones que la rodean está implicada en el proceso mismo de la vida” (Dewey, 2008, p. 41). Dewey desarrolla un naturalismo integrador en el cual explora la continuidad de la experiencia humana con la naturaleza.

La experiencia para Dewey no se separa de la naturaleza, pues sintiendo una profunda atracción por las ciencias naturales, descubrió que existe una unión de la experiencia y la naturaleza que se convierte en una relación integral. La experiencia es de la naturaleza y figura en la naturaleza, “llega a descender al fondo de la naturaleza; tiene profundidad. Tiene también anchura y la tiene con una amplitud indefinidamente elástica. Incluso la existencia misma de la ciencia es prueba de que la experiencia es un hecho tal que penetra en la naturaleza y se despliega sin límites a través de ella” (Dewey, 1963, p. 6). Si bien es cierto en períodos anteriores había una concepción diferente de la experiencia, ésta se debía a que en dichas épocas la ciencia no había evolucionado ni dado paso a poner en duda muchos de los sistemas establecidos. Para realizar una comprensión más profunda de la experiencia, debe estar enmarcada en el contexto que las diferentes generaciones tienen en su actualidad.

Según Vásquez Tasayco, en su artículo, “Aspectos de la epistemología de John Dewey” (2004), la experiencia para Dewey revela esa conexión como continuidad:

Conexiones en el ámbito físico, conexiones en el ámbito social; y conexiones de asociación, de comunicación y de participación. La experiencia puede inscribirse en el sistema continuo de acontecimientos o establecer un corte entre sus aspiraciones y las cosas, es aquí cuando el hombre desarrolla la inteligencia, el espíritu individual, la iniciativa, la aventura, la experimentación con la finalidad de reformar las condiciones de su existencia (Vásquez, 2004, p. 70).

La experiencia para el filósofo de Burlington, se convierte en el punto de partida, el método y a la vez la meta en que queda descubierta la naturaleza. En esta concepción aparece una experiencia primaria y una experiencia secundaria o reflexiva en donde los objetos de la experiencia primaria proporcionan los primeros datos de la reflexión. Estos se caracterizan por ser absorbentes y dominantes, lo que significa que se precisan con el contacto sensible. Los objetos de la experiencia secundaria requieren de otros medios o sentidos más sensibles y subjetivos, abren el camino gracias a la investigación. Afirmó Dewey en *La experiencia y la naturaleza*: “Es evidente que los objetos de la experiencia primaria plantean los problemas y proporcionan los primeros datos de la reflexión que construye los objetos secundarios, y la comprobación y verificación de estos últimos sólo se logra retrocediendo a las cosas de la experiencia bruta” (Dewey, 1963, p. 9). En este nivel la actividad de la experiencia secundaria explica los objetos de la experiencia primaria que se logra a través de la inteligencia. Además no sólo explica sino que orienta

la comprensión de esta experiencia y abre posibilidades proporcionando un sistema completo de situaciones relacionadas. El éxito de las ciencias naturales para el autor no solamente se ha limitado a sacar material de la materia primaria sino que lo retrotrae nuevamente para comprobarlo. La ciencia natural tiene a la experiencia como punto de partida y como un método para vérselas con la naturaleza y como la meta en la cual queda descubierta la naturaleza.

Dewey sugirió la utilización del método empírico en la filosofía como en la ciencia en la medida en que hace justicia a la amplia integridad de la experiencia. Para el autor, las filosofías que no usaron métodos empíricos se alejaron de la realidad, redujeron la experiencia y sus objetos arbitrarios en unos casos y abstractos en otros. “Hablar de la experiencia en sentido filosófico quiere decir, tomar la experiencia en su dimensión desde la primera hasta la reflexiva en un hilo conductor tomando los aspectos morales, estéticos, cognitivos e instrumental como medios para nuevas inferencias” (Vásquez, 2004, p. 71). La importancia de la experiencia para el autor es su punto de partida y de llegada, como algo que plantea problemas y verifica las posibles soluciones. En *La reconstrucción de la filosofía* (1920), reflexionó acerca de la importancia de la experiencia para la filosofía y la luz que proporciona para guiar los pasos del hombre en la conducta, constituyendo una guía de la ciencia y de la vida moral.

Resulta bastante curioso el que la clave del problema pueda encontrarse en el hecho de que la vieja idea de experiencia era en sí misma un producto de la experiencia; de la única clase de experiencia que en aquel entonces estaba al alcance de los hombres. Si hoy resulta posible tener un concepto distinto de la experiencia, es precisamente porque la calidad de la experiencia que hoy puede ser vivida ha sufrido un cambio social e intelectual profundo (Dewey, 1955, p. 143).

El principal obstáculo que encontró el autor al hablar de la experiencia es que continúa existiendo un contraste entre lo empírico y lo racional. Lo racional ha tenido un peso más grande, como por ejemplo, la escuela cartesiana que sostuvo una controversia acerca del lugar que han ocupado la experiencia y el experimento en comparación con los conceptos intuitivos y con los raciocinios hechos, relegando la experiencia a un lugar secundario. Los empiristas modernos se fueron a favor de la experiencia más por una finalidad crítica en especial a las creencias y las instituciones que les inspiraba una profunda incredulidad. La manera que encontraron estos filósofos fue recurrir a la experiencia como método de análisis más profundo y criterio definitivo para llegar a la verdad. Ahora bien, la mejor manera de liberrar a los hombres de esa carga la ofrecía la historia natural. Mougán, en su obra, *Acción y racionalidad*, señala como mientras “el racionalismo ha ignorado el verdadero papel de las ideas, el empirismo ha hecho otro tanto con el de los sentidos. Ideas y sentidos no son realidades fijas, cerradas, absolutas. La

investigación experimental ha mostrado que se trata de realidades contingentes, funcionales, en definitiva instrumentalidades del proceso mismo de investigación” (Mougán, 2000, p. 53).

Dewey sugirió el método empírico dado que los problemas suscitados en este método proporcionan la oportunidad de llevar a cabo nuevas investigaciones cuyo fruto son nuevas y más ricas experiencias. En cambio los problemas que según el autor han sido suscitados en la filosofía por el método no-empírico, “bloquean la investigación, cierran los caminos; son acertijos más bien que problemas y sólo se resuelven llamando al material prístino de la experiencia primaria ‘fenómeno’, simple apariencia, simples impresiones” (Dewey, 1963, p. 11). Optó por el método empírico porque permite hacer justicia a la amplia integridad de la experiencia.

La experiencia de acuerdo con el autor se ha visto en la historia de la tradición primariamente como un asunto de conocimiento, pero para él la experiencia debe aparecer más bien como el intercambio entre un ser vivo con su medio físico y social en la cual no solamente fundamente el conocimiento para la gnoseología como en los empiristas clásicos, sino que la integre de forma más amplia a los aspectos sociales que incluye la moral, la estética y la pedagogía, una realidad que afecta lo individual y social del hombre, no se encierra en la subjetividad ni se queda en el pasado, sino que se proyecta hacia el futuro, es una tendencia de cambio. Es siempre continua.

1.2.2. Crítica al empirismo clásico

Para Dewey con Platón comenzó una idea peyorativa de la experiencia que se ha ido adhiriendo a lo largo de toda la corriente clásica de la filosofía al separar el mundo sensible del inteligible, equivalente al mundo racional y de la experiencia. Aunque Platón no descuidó la experiencia como una práctica para formular los conceptos y alcanzar el reino de lo ideal, ésta no alcanza un grado significativo para el que tiene el mundo ideal. La experiencia platónica vendría a significar una clase de conocimiento práctico de destrezas y habilidades aprehendidas a través de la práctica y la costumbre, diferenciada abruptamente del conocimiento verdadero constituido por el conocimiento racional. Con Aristóteles en cambio, la experiencia quedó mejor constituida por la estructura del conocimiento, dado que todos los seres vivos poseedores de órganos sensoriales, a partir de lo percibido y de las relaciones establecidas con ello pueden ordenar su acción futura.

Afirmó Aristóteles en su *Metafísica*, “Todos los hombres tienen naturalmente el deseo de saber, el placer que nos causa las percepciones de nuestros sentidos son una prueba de esta verdad... Los animales reciben de la naturaleza la capacidad de conocer por los sentidos... En los hombres la experiencia proviene de la memoria. Pero la experiencia al parecer se asimila casi a la ciencia y el arte” (Aristóteles,

2006, p. 13). Aunque para Aristóteles la experiencia aparece sólo entre animales capaces de percepción sensorial los cuales tendrían memoria, imaginación, recuerdos, unificados en una misma experiencia, este tipo de conocimiento no debía ser confundido con la comprensión intelectual que constituye la base del conocimiento científico.

Según la interpretación de Dewey, la experiencia con Platón había iniciado su sentido despectivo, y con Aristóteles la idea de comprenderla como un asunto de conocimiento, pero de hecho el autor no solamente se limita a extraer únicamente los errores, sino que por el contrario extrae sobre todo elementos de verdad presente en ellos. Para Bernstein, Dewey creía que los griegos fueron capaces de “comprender profundamente la naturaleza de la experiencia al destacar su carácter social y los modos en los que desarrolla y se transmite por el hábito y la costumbre” (Bernstein, 1996, p. 88). Para el autor es justamente esta relación de la experiencia asentada en el carácter social la que está a la base de su filosofía, si la experiencia no se comprende desde este aspecto quedaría reducida a lo singular y se continuaría reproduciendo las mismas costumbres que han dividido al hombre de su entorno. Dewey rescató de la cosmología griega el hecho de que tanto los valores como las cualidades eran objetivos, atributos del mundo natural al que pertenecían. Ahora bien es la visión griega de la experiencia sobre todo la aristotélica la que reflejó un sentido importante del hombre como ser implicado en un mundo natural.

El autor puso de manifiesto que la experiencia de principio es orgánica y que el problema de los filósofos ha sido tratar de ver cómo el sujeto y el objeto encajan en la experiencia, como si estuvieran separados. A partir de la modernidad esta división ha sido más notoria, como lo ratificó en su obra, *La experiencia y la naturaleza*: “Desde el siglo XVII, ha hecho estragos en filosofía esta concepción de la experiencia como algo equivalente a una conciencia subjetiva y privada contrapuesta a la naturaleza, que por su parte consistiría exclusivamente en objetos físicos” (Dewey, 1963, p. 15). Justamente esta concepción es responsable también de la separación tajante entre la experiencia y la naturaleza como el nombre de dos cosas que no tienen que ver nada la una con la otra. Cuando es primordial el organismo interactivo del cual la experiencia surge en esta relación del hombre con la naturaleza como un todo.

Dewey señaló a Locke como el representante más significativo de esta perspectiva, que luego fue continuada por Hume. El conocimiento para Locke es el conocimiento de ideas y aunque éstas provienen de la experiencia, quedan reducida al sujeto, un sujeto que piensa, para catalogar la experiencia como algo subjetivo. En, *El ensayo sobre el entendimiento humano*, el filósofo inglés menciona como, “La idea es el objeto del pensamiento, puesto que todo hombre es consciente para sí mismo de que piensa, y

siendo aquello en que su mente se ocupa, mientras está pensando las ideas que están allí, no hay duda de que los hombres tienen en su mente varias ideas” (Locke, 2011, p. 36).

Una de las principales críticas que hacen los filósofos pragmáticos a los empiristas clásicos es que en el proceso de adquisición del conocimiento ellos le daban al cuerpo y a los sentidos un papel en extremo pasivo, esto es como reflectores de todo lo que venía de afuera ratificando la separación entre un sujeto y un objeto. Dewey quizá fue uno de los que trató de dar un fundamento más dinámico a la teoría empirista del conocimiento con la ayuda del darwinismo. En este sentido el empirismo era ahistórico y no evolucionista daba por hecho que todos los hombres habían nacido iguales sin explicar el proceso histórico por el cual surgió el entendimiento humano. A este respecto Novack en su obra, *El empirismo-pragmatismo* (2005), afirma:

Los filósofos pragmáticos eran evolucionistas. Se encargaron de demostrar el origen de la vida animal, de los órganos del conocimiento y del conocimiento mismo y cómo se fueron dando las innovaciones del mismo, acumulándose y mejorándose en la medida que la humanidad se desarrollaba y progresaba. Para lograr estos objetivos recurrieron a los nuevos descubrimientos de las ciencias de la biología y la psicología (Novack, 2005, p. 164).

Esto mismo habría dado razón del porqué el empirismo, por ejemplo, no podía explicar la influencia del medio ambiente social y sus cambios sobre los orígenes y la evolución del conocimiento humano. En este sentido los empiristas clásicos asumían que las mentes de los seres humanos habían funcionado siempre de la misma forma en todos los tiempos.

Además, el empirismo clásico era extremadamente individualista, su teoría del conocimiento partía de un individuo en solitario. Dewey realizó un mayor esfuerzo para superar este obstinado individualismo por medio de la integración de la estructura del pensamiento de todos los aspectos de la naturaleza social que influyen en el pensamiento y en la conducta de la personalidad aislada. Según Bernstein, Dewey no niega que en toda experiencia humana haya conocimiento o conciencia.

Pero si pensamos que el paradigma de toda experiencia es *conocer*, entonces desfiguramos nuestra experiencia en tanto que *vivida*. Cualquier experiencia implica una interacción, entre un organismo vivo y su medio. En cada experiencia se dan sufrimiento o pasividad y actividad. Estos aspectos de la experiencia están mutuamente relacionados y son interdependientes (Bernstein, 2009, p. 211).

Bernstein señala como la experiencia para Dewey no es primordialmente asunto de conocimiento, sino que intenta elevar la investigación al modo de discurso localizado y controlado por el contexto de una experiencia más amplia.

De cierta manera, el filósofo de Burlington, no se separa de la forma de concebir la experiencia como lo hicieron los filósofos empiristas, pero la gran novedad en Dewey es que, en comparación con los empiristas clásicos, ellos se dedicaron a investigar de dónde procedían el conocimiento y como surgían las ideas, dándole a los sentidos el lugar de receptores y analizando la experiencia de las cosas pasadas. En cambio, Dewey proyectó esta experiencia al futuro, es decir, no rechazó el gran trabajo que hicieron los empiristas, pero sí criticó la forma en que la experiencia para ellos se quedaba reducida al conocimiento y no se proyectaba a mejorar y transformar la comunidad, especialmente el aspecto social de los individuos en el cual existe una experiencia común y fundamental producto de su interacción. Es esta reconstrucción de la experiencia un rasgo fundamental para la propuesta democrática y educativa, la de encontrar seres que aprenden, construyen y se renuevan a partir de este entramado de situaciones que permiten ampliar la experiencia.

Hay que resaltar de los filósofos pragmatistas y en especial Dewey, la actualización del empirismo en el siglo XIX y XX, respondiendo a las necesidades y avances que había en ese momento. La experiencia para ellos jugaba un papel predominante para dar sentido a la existencia, gracias a la experiencia se mueve y se percibe la realidad pero teniendo presente que en cada cultura y en cada época se tornan características diferentes, por tal razón hay que comprender el escenario donde los seres humanos conviven y se desarrollan y es precisamente ese espacio el que hay que valorar y transformar a partir de la experiencia que en determinado momento se convierte en experiencia compartida, es decir, intersubjetiva.

1.2.3. La experiencia en relación con la democracia para la vida comunitaria

Como se ha reflexionado hasta aquí, Dewey consideró que la experiencia es la transacción entre el individuo y lo que constituye su ambiente y por ambiente se comprende el contexto social general así como el mismo individuo y hasta un objeto, afirmó en *La experiencia y la naturaleza*, “es cualquier condición que interactúa con las necesidades, propósitos y capacidades personales para producir experiencia” (Dewey, 1963, p. 45). No es solamente la experiencia de forma singular también son las experiencias grupales en donde se pone a prueba el aspecto moral de los individuos. Así, todas las experiencias afectan positiva o negativamente las disposiciones de los individuos y los prepara para experiencias futuras, que para Dewey constituye el crecimiento. El ideal de democracia como forma de vida dispondrá las condiciones para que los seres humanos se enriquezcan y se nutran a partir de sus experiencias, de las cuales elegirán las mejores de tal manera que los conduzca al desarrollo de su

comunidad, las modificarán y las dispondrán de acuerdo a las necesidades del presente y futuro que tenga la comunidad democrática ofreciendo oportunidades y permitiendo un proceso continuo.

Dewey pretendió utilizar la experiencia como columna vertebral de su propuesta filosófica conectando lo cognitivo y lo afectivo de manera natural, como dice Mercau, en su ensayo, “El proceso de la experiencia en la filosofía de John Dewey”: “En el ideal de democracia se hace más gruesa la descripción general de la manera ideal de participar en la experiencia, que es debatida, inteligente y estética. Por esta razón su filosofía de la experiencia sirve para interpretar los ideales democráticos” (2012, p. 91). Básicamente Dewey propuso cómo un examen de la experiencia más crítico se convierte en la base para articular y justificar las obligaciones, de manera que se pueda decidir de manera inteligente lo que haya que hacer en situaciones concretas.

Afirmó Dewey en su ensayo *Democracia creativa*:

Todo modo de vida carente de democracia limita los contactos, los intercambios, las comunicaciones y las interacciones que estabilizan, amplían y enriquecen la experiencia. Esa liberación y el enriquecimiento son una tarea que debe acometerse en el día a día. Puesto que esa tarea no puede tocar fin hasta que la experiencia misma finalice, el cometido de la democracia es y será siempre la creación de una experiencia más libre y más humana, en la que todos participemos y a la que todos contribuyamos (1996, p. 205).

El autor puso de manifiesto el proceso de la experiencia como medio y como fin que surge de la naturaleza misma y que teniendo regularidades y descubriéndolas se puede ejercer cierto control sobre el medio natural y social y a partir de ahí construir nuevas posibilidades y reconstruir la experiencia de tal modo que capacite a los individuos para lograr los bienes a que más profundamente aspira. Es tarea de la filosofía comprender cómo la experiencia se convierte en el escenario propicio para que los seres humanos a partir de una vida democrática compartan sus experiencias de manera tal que contribuyan al ideal de una vida comunitaria. Habrá que romper con esa forma en que la tradición ha separado al hombre de la naturaleza y comprender cómo la experiencia surge y se da en la vivencia diaria del contacto con ella, un todo orgánico que habrá que plantear para que el hombre pueda comprender y comprenderse dentro de este escenario donde la democracia va a ser fundamental para lograr este cumplido.

1.3 NATURALEZA HUMANA

En el apartado anterior se analizó cómo la experiencia juega un papel fundamental en la propuesta filosófica deweyana, no solamente en el campo del conocimiento sino también en las relaciones entre los individuos, tanto es así que la vida humana es una actividad experiencial y eso incluye la vida individual y social. La naturaleza humana para Dewey se forma a partir de la relación con el medio en donde se desarrolla, pero en la historia ha habido una separación y una falta de comprensión de la naturaleza humana siendo la causa principal por el menosprecio en el que se la tiene.

Según el análisis deweyano, la naturaleza humana ha sido vista siempre con sospecha y con temor, lo cual ha dado lugar a que el conocimiento de ella sea todavía poco, que la función de la moral ha sido recortarla y someterla haciendo aparecer a la naturaleza humana mala y depravada a la que hay que controlar. Para ello es necesario comprender qué elementos la componen y cómo esta forma de concebir al hombre desde la perspectiva deweyana es una nueva propuesta que responde a las necesidades sociales en la actualidad. Se abordará en especial sus obras, *Naturaleza humana y conducta* (1922) y *Libertad y cultura* (1939), entre otras, en las cuales hace una acentuación especial por la importancia de la comprensión de la naturaleza humana.

Se reflexionará cómo para el autor la naturaleza humana es la combinación del hombre con el medio social en donde se desarrolla evidenciándose su naturalismo empirista como base, el hombre va a ser el producto de esta combinación donde el hábito y la inteligencia van a jugar un papel fundamental, por esa razón es necesario abordar estos conceptos, pues a partir de allí se puede comprender lo que él define por naturaleza humana y cómo se puede configurar con su propuesta democrática.

1.3.1. El problema de la Naturaleza humana en contraposición con la cultura

En muchas de sus obras Dewey hizo alusión a la relación entre la naturaleza humana y la cultura; para el autor es ahí donde está la clave de la comprensión del hilo histórico, de cómo se perdió el curso en el que venía la historia y se pasó a un reino aparte olvidando la relación intrínseca entre los seres humanos, su naturaleza y la sociedad. En su obra *Libertad y cultura* es quizá donde hizo más alusión a esta relación entre naturaleza humana y la sociedad, ratificando que la cultura es la que “fija los términos sobre los que los seres humanos se asocian y viven juntos. El problema es saber qué clase de cultura es tan libre

en sí misma que conciba y engendre la libertad como su acompañamiento y consecuencia” (1965, p. 4). Determinar este asunto es su punto de partida para llegar a la democracia como la mejor opción para construir un ambiente social que tenga como fundamento el sentido comunitario de los individuos.

En la tradición la cultura ejerció de acuerdo con el autor un dominio negativo, en donde el Estado y la Iglesia cultivaron una influencia corruptora sobre la naturaleza humana de tal forma que afectó la libertad. Teniendo presente que uno de los rasgos de la naturaleza humana es el poder, hay que establecer barreras bien definidas para impedir a las personas que llegan a posiciones de autoridad oficial que abusen y socaven las instituciones libres. Justamente el factor moral es una parte intrínseca del complejo de fuerzas sociales llamada cultura y debe ser tan fundamental que para que un grupo de personas forme lo que se llame comunidad en su justo sentido deben haber valores estimados en común.

Para comprender cómo la moral debe actuar de forma coherente hay que comprender la naturaleza humana que recibe atención prioritaria en Dewey al afirmar que: “Es la naturaleza humana la que está de una u otra forma en interacción con las condiciones circundantes en la producción de la cultura” (Dewey, 1965, p. 14). La idea de cultura desde la perspectiva deweyana se planteó como si hubiese una diferencia y oposición entre el individuo y lo social, como si se tratase de la estructura de los seres humanos de una parte y de la naturaleza misma de las reglas y autoridades sociales por otra. Su pretensión fue plantear justamente un equilibrio entre la naturaleza humana y la sociedad; productos de una relación intrínseca no separada, es decir, una relación orgánica.

A través de la historia esta subordinación de la naturaleza humana a la política condujo una explicación de los fenómenos sociales. Platón, por ejemplo, al establecer la clase trabajadora, los soldados y la clase legisladora, cada una con una función específica, atribuyó o equiparó al alma con cada una de estas funciones. Por tanto, identificando estas tres cosas en la naturaleza humana pretendió establecer una organización social probando que había una clase que debía ser mantenida en orden mediante reglas y leyes impuestas desde arriba lo cual condujo a destruir de acuerdo con Dewey: “La armonía y el orden en nombre de la libertad, la otra clase se debía inclinar por la obediencia y la lealtad al derecho” (Dewey, 1965, p. 103). Así lo dejó establecido Platón en su obra *La República*: “Cada uno debía ocuparse de una sola cosa de cuantas conciernen al Estado, aquella para la cual la naturaleza lo hubiera dotado mejor” (Platón, 1988, p. 223) y luego lo reiteró nuevamente al afirmar que, “el Estado será justo por el hecho de que las tres clases que existen en él, hacen cada una lo suyo” (Platón, *Ibíd.*, p. 237). Desde la antigüedad al establecer esta forma de jerarquía se planteó entonces una estructura que condujo a separar al hombre de la sociedad y a considerárselo inferior a ésta.

La Edad Media también ratificó esta separación tajante entre la naturaleza humana y la sociedad a través de la Iglesia que ha sido contribuidora del desequilibrio con que venía la historia. En Santo Tomás de Aquino, aunque encontramos una concepción del ser humano basado en los presupuestos aristotélicos, concilió esta concepción con las creencias básicas del cristianismo, en donde el hombre fue creado en armonía con el Creador y el alma ocupó un lugar privilegiado unida al cuerpo, que es inferior a éste, pero con unas facultades que le pertenecen como tal no dependiendo de la relación con el cuerpo, como es la intelección. Afirmó Santo Tomás, “Toda la naturaleza corporal está sometida al alma. Hay una cierta operación del alma que supera de tal manera la naturaleza corporal, es la operación del alma racional, por debajo de ésta hay otra operación del alma que se realiza por medio de un órgano corporal, es la operación del alma sensitiva” (Santo Tomás, 2001, p. 712). Esto convierte al ser humano en un ser excepcional dotado de una sabiduría especial que lo hace independiente de la naturaleza en general.

Para Dewey esta concepción ratificó el dominio que ha tenido la Iglesia sobre la naturaleza humana, este dualismo acrecentó esta visión convirtiendo al hombre de la tierra como un ser pecador inferior y menospreciado al que hay que salvar, dando paso incluso a que las comunidades pequeñas como los campesinos, fueran absorbidas por los laicos y religiosos quienes imponían sus leyes y su justicia en nombre de la divinidad y al igual que en la antigüedad, la pertenencia a determinado grupo estaba marcado por el nacimiento.

Otro ejemplo es el caso de Hobbes, quien fue el primero de los modernos en identificar el estado de naturaleza y sus leyes, la base clásica de todas las teorías políticas y el estado salvaje de la naturaleza humana. Hobbes identificó tres causas principales de querrela en la naturaleza del hombre, en palabras de Dewey, “la primera, la competencia, que impulsa a los hombres a atacarse para alcanzar beneficio, empleando la violencia para dominar a otras personas, la segunda, la desconfianza para lograr seguridad, usando la violencia para defendernos y la tercera, la gloria, para ganar reputación” (Dewey, 1965, p. 104-105). Estos aspectos elegidos por Hobbes como causas de los desórdenes que hacen la vida de la humanidad ‘brutal y sucia’, también son los mismos motivos que de acuerdo con el autor, otros han escogido como causa de los beneficiosos efectos sociales; justamente la armonía, la prosperidad y el progreso infinito. Para Hobbes todos los hombres son naturalmente iguales y es esta igualdad natural la que los conduce a competir para satisfacer sus deseos de posesión. La situación del hombre según su condición natural es un enfrentamiento constante en contra de su semejante.

Lo que le interesa a Dewey es la relación fundamental entre lo natural y lo cultural pero en contraposición al estilo rousseauniano quien también, había traído al plató la cultura frente a la naturaleza desarrollando una naturaleza en estado natural y otra cultural, como lo estableció en su obra, *El origen de las*

desigualdades sociales, dando énfasis en la segunda naturaleza en la que existe una bondad natural. Rousseau también aunque fue para muchos el progenitor de la Revolución Francesa, para Dewey indirectamente fue el desafío que terminó en la glorificación de la cultura frente a la naturaleza humana.

Para el autor, tanto ha sido el problema de esta separación que en filosofías posteriores se siguió planteando aún más este enfrentamiento entre la cultura y la naturaleza humana, haciéndose evidente en comunidades donde ciertos individuos están en acuerdo práctico con las instituciones y otros en rebeldía, variando desde un descontento hasta la rebelión violenta, atravesando las clases económicas en donde parte de su problema estaría en crear en una clase oprimida la conciencia de su servidumbre para excitar la protesta activa. A partir de esta crítica Dewey llega a plantear efectivamente que “las formas de interacción entre la naturaleza humana y las condiciones culturales son la cosa primera y fundamental que debe examinarse y que el problema es averiguar los efectos de las interacciones entre los diferentes elementos de los distintos seres humanos y las distintas costumbres, reglas, tradiciones, instituciones – las cosas llamadas ‘sociales’” (Dewey, 1965, p. 30). Esto demuestra que una cierta falacia habría dominado el planteamiento tradicional del problema tomando elementos tanto buenos como malos de las interacciones específicas como si fuesen las causas originales de lo que existía y existirá.

La sugerencia del autor es que una moral basada en el estudio de la naturaleza humana y no en el menosprecio de ella, encontraría que los hechos reales del hombre se concatenan con los del resto de la naturaleza de tal manera que se pueda aliar la ética con la física y la biología, con las leyes y la economía, para el autor es permeando una ética en todos los asuntos que dependen de la naturaleza del hombre como se pueden mejorar las condiciones existentes.

1.3.2. Naturaleza humana para Dewey

Partiendo del acercamiento al desarrollo de la naturaleza humana hecho por Dewey, hay que reconocer la familiaridad que tiene con el pensamiento de Hume, sobre todo en lo que concierne a la concepción de la naturaleza del hombre. Hume analiza cómo las demás ciencias dependen en gran medida de la ciencia del hombre, incluso aunque vayan por caminos diferentes y se aparten, regresan nuevamente, como si la ciencia del hombre fuera el árbol del que se nutren las demás ciencias.

Dice Hume en su introducción a su obra, *El tratado de la naturaleza humana*:

Es evidente que todas las ciencias mantienen una relación más o menos estrecha con la naturaleza humana y que, por muy lejos que algunas de ellas parezcan separarse, vuelven siempre a ella por uno u otro camino. Hasta las matemáticas, la filosofía natural y la religión natural dependen en parte

de la ciencia del hombre, pues se hallan bajo el conocimiento de los hombres y son juzgadas por sus poderes y facultades (Hume, 2001, p. 16).

El filósofo norteamericano, reconoció la idea directriz de Hume al considerar a la naturaleza humana como el pilar fundamental sobre el que se anclan las demás ciencias, pero la crítica que hizo está basada en la concepción abstracta que este autor tenía de la naturaleza humana, en la cual olvidó la influencia del medio social, el impacto de las instituciones y de las condiciones sociales y culturales en la conformación de dicha naturaleza, la reacción que estas instituciones producen en las diversas formas como la naturaleza humana se manifiesta, dado que los hombres nunca se presentan aislados, sino en sociedad, y precisamente en el ser social estriba la raíz de su personalidad.

Es así como en Dewey la naturaleza humana es el producto de la interacción del hombre con el medio social en el que se desarrolla, incluyendo la cultura, las condiciones sociales y comprendiéndolas mejor a partir de la relación y la participación de la experiencia, papel preponderante que en los empiristas clásicos, particularmente Hume, había afirmado. “Del mismo modo que la ciencia del hombre es el único fundamento sólido para la fundamentación de las otras ciencias, la única fundamentación sólida que podemos dar a esta ciencia misma debe basarse en la experiencia y en la observación” (Hume, 2001, p. 18). El medio social es fundamental para moldear dicha naturaleza, por eso el autor intentó superar la dicotomía individuo/sociedad para proponer una psicología más social, dando prevalencia al carácter orgánico, en el cual los hombres se presentan siempre en sociedad y en este ser social se halla la raíz de su personalidad a partir de la interacción que tiene con todo lo que lo rodea, una interacción en la que la sociedad forma parte de la naturaleza humana, respondiendo a la definición de individuo como el centro reconstructivo de la sociedad.

En su obra publicada en 1922, *Naturaleza humana y conducta*, el autor más que realizar un discurso sobre la psicología, se dedicó a observar los elementos claves que conforman la naturaleza humana y le dio privilegio al hábito, el impulso y la inteligencia. Estos elementos son claves en la conformación de la naturaleza humana sugiriendo la necesidad de transformar el medio social si se configuran estos aspectos de acuerdo con las necesidades y prioridades de la comunidad en la que se comparte. Con esta visión de la naturaleza humana se puede apreciar como el autor trazó de hecho una investigación profunda de ella que conlleva pensarla en términos morales.

En la introducción de su obra *Naturaleza humana y conducta* afirmó: “Culpa un perro y todos querrán ahorcarlo. La naturaleza humana ha sido el perro de los moralistas profesionales y las consecuencias están de acuerdo con el proverbio” (Dewey, 1964, p. 13), esta afirmación ratificó, el papel que la

tradición efectuó en la naturaleza humana, siendo apreciada: “Con temor, con desagrado y a veces, con entusiasmo por sus posibilidades, pero sólo cuando éstas se hacían contrastar con sus realidades” (Dewey, 1964, p. 13). De esta manera la función de la moralidad consistió en recortarla someterla y controlarla, así los moralistas llegaron a pensar que la naturaleza humana era mala.

Lo que manifestó el autor es que la naturaleza humana es desconocida y su falta de comprensión ha sido la causa principal de su menosprecio, la razón, es su falta de conocimiento, “cuando no se conoce íntimamente una cosa, siempre se termina por despreciarla injustificadamente o por admirarla, sin que haya razón para ello. Así de esta forma cuando los seres humanos no tenían conocimiento científico de la naturaleza física, se sometían pasivamente o trataban de controlarla a través de la magia” (Dewey, 1964, p. 15). El conocimiento que se tiene de la naturaleza humana continua siendo rudimentario en comparación por ejemplo, con el de las ciencias físicas. Lo que el autor puso de manifiesto es que ha habido una separación tajante entre la moral y la naturaleza humana y de la misma forma los seres humanos han llegado a vivir en dos mundos, uno real y otro ideal y al separar la naturaleza humana de los principios morales terminó por aislarse y encerrarse en la oscuridad y reclusión de una vida interior.

Para romper con esta forma de concebir la naturaleza humana, Dewey encontró una alternativa y fue admitir que toda conducta es el resultado de una acción recíproca entre elementos de la naturaleza humana y el medio natural y social que la rodea. “Hay, en verdad, fuerzas internas en el hombre, como las hay fuera de él. Aunque las primeras son infinitamente débiles en comparación con las fuerzas exteriores, pueden, sin embargo, obtener el auxilio de una inteligencia previsoría e ingeniosa” (Dewey, 1964, p. 21). Es justamente la inteligencia el elemento importante en este camino por seguir. Es gracias a ella como el hombre puede determinar y discernir los elementos importantes para comprender y comprenderse dentro de un contexto determinado. Por eso es necesario analizar su propuesta a partir del desarrollo del hábito y la inteligencia.

1.3.3. El papel del hábito y la inteligencia en la naturaleza humana

El papel del hábito y la inteligencia para el autor recibe atención prioritaria dado que a partir de estos elementos se puede comprender la naturaleza humana y más aún transformarla para llevar a cabo los mejores propósitos en beneficio de la comunidad o sociedad democrática que con un proceso educativo pertinente se puede fortalecer adecuadamente.

1.3.3.1. El Hábito

Para analizar el lugar preponderante que tiene el hábito en la naturaleza humana vamos a recurrir a la obra, *El hábito y el impulso en la conducta*³, donde Dewey define al hábito como:

Esa actividad humana que es influida por actividades previas y, en ese sentido, adquirida; que contiene en sí misma ordenamiento o sistematización; que puede proyectarse y es de calidad dinámica y que está pronta a manifestarse abiertamente y de manera activa (Dewey, 1992, p. 49).

El hábito en Dewey supone una predisposición para reaccionar de determinada manera, una especial sensibilidad a los tipos de estímulos. No es algo que permanece oculto, por el contrario siempre se manifiesta.

Mougán Rivero, en su obra *Acción y racionalidad*, menciona como en la antropología deweyana es fundamental el papel del hábito. El concepto de hábito en la teoría de Dewey rompe con los postulados de la tradición, “el hábito a diferencia de como ha sido usualmente pensado, no hace referencia a algo subjetivo, propio del organismo e individuo, sino que supone la integración del organismo y medio. Así como las demás funciones naturales, los hábitos son formas de usar e incorporar el medio ambiente” (2000, p. 69). Es característico ver en Dewey su naturalismo empirista, para él la acción recíproca entre el individuo y el medio es fundamental, se vuelve notoria la influencia de la teoría darwiniana en su pensamiento. “Los hábitos son la manera en que el individuo trata con el medio que le circunda adaptándose a él. Esto no hay que entenderlo como que existe un yo o una identidad que se despliega luego en hábitos. Por el contrario los hábitos tienen tanta fuerza en nosotros porque forman parte de nuestro propio ser” (Dewey, 1992, p. 70), incluso las identidades y el carácter se forman a partir del funcionamiento continuo y coordinado de los distintos hábitos. Esto significa que la plasticidad del ser humano se define como el proceso de crecimiento y capacidad para cambiar inclusive las costumbres, a partir de la formación de hábitos de iniciativa e invención.

Una característica importante que encontró el autor es que los hábitos al ser productos del medio ambiente tienen que ver con la cultura, especialmente con el medio social, lo que lo condujo a realizar un acercamiento a la moral y mostró cómo este ambiente actúa sobre los hábitos morales. En el terreno de la moral afirmó el filósofo de Burlington, estamos acostumbrados a concebir las disposiciones morales como exclusivamente pertenecientes al yo y de esta forma este yo se ve aislado del ambiente natural y social convirtiendo a la moral en algo subjetivo e individualista.

³ Forma parte de su obra *Naturaleza humana y conducta*.

Todas las virtudes y los vicios son hábitos que incorporan fuerzas objetivas. Son interacciones de elementos aportados por la acción y reacción de un individuo con los elementos proporcionados por el mundo exterior. Pueden ser estudiados tan objetivamente como las funciones fisiológicas, y pueden ser modificados en sus elementos personales o sociales (Dewey, 1992, p. 38).

En la perspectiva deweyana, los hábitos implican el apoyo de las condiciones del ambiente, una sociedad o un grupo específico de individuos. El problema moral es el de modificar los factores que influyen ahora en los resultados futuros. “Para cambiar el carácter operante o la voluntad de otro, tenemos que alterar las condiciones objetivas que entran en sus hábitos” (Dewey, *Ibíd.*, p. 43). Y no es que se puedan cambiar los hábitos directamente, pero se logran ir transformando furtivamente, modificando las condiciones por una inteligente selección y contrastación de los objetos que atraen la atención y que influyen en la satisfacción de los deseos. Aquí el papel de la educación va a cumplir un papel predominante y especial. Para Dewey es claro que los hábitos individuales se eslabonan para formar la cadena interminable de la humanidad. Su significado depende del ambiente heredado de la tradición y es valiosa cuando se prevén los frutos de esa labor en el mundo en que vivirán los sucesores. De ahí la importancia para Dewey que se actúe sobre el medio y no solamente sobre el corazón de los hombres, pues los hábitos que se crean en un ambiente perduran en él y se incorporan a las condiciones objetivas mismas.

Ahora para apreciar el lugar peculiar del hábito en la actividad hay que recurrir a los malos hábitos, pues estos sugieren una tendencia inherente a la acción y también un dominio sobre él. Por ejemplo, “Cuando somos leales con nosotros mismos reconocemos que un hábito tiene este poder porque forma íntimamente parte de nosotros mismos. Nos domina porque somos el hábito mismo” (Dewey, 1992, p. 49). Son los rasgos de los hábitos malos como los vicios, los que enseñan que todos los hábitos son afecciones, que todos tienen un poder impulsivo y que una predisposición formada por un número de actos específicos, es una parte más íntima y fundamental de cada uno.

Todos los hábitos son pedidos por ciertos géneros de actividad, y ellos constituyen el yo. En un sentido inteligible forman nuestro deseo afectivo y proporcionan nuestras actividades actantes. Rigen nuestros pensamientos, determinando los que han de aparecer como fuertes y los que pasarán de la luz a la obscuridad (Dewey, *Ibíd.*, p. 50).

Las costumbres sociales sirven de modo fundamental en la consolidación de los hábitos, de ahí que en Dewey lo esencial no sean los impulsos por el contrario lo esencial es lo adquirido, lo aprendido, esto son, los hábitos, pues los impulsos se trasforman en hábitos que ya tienen otros individuos, así la modificación de la naturaleza humana se hace por la tradición y la costumbre y gracias a la plasticidad y el carácter moldeable que tienen los hábitos. La gran tarea la tendría la educación quien tiene la labor de

dirigir, analizar y generar hábitos necesarios que conlleven a la vivencia diaria y con sentido comunitario ideal para la vivencia de la democracia, desde la escuela y en todos los ámbitos en que educa y forma.

Sarmiento Medina, en su trabajo, *El naturalismo empírico en la filosofía de Dewey*, manifiesta como el autor, “pretende resaltar la primacía del hábito, así como acentuar el poder que la sociedad tiene sobre el individuo, al configurar su carácter mediante los hábitos colectivos. No se trata de un reduccionismo sociológico; por el contrario, Dewey resalta la circularidad que existe entre el hábito y la costumbre, entre el individuo y la sociedad” (2003, p. 84). De esta manera se puede pensar en una forma de vida más cooperativa y más democrática. Pero para llegar a una realización significativa de los individuos como seres cooperantes es necesario y fundamental comprender cómo los hábitos pueden ser el aporte fundamental si son productos de la inteligencia y se apoyan en un pensamiento coherente, adecuado y acertado.

1.3.2.2. La inteligencia

El hábito, así como el impulso siempre hacen referencia al pensamiento, la labor del pensamiento es fundamental. La inteligencia es considerada una manera de iluminar que anticipa, observa organiza y conecta la experiencia. Interviene además, en la configuración de los hábitos, tanto así que Dewey llega a diferenciar los hábitos inteligentes de los rutinarios. En este sentido el papel de la inteligencia es crucial en la medida que si se crean hábitos inteligentes productos de la razón se pueden llevar a cabo procesos más exitosos y convenientes al ambiente social, así como al desarrollo del individuo donde se creen y se vivencien hábitos coherentes que propendan por el bienestar de la comunidad democrática.

Los hábitos afirmó Dewey, son condiciones de eficiencia intelectual que actúan de dos formas sobre el entendimiento: “Restringsen su alcance y fija sus límites. Impiden que el pensamiento se desvíe de su ocupación inmediata. El pensamiento trabaja a tientas, vacilando en una incertidumbre confusa y, sin embargo, cuando el hábito se convierte por completo en rutina, encierra de manera tan efectiva al pensamiento, que éste ya no es necesario ni posible” (Dewey, 1964, p. 163). De ahí la necesidad de flexibilizar los hábitos, pues si se convierten en rígidos lo que harían es obstruir el pensamiento convirtiéndose en límites negativos, por eso la necesidad de que los hábitos sean numerosos pues así mismo será el campo de observación y previsión posible y cuanto más flexibles sean, más refinada será la percepción de las elecciones y más delicada la presentación de la imaginación.

Esta inteligencia, dentro del análisis realizado por Dewey, se constituye en un hecho abierto a la observación. Es la capacidad práctica de juzgar, de ponderar alternativas y medios para lograr un

resultado buscado y de elegir los fines adecuados. Según Guichot, en su obra, *Democracia, ciudadanía y educación*, para Dewey el papel de la inteligencia:

Permite la resolución de situaciones de incertidumbre, de perplejidad. Hace que aplacemos la acción inmediata: en lugar de apresurarnos por 'hacer algo', la acción inteligente trata de encontrar lo pertinente a los obstáculos y a los recursos y de proyectar modos posteriores de respuesta. Pensar supondrá un marchar efectivo de lo problemático a lo seguro cuando esta marcha se halla intelectualmente dirigida (2003, p. 77).

Así la inteligencia viene a cumplir una función de vida social, en la medida que responde a los estímulos que encuentra en el ambiente, en los recursos sociales. Es decir, que la inteligencia se convierte en un proceso de desarrollo de crecimiento donde existen cambios cualitativos y esenciales en diferentes períodos o fases de capacidades e intereses a lo largo del devenir vital. La inteligencia, los hábitos, así como los impulsos, deseos, sentimientos, emociones vienen a confluir para Dewey, una única realidad vital, el hombre, ese inmenso microcosmos lleno de misterio que se ha de realizar, que siempre se está haciendo, que construye y renueva su propia existencia, con el otro y con la sociedad.

Se ha analizado en el desarrollo de la naturaleza humana hecho por Dewey cómo inevitablemente relaciona la importancia del carácter político y las implicaciones morales necesarias para la vida en comunidad. La crítica relevante que hace el autor es que la forma tradicional en que ha sido concebida la naturaleza humana de forma dual lo que ha hecho es que las costumbres y tradiciones se arraiguen y se fortalezcan dando lugar a un sujeto que se contrapone a la naturaleza, de esta manera la política también ha estado marcada por este fenómeno y es difícil romper con este hilo conductor, pues los hábitos y costumbres están tan arraigados que solamente con un proceso educativo inclusivo y el desarrollo de hábitos inteligentes, la cultura y sus individuos pueden por lo menos vivir en un sentido más inclusivo y comunitario. Ahora bien, una moral de este talante no resolvería automáticamente los problemas pero, capacitaría para plantear los problemas de manera que dirijan animosa e inteligentemente las dificultades hacia la solución. Una unión de la moral con la naturaleza humana y éstas con el medio ambiente, donde con la ayuda de la experiencia se logre un reconocimiento más inteligente del encadenamiento entre la naturaleza, el hombre y la sociedad, lo cual es fundamental y necesario a su propuesta de una vida común democrática.

CAPÍTULO SEGUNDO

EL CONCEPTO DE DEMOCRACIA COMO MODO DE VIDA

En el capítulo anterior se realizó un acercamiento al pragmatismo como una corriente que, además de abordar los conceptos a partir de sus efectos prácticos, presenta una crítica al empirismo en la cual la experiencia ha sido comprendida en un ámbito mucho más amplio permitiendo una comprensión más rica de la realidad y no reducida al dualismo sujeto-objeto como lo habría hecho la tradición sobre todo inglesa. Esta propuesta se encuentra a favor de un empirismo radical que abandona las tesis racionalistas y metafísicas e incluye el medio social fundamental donde a partir de la experiencia los seres humanos forman la sociedad y la cultura y configuran su naturaleza. Se hizo un acercamiento a los conceptos claves que conforman esa naturaleza humana como el hábito y la inteligencia que configurados de cierta manera permiten que el ser humano se enriquezca a partir de las diversas experiencias con las que vive en su cotidianidad; según Dewey, esta configuración adecuada permitiría que los seres humanos compartan un mundo vivencial común que puede ser reconstruido en el diario vivir.

Es momento de entrar de lleno en el significado de la democracia como modo de vida, qué elementos hacen que este significado cobre una importancia no sólo para el conocimiento, sino para la vida misma y por qué se convierte en un significado privilegiado que le haría muy bien a las sociedades actuales. Además se abordará el concepto de libertad que para Dewey se vivencia mejor a partir del sentido comunitario fruto del ideal de democracia como modo de vida, el cual es necesario fortalecer y junto con la democracia reconstruirlos día a día; sólo de esta forma se logrará que el concepto de democracia sea realmente vivenciado, privilegiando el lugar de los individuos en un ambiente propicio. Finalmente se realizará una crítica de mano de los teóricos Horkheimer y Honneth tanto al pragmatismo como al concepto de democracia para analizar por qué el pragmatismo en un comienzo no tuvo una gran recepción y luego la democracia deweyana puede ser no solamente una alternativa al problema social, sino una reivindicación de un concepto que ha sido considerado durante mucho tiempo como un mecanismo político que simplemente se reduce a un valor numérico donde existe alguien que representa a todos y ahí termina la labor de la democracia.

Se comienza este recorrido abordando en especial sus obras, *Libertad y cultura* (1939), *La opinión pública y sus problemas* (1927), *Liberalismo y acción social y otros ensayos* (1935-1940), además de su ensayo particular “La ética de la democracia” (1888), escrito de su juventud, en el cual se acerca al concepto de democracia de una manera particular afirmando su significado ético-moral; se encontrará

como el autor ha plasmado su visión de una democracia diferente a las propuestas tradicionales permitiendo una revitalización de un concepto que ha acompañado a las sociedades desde la antigüedad.

2.1. LA DEMOCRACIA COMO MODO DE VIDA

Partiendo de la concepción deweyana de la democracia hay que tener presente que rompe con los modelos imperantes que se habían gestado en las sociedades de su época donde existía una democracia que se reducía a lo institucional en la cual la participación del individuo se hacía solamente a través de un voto, es decir, que la democracia no es más que una forma de gobierno en la cual se impone la relación de un superior político con un inferior o gobernado representando la multitud de individuos. Para Dewey la democracia se diferencia radicalmente de este esquema planteándola de otra de otra manera. La democracia es concebida como un modo de vida, una manera comprometida de vivir donde el individuo es el protagonista principal, cobrando una importancia significativa la vida en comunidad.

Su definición se enmarca en un nuevo cambio radical y una ruptura con la tradición. ¿Qué significa la democracia como un modo de vida personal? Significa que la democracia no se impone desde fuera del individuo sino que es una construcción que parte desde el esfuerzo propio por el reconocimiento de los demás en el interior de comunidades de individuos que se comprometen en un proceso de cooperación reflexiva. Esto significa que la democracia encuentra su centro en actitudes que modelan el carácter convirtiéndose en hábitos personales que transferidos a la escena social generan las condiciones para la participación, la solidaridad y la comunicación.

El proceso en el cual Dewey gesta su concepción de la democracia fue el ideal que marcó toda su vida, desde sus escritos de juventud, hasta la posteridad. Siempre fue avanzando en el ideal de construir una comunidad política que se compromete por el bienestar, una cooperación colectiva desde lo individual. El autor realizó dos acercamientos al concepto de democracia, el primero en su escrito de juventud, “La ética de la democracia”, de 1888; allí plasmó el ideal de una democracia en términos éticos, siendo resultado de la búsqueda de esa democracia principalmente en su país, analizando cómo en la formación de la cultura americana la democracia era vivenciada a partir del sentido comunitario, una comunidad rural y agraria que cooperaba mutuamente. El segundo acercamiento es la ofrecida en sus escritos de madurez en los cuales la democracia es enfocada como un asunto de creación de manera comunitaria con una tarea común. Lo que se encuentra en estos dos acercamientos es la manera en que Dewey afirma la democracia como un ideal ético.

En “La ética de la democracia”⁴, Dewey se empeñó en mostrar que la democracia es más que una idea política y que debía comprenderse como una forma de asociación moral o espiritual, es decir, como una forma de convivencia, donde los individuos viven y conviven en el mutuo reconocimiento no sólo de principios comunes sino de personas que poseen identidades propias y que en aspectos sociales pueden compartir un destino común. No se trata de entender qué o cómo funciona una política democrática sino de comprender en qué consiste una comunidad de vida.

Afirma Dewey:

Decir que la democracia es únicamente una forma de gobierno es como decir que una casa es más o menos lo mismo que disposición geométrica de ladrillos y cemento, que la iglesia es un edificio donde hay púlpitos, bancas y torres con campanas. Esto es verdad tales cosas son ciertamente eso, pero también es falso: son infinitamente más. La democracia como cualquier otro sistema de gobierno, ha sido finalmente modelada a partir de la memoria de un pasado histórico, la conciencia de un presente viviente y el ideal de un futuro por venir. La democracia, en una palabra, es algo social, es decir, es una concepción ética, y sobre su significado ético se apoya su significado como forma de gobierno. La democracia es una forma de gobierno únicamente porque es una forma de asociación espiritual y moral (Dewey, 1975, EW, 1: 240).

Esta manera de abordar la democracia imprimiéndole su sello ético es lo que caracteriza la democracia como una forma de vida, en todos sus escritos. La novedad de la propuesta deweyana tal vez no sea nada diferente a la concepción griega, de hecho se apoya en la noción de *ethos* entendido para los griegos como las costumbres sentimientos, actitudes, normas y aspiraciones que son características de la vida del pueblo. El *ethos* juega un papel principal y primordial en la vida de los griegos, destacando el aporte del filósofo Aristóteles, quien a través de su obra *Ética a Nicómaco*, difundió este concepto considerando el *ethos* o la ética como el hábito, el temperamento, el carácter o modo de vivir. Aristóteles planteó como fin último del hombre la felicidad la cual sólo es conseguida a través de la virtud. Formar la virtud no es más que la práctica reiterativa de una vida justa y equilibrada a través de la prudencia, la sabiduría y los hábitos morales, “primeramente habemos de decir que estas virtudes de necesidad han de ser por su propio valor escogidas ypreciadas... La obra se perfecciona conforme a la prudencia y a la moral virtud, porque la moral virtud propone el fin perfecto y la prudencia los medios que para alcanzarlo se requieren” (Aristóteles, 2003, p. 183). Un punto clave que hay que tener presente del filósofo griego y que Dewey retomó, es la importancia que este autor le dio a la vida comunitaria, en esta medida la ética depende de

⁴ Podría hacer alusión a la crítica de Maine en la cual el concibe la democracia como el gobierno de la mayoría y los votos. Cf. La ética de la democracia o Bernstein

la vida en comunidad dado que la conducta individual ha de supeditarse a las exigencias comunitarias, el nosotros cobró una importancia significativa en la propuesta aristotélica, así la virtud es posible en la polis, una vida orientada al bien común.

Sin embargo, aunque Dewey resaltó la visión griega de comunidad, se alejó de la aristocracia, puesto que para los griegos quienes debían desarrollar este *ethos* eran algunas personas privilegiadas, los sabios, quienes eran los más indicados para gobernar, mientras que para Dewey todo hombre debe formar esta capacidad de cooperar en la comunidad. Hay una cierta exclusión en la manera como los griegos, en especial Platón, consideraba la relación individuo con el Estado, “Los mejores, los *aristoi*, conocen y son adecuados para el gobierno” (Platón, 1993, p. 123), en Dewey el proceso inclusivo es fundamental para hablar de comunidad donde todos los hombres tengan la capacidad de formar y desarrollar este *ethos* que se logra a partir de la comunicación de la experiencia vivencial y a través de la educación. Esta comunidad para Dewey tiene primacía sobre el Estado; la forma de organización política procedimental que permite llevar a cabo procesos cooperativos para el éxito de la democracia como forma de vida en una comunidad de individuos, pero no es más importante que los individuos. Garantizar que los seres humanos desarrollen este *ethos* es la forma ideal para hablar de individuos comprometidos con los ideales de libertad, justicia y solidaridad.

En su escrito, “Democracia creativa”, de 1939, el autor señaló la importancia de la democracia como un ideal ético. Es decir que la democracia debe convertirse en un *ethos* personal, que más allá de los mecanismos institucionales, el ideal democrático se realizará cuando se traduzca en hábitos y se conviertan en parte integral de la conducta y de las relaciones con las cuales interactúan los individuos.

Escribe el autor:

En la medida que vayamos deshaciendo el hábito de considerar a la democracia como algo institucional y externo y vayamos adquiriendo el hábito de tratarla como un modo de vida personal, estaremos comprendiendo que este es un ideal moral... la democracia solo tiene realidad en la medida que llegue a convertirse en un lugar común de la vida diaria (Dewey, 1996, p. 228).

A partir de esta afirmación se nota un sentido diferente con la forma en que la democracia ha sido concebida desde su sentido institucional, pues es quizá esta visión la que ha tenido más relevancia en los últimos tiempos ocupando un lugar privilegiado. Con esta acentuación Dewey le da lugar al individuo como protagonista en la escena y lo lleva a comprometerse con su comunidad. Lo institucional para este autor ha sido producto de la inteligencia humana para lograr una manera de proceder adecuada pero no significa que en todas las épocas haya funcionado de la mejor forma, en las sociedades actuales lo

institucional ha cobrado un sentido más importante que el individuo conduciendo su sentido a la inversa, la institución ha sido creada por el hombre para una mejor organización pero nunca para someterlo.

Este ideal democrático comunitario que sugirió el filósofo de Burlington no fue producto de su imaginación. Para comprender por qué le da primacía al ámbito ético hay que ver a un Dewey contextualizado con su época en la cual enmarca y acentúa la necesidad de fundamentar su propuesta democrática como forma de vida. A partir de su contexto histórico, Dewey observó que la democracia norteamericana tenía un origen más agrario que basado en la industria capitalista. El punto de referencia para la democracia como ideal comunitario, no es el desarrollo de una economía capitalista sino más bien la experiencia e ideas de lo que él llamó las bases teóricas de los padres fundadores. De estos, le da una gran relevancia al presidente Thomas Jefferson quien se constituyó en un agente importante en el cambio para su país, gracias a sus ideas sobre la unidad, basado en una democracia más vivencial fruto del sector rural y especialmente porque su concepción de la democracia se enfatizaba permanentemente en una democracia moral.

Dewey observó como los campesinos se reunían para mejorar las técnicas de sus tierras encontrando un sentido de cooperación fuerte con lazos afectivos, forjando valores relevantes para una vida comunitaria. Esta idea lo llevó a fundamentar su propuesta de tal manera que logró observar los elementos claves para el desarrollo de la democracia como forma de vida. Encontramos en su obra, *Libertad y cultura*, como esta idea sobresale al mencionar la importancia para el desarrollo de su propuesta democrática. “La democracia debe comenzar en su elemento y su elemento es la comunidad de vecindad..., esto comprende el desarrollo de órganos locales de comunicación y cooperación, que creen enlaces leales y estables siendo una especie de respuesta a las exigencias de un público en gran medida desconocido e indefinido” (Dewey, 1965, p. 152).

Es desde ahí donde el autor planteó que la verdadera democracia se forma a partir de los valores familiares y luego trasciende al resto de la comunidad. Por eso es fundamental el papel preponderante de la educación puesto que estos valores solamente se pueden fortalecer con la enseñanza y práctica cotidiana, que conducen a la recuperación de los núcleos claves para el desarrollo de la democracia como forma de vida, la cual no se puede tomar como un concepto finalizado de una vez y para siempre sino que es una tarea cotidiana que debe ser reconstruida en cada época y dependiendo de cada contexto.

2.1.1. Democracia, una idea comunitaria

Comprender que la democracia es una forma de vida que solamente puede ser posible en el ámbito comunitario sugiere romper con la costumbre de concebir la democracia desde lo institucional y partir

de una nueva visión. En los escritos de madurez Dewey desarrolló la democracia enfatizando el sentido comunitario. Se hará un acercamiento especial a sus obras *Libertad y cultura*, *El hombre y sus problemas*, *La opinión pública y sus problemas*, en las cuales se acerca a la democracia como búsqueda de la gran comunidad y en especial su ensayo “Democracia creativa una tarea por delante”, donde expresó su legado de una democracia como forma de vida personal y comunitaria.

En *El hombre y sus problemas*, Dewey definió la democracia más que una forma política particular o el método de gobernar:

La democracia es bastante más que la forma de gobierno, de legislar y hacer marchar la administración gubernativa mediante el sufragio popular y las magistraturas electivas. Me parece que el carácter esencial de la democracia cual forma de vida, consiste en la participación de todo hombre en la formación de valores que regulan la convivencia humana: cosa necesaria, sea desde el punto de vista del bienestar social general o del plano de desarrollo de los hombres como individuos. Las formas políticas de la democracia son simplemente los medios mejores que la inteligencia humana ha elegido en una época histórica particular (Dewey, 1952, p. 69).

Se puede apreciar en Dewey una concepción democrática particular, pues existe la forma política y su propuesta como forma de vida que reúne y recoge la forma política, dando prevalencia a la formación de la comunidad de la cual depende que la democracia como forma política funcione.

Esta manera en que la democracia ha sido concebida conlleva el siguiente interrogante: ¿Por qué lo institucional ha cobrado un papel más importante que el individuo? A partir de la modernidad donde la subjetividad se desarrolló hasta oponerse a lo sustancial y común, el modelo de democracia se convirtió en una mera abstracción irrealizable, y dado que uno de los pilares fundamentales en el que se asentó la modernidad fue en el concepto de Estado y en especial del Estado de derecho que ha sido el motor de cambios tanto históricos como sociales y culturales, sin embargo se permeó de poder y violencia que en lugar de garantizar la libertad de los individuos terminó por alienarlos y someterlos.

Con Hobbes y Rousseau, los pensadores liberales modernos, nacieron las teorías donde el hombre es libre y organiza su conducta a través de la libertad que le entregan a la autoridad. Partiendo del aporte de Hobbes donde los seres humanos son violentos desde su naturaleza, es necesario establecer barreras que le permitan vivir de forma tranquila. A partir de este presupuesto se crea el contrato como un mecanismo ideal de convivencia. Este contrato para Hobbes es una garantía de no agresión según la primera ley de naturaleza, “(ley naturalis) es un precepto o norma general, establecida por la razón, en virtud de lo cual se prohíbe a un hombre hacer lo que puede destruir su vida o privarle de los medios

para conservarla” (Hobbes, 1992, p. 106). Hobbes tiene una idea negativa de la libertad que parte de una individualidad temerosa que evita la guerra en su esfuerzo por la paz, mientras tiene la esperanza de lograrla, pero sino la obtiene busca y utiliza las ayudas de la guerra.

Rousseau también recurrió al contrato social dado que el ser humano por naturaleza es bueno pero ha sido en estado social donde se ha reflejado su debilidad al depender de los demás. Para este autor es la sociedad civilizada la causa de las guerras y no la naturaleza, así lo manifestó en su obra *El Origen de las desigualdades en el hombre* y más adelante en el *Contrato social*. En este aspecto en el hombre social está el origen del mal y la injusticia estaría en la propiedad privada. Para el hombre que vive en la sociedad fruto del contrato es posible lograr una vida más realizable. En el contrato social el hombre ya no regresará jamás al estado salvaje y ahora dependerá de los demás. El contrato social se presenta como algo voluntario y en esta sumisión voluntaria es determinante la ley. Este estado que propone Rousseau nace con buenas intenciones y no con el fin de someter a otros como ha sido el problema de muchos estados modernos. Pero el poder termina socavando y corrompiendo a la institución que ha sido producto del hombre como mecanismo para una mejor convivencia, mostrando como consecuencia un sometimiento del individuo a la institución en donde a partir de elecciones representativas alguien dirige y organiza la sociedad en nombre de todos. Esto ha dado lugar a la concepción de una democracia de carácter meramente institucional y representativo que procura muchas veces mantener al Estado como garante pero olvidando al individuo como su principal integrante.

La propuesta deweyana consiste en romper con el esquema en el cual se concibe la democracia como un mecanismo político y se reduce el concepto a lo institucional. Incluso Bobbio, años más tarde también lo afirmó al asegurar que la democracia ha sufrido un deterioro y se ha reducido a una definición mínima en la que se entiende “como un conjunto de reglas procesales para la toma de decisiones colectivas en el que está prevista y propiciada la más alta participación posible de los interesados” (Bobbio, 1986, p. 9). Esto ha dado lugar a una democracia representativa en la que a partir de la elección de unos pocos, terminan decidiendo el futuro de los demás. Ahora bien en la sociedad actual se necesita de la institución para efectos de organización pero la democracia no se puede reducir simplemente a este aspecto institucional. El análisis deweyano de la democracia trasciende estas fronteras a otro nivel.

La particularidad de la concepción democrática de manera ética y moral es el sello característico que se aprecia en las obras de Dewey afirmando una democracia de manera diferente, en la cual los seres humanos se muestran comprometidos con su entorno cultural. En *Libertad y cultura*, Dewey observó que la tradición democrática es moral, no técnica ni abstracta, “Es moral porque se basa en la fe, en la capacidad de la naturaleza humana para alcanzar la libertad de los individuos, acompañada del respeto y

la consideración para las otras personas y de la estabilidad social edificada sobre la cohesión y no sobre la coerción” (Dewey, 1965, p. 154). Esta democracia da lugar al diálogo y a una puesta en común donde los problemas son tratados desde el ámbito local dado que los problemas que ahí se suscitan son diferentes, por tanto las soluciones no deben ser generalizadas.

Richard Bernstein es quizá el filósofo que más se ha pronunciado en los últimos años en hacer énfasis en la gran preocupación que tenía Dewey por acentuar la democracia convirtiéndose en su objetivo principal por el que trabajó durante toda su vida. Según este autor, el filósofo de Burlington dejó de manifiesto cómo la democracia es una tarea que todavía nos reclama, y si es una tarea, significa que no está terminada, no es una propuesta que tenga elementos que juegan un papel preponderante en todas las épocas, por el contrario significa que cada época debe observar y analizar los elementos necesarios que conduzcan a la mejor relación entre los seres humanos. Para Bernstein, la democracia deweyana se centró sobre la idea moral, una manera personal de vida, que se hace necesaria encarnar a diario en diversas prácticas.

La democracia no era, para Dewey, fundamentalmente un conjunto de instituciones, procedimientos formales o incluso garantías legales. Lo que Dewey destaca es la cultura y la práctica cotidiana de la democracia.... Una fe reflexiva en la capacidad de los seres humanos de enjuiciar de modo inteligente, deliberar y actuar cuando se cumplen las condiciones necesarias (Bernstein, 2009, p. 223).

La forma de abordar la democracia como una tarea que nos reclama es una especie de fe en la capacidad de la naturaleza humana y en la inteligencia que responda a los asuntos que la época traiga consigo. Es así como la democracia para Dewey está amparada en una especie de credo democrático donde la forma de vida no limita los contactos, más bien, acrecienta los intercambios a través de una comunicación por la cual la experiencia resulta ampliada. Esta tarea debe hacerse en el día a día. Afirma el autor que esta tarea “es para siempre la creación de experiencia más libre y más humana, que todos podamos compartir y a la que todos podamos contribuir” (Dewey, 1996, p. 205).

Hay que reconocer que en épocas anteriores los procedimientos democráticos eran simples porque las condiciones socio-históricas también lo eran. Pero la complejidad de las sociedades modernas demanda un análisis crítico de los procedimientos que entonces se establecieron como los más pertinentes y adecuados para la realización de la democracia. Geneyro, en su obra *Democracia inquieta*, señala como Dewey, bajo esta perspectiva, “alerta sobre los riesgos de asentar la democracia en formas procedimentales bajo ciertas prácticas ritualizadas, que indujeran a perder de vista el sentido originario que dichas prácticas representaban” (1991, p. 143). Son precisamente estas prácticas las que se han

convertido con el tiempo en procedimientos ineficaces puesto que no son coherentes con las circunstancias que la cultura demanda.

La invitación es a optar por una renovación profunda de las ideas democráticas, afirmó el autor en su obra *La opinión pública y sus problemas*: “Desechemos las ideas que nos inducen a creer que las condiciones democráticas se conservan automáticamente o que pueden identificarse con el acatamiento de los preceptos establecidos en una constitución. Esta suerte de creencias solamente desvirtúan la atención que hay que poner en lo que está ocurriendo” (Dewey, 2004, p. 44). Con esta afirmación queda claro que la democracia que nació con los griegos no es la misma democracia que necesita la actualidad, los procedimientos y las prácticas deben variar, y esto solamente se logra con el apoyo mancomunado de cada individuo, por eso Dewey opta por la educación como el medio esencial para que cada individuo comience a desarrollar una visión democrática de la vida, es a partir de ahí como los hábitos se van configurando de tal forma que respondan a las necesidades que cada época demande. De esta manera el hombre va ampliando una vida ética que lo haga comprometerse con el entorno en el que habita.

Aunque encontramos en estas líneas una fuerza esperanzadora, sin embargo los aspectos que forman la sociedad son muy amplios, especialmente la referencia al campo económico que suscita tantas controversias. Dewey estaría optando por una moral mucho más intrínseca que logre permear todos los asuntos de la cultura, es decir, la misma comunidad basada en estudios concretos debe lograr visualizar las dificultades y plantear las posibles soluciones. Esta forma de concebir la democracia no es una receta, por el contrario, es deber de cada época que los individuos realicen su correspondiente diagnóstico y determinar el proceso a seguir.

La única forma de salvaguardar la democracia y que cobre sentido su significado debe ser a partir de la idea bien fundamentada de comunidad. Para el autor, la comunidad debe comprenderse como el espacio donde se “constituye un orden de energías que se transmuta en un orden de significados con valor, unos significados que cada uno de los individuos remite mutuamente a todos aquellos otros que toman parte en una acción conjunta” (Dewey, 1996, p. 140). Dewey afirma que este es un proceso que no ocurre de forma inmediata, por eso es necesaria la enseñanza, hacer énfasis sobre todo en la educación de los jóvenes en las tradiciones, las actitudes y los intereses que caracterizan a una comunidad. La educación debe ser el aliado que le permita a la democracia cobrar sentido, debe estar enfatizada de tal forma que desarrolle en los ciudadanos este compromiso de vida en la cual no se quede anclada a lo institucional sino que trascienda las barreras al campo social y sobre todo comunitario.

2.1.2. Comunidad vs sociedad

Comprendemos por sociedad en términos generales la agrupación de individuos que se juntan y generan algún tipo de relación tanto política como económica y social. Dewey desarrolla un concepto mucho más profundo que atraviesa el término sociedad y lo aboca en un concepto que le hace bien tanto al individuo como a la agrupación de individuos en general. Esto es la comunidad o sentido comunitario, una nueva forma de pensar la sociedad a la que Dewey le imprime elementos de un organismo con tinte moral en el que las partes siempre están interconectadas.

En *La opinión pública y sus problemas*, aparece una mención a la actividad asociada o conjunta como condición para la creación de una comunidad, reiterando que la asociación en sí misma es física, mientras que la vida comunitaria es moral. “Los seres humanos se agrupan a través de su conducta de forma tan directa e inconsciente como lo hacen los átomos, las masas estelares y las células; y se dividen y repelen tan directa e irreflexivamente como esas cosas” (Dewey, 2004, p. 139). Se quiere manifestar específicamente que si se deja estas asociaciones al libre albedrío no surten ningún efecto. Puede que las asociaciones humanas logren ser en algún momento orgánicas en su origen y funcionar de modo eficaz, pero se desarrollan sociedades en un sentido humano solamente cuando sus consecuencias, una vez percibidas, se valoran y se promueven deliberadamente.

En *Libertad y cultura* reiteró el autor que existe, “una diferencia entre una sociedad, en el sentido de asociación y una comunidad. Las asociaciones naturales son condiciones para la existencia de la comunidad, pero una comunidad añade la función de comunicación en la que se comparten las emociones y las ideas, así como se emprenden empresas en común” (Dewey, 1965, p. 151). Gracias a la comunicación, la sociedad tiene la oportunidad de renovarse, entendida no solo como la transmisión de conocimientos, ideas o costumbres sino que los integrantes de la comunidad comparten además los hábitos y creencias pero con una forma común de reflexionar y pensar. Este tipo de comunicación no sólo incluirá la participación de sus miembros sino que asegurará su organización democrática, es decir una inteligencia común.

Esta prevalencia por la vida comunitaria es la única manera en que la democracia puede ser vivenciada y se proyecte como una tarea continua, no se puede pensar a un ser humano como un individuo en solitario, se hace necesario aprender y lograr una experiencia diferente con el otro. Para el filósofo norteamericano, “los hombres siempre se han asociado para vivir y la asociación a través de una conducta conjunta, ha afectado sus relaciones mutuas como individuos. Cuando los seres humanos participaban

realmente de estas relaciones lo hacían directamente y de forma que eran conscientes, tanto a través de sus afectos como incluso de sus creencias”. (Dewey, 1996, p. 108). A partir de los grandes adelantos científicos y tecnológicos se creó una gran sociedad pero no una comunidad, este sentido comunitario es necesario volver a recuperar y pensarlo de forma tal que pueda permear en la sociedad industrializada de la era actual.

Así señala el filósofo de Burlington su gran interrogante: “¿Bajo qué condiciones sería posible que la Gran Sociedad se aproximara más estrecha y vitalmente al estatus de una Gran Comunidad y así tomara forma en sociedades y Estados genuinamente democráticos?” (Dewey, 1996, p. 142). En efecto su planteamiento apunta a desarrollar una propuesta democrática que vuelva a sus raíces, es decir, que sea una propuesta ética, donde los individuos tengan una participación comprometida en pro del bienestar conjunto pero en las condiciones de las sociedades presentes.

Si bien es cierto en la época del autor y también en la de estos días la democracia tiene muchas formas de expresión, el filósofo de Burlington resaltó sobre todo dos, una que se refirió a la idea de una vida social y la otra a la democracia política como un sistema de gobierno. Evidentemente ambas están relacionadas y hoy día son necesarias, pero es necesario y fundamental darle más soporte a partir de una vida social consistente y no al contrario como sucede en la actualidad.

Por su parte, añade el autor:

La idea de una vida social permanecerá estéril y vacía siempre que no se encarne en las relaciones humanas. Para que se realice debe afectar a todos los modos de asociación humana, a la familia, a la escuela, a la industria, a la religión. Incluso en lo que se refiere a las medidas políticas, las instituciones gubernamentales no son sino un mecanismo para proporcionar a una idea canales de actuación efectiva (Dewey, 1965, p. 135).

Es importante retornar a la idea misma de democracia, esclarecer la forma de comprenderla y de profundizar en ella traduciendo su comprensión en una crítica y transformación de sus manifestaciones políticas. La solución no debe ser según Dewey, proponer fórmulas con las que se pudieran mejorar las formas políticas de la democracia, pues a este respecto se han dado ya muchos consejos, el problema es más profundo, según el filósofo norteamericano es en primera instancia “un problema de orden intelectual: la búsqueda de las condiciones en las que la Gran Sociedad se pueda transformar en la Gran Comunidad. Cuando estas condiciones lleguen a existir, adquirirán ellas mismas sus propias formas” (Dewey, 2004, p. 137). Para el autor se puede proceder a partir de una idea democrática en su sentido

social, desde el punto de vista del individuo hacia la comunidad donde la educación tendrá la gran tarea, ventaja y responsabilidad.

Consiste en tener una participación responsable según la capacidad para formar y dirigir las actividades de los grupos a los que se pertenece y en participar según la necesidad en los valores que los grupos sostienen. Esta propuesta deweyana trasciende a la esfera ética y moral porque propende por el bienestar individual y común donde exista un reconocimiento y se fortalezcan las relaciones recíprocas. Estas ideas no solamente acrecientan la fe en la democracia como modo de vida, sino que también permiten poner en duda su eficacia y a partir de allí replantear nuevamente estrategias adecuadas. Cuando Dewey recurre al concepto de educación como salida firme a esta propuesta conduciendo su idea por los caminos de la ética, se puede ver un concepto que se traduce de la esfera política institucional a la que hemos estado acostumbrados, a una puesta en práctica comunitaria desde el compromiso individual. Es así como en este filósofo la lucha por la democracia debe sostenerse, en tantos frentes como aspectos tiene la cultura ya sea desde el ámbito político, económico, internacional, educativo, científico, artístico, religioso, etc. Su propuesta comunitaria debe girar sobre este ámbito para que cobre sentido un concepto que ha sido mal interpretado y continuamente oscurecido.

2.2. LIBERTAD Y DEMOCRACIA

En el transcurso de la historia la libertad ha estado justificada en muchas ocasiones a través de la violencia por medio del armamentismo afirmando una lucha por la libertad y la democracia de los pueblos. Para el autor hay una relación intrínseca entre la democracia y la libertad, pues esta relación puede mantener al hombre libre de la dominación, sería una premisa fundamental para que los seres democráticos en sentido comunitario puedan emprender una lucha por la libertad. Pero no es a través de la violencia como se debe conseguir, sino por medio de una educación democrática con la ayuda de la inteligencia organizada. Se hace necesario plantear unos interrogantes que son fundamentales para comprender por qué la libertad es un concepto fundamental para hablar de individuos y comunidad democrática y cómo la libertad es un concepto clave para la convivencia humana, porqué es privilegiado y de qué manera acompaña la propuesta democrática del autor.

¿Qué significa la libertad para Dewey?, ¿Por qué para este autor su propuesta democrática es fundamental para la consecución de la libertad? ¿Por qué estos dos conceptos son necesarios e intrínsecos?

2.2.1. Aproximación al concepto de libertad en Dewey

El filósofo norteamericano John Dewey, no dio una definición exacta de lo que es la libertad pero si una aproximación a lo que en el transcurso de la historia la libertad ha podido ser y lo que la ha obstaculizado. Una constante que aparece en el desarrollo del concepto de libertad es que ha estado siempre presente en la producción filosófico-política. La libertad junto al concepto de democracia van muy de la mano, son conceptos ético-morales que sólo pueden ser identificados a través de la vivencia. Analizar la libertad en Dewey es realizar un acercamiento de lleno en el hecho de que un hombre libre es aquel que lo hace a partir de su configuración con y para el medio que lo rodea convirtiendo este concepto en un aliado para su propuesta democrática.

2.2.1.1 Una mirada al panorama histórico del concepto de libertad

De acuerdo con Dewey, es importante analizar a algunos autores en el transcurso de la historia los cuales estarían afirmando una libertad de manera creativa y resaltando su sentido comunitario. En la antigüedad se puede observar en Aristóteles una libertad que se logra a través de la razón y que por medio de la virtud conduce al bien; en la modernidad Moro aportó una libertad de corte comunitaria y Locke quien defendió el sentido de libertad a través de la ley, así como en la contemporaneidad se puede analizar a

Mill, en quien se encuentra una libertad que lucha en contra de la autoridad encarnada en la institucionalidad; pero es Isaiah Berlin quien logra comprender la libertad de manera positiva y negativa. Estos aportes serían necesarios abordarlos a la luz de la propuesta democrática deweyana en la cual la libertad para el filósofo norteamericano al igual que la democracia es una tarea continua que debe ser reconstruida y por la que cada época debe analizar y trabajar.

Desde la filosofía antigua se enmarca el concepto de libertad en la capacidad de elección. Es alrededor de esta idea como ha sido posible definir el concepto de libertad y su implicación tanto en el individuo como a nivel social. La capacidad de poder elegir en la antigüedad cobra un significado profundo, pues un hombre que es capaz de elegir es un hombre libre. Además esta capacidad de elegir está acompañada de la responsabilidad que se establece cuando el hombre actúa. Aristóteles ya había tratado de pensar en gran medida el hecho de que la libertad al conciliar el orden natural con el orden moral, condujeran al fin, que bien sabemos para este autor no es más que la felicidad a través de la virtud. En este sentido para los griegos un hombre libre es aquel que actúa conforme a la razón en la cual la libertad propia del hombre sabio ha de conducirlo al bien. Una forma de actuar ligada a la moralidad y a la rectitud de sus actos.

¿En qué sentido para Aristóteles el actuar es fundamental para la consecución de la libertad? El actuar tiene una posibilidad única y exclusiva en el hombre. Según Flórez Restrepo, en su artículo: “Los conceptos de libertad en Aristóteles”, “El hombre es el único que actúa, que tiene praxis; el resto de entes, entre ellos los animales se mueven por principio natural” (2007, p. 431). Con esta idea si el hombre actúa y elige se podría afirmar que la libertad estaría opuesta a la esclavitud, dentro de su actuación tal vez no elegiría ser esclavo. Sin embargo, en los griegos y en especial para Aristóteles la esclavitud era interpretada como algo natural. Afirma Aristóteles en *La política*: “La naturaleza, teniendo en cuenta la necesidad de la conservación, ha creado a unos seres para mandar y otros para obedecer... Sí, el griego tiene derecho de mandar al bárbaro, puesto que la naturaleza ha querido que el bárbaro y el esclavo sean una misma cosa” (Aristóteles, 2000, p. 12).

Estas ideas son las que para Dewey deben ser rechazadas, justificar el poder a partir de la naturaleza sería negar que la educación no tiene ningún efecto en los individuos. Aristóteles estuvo a favor de una aristocracia donde unos son por naturaleza mejor dotados que otros y según Dewey, los seres humanos somos por naturaleza iguales, solo que la diferencia radica dependiendo del contexto en el que se desarrolle. Sin embargo, aunque esta comprensión aristotélica está a favor de los privilegios, señaló también la importancia de que sean los ciudadanos quienes participan de la vida pública y de la vida política a través de su facultad deliberativa. Y es justamente esta participación en la vida pública lo que

hace que este concepto en la antigüedad cobre un significado importante, los antiguos privilegiaban la libertad de participar de los asuntos públicos, sometiendo incluso la libertad privada. Situación que por ejemplo en los modernos estuvo favorecida por la libertad individual relegando la libertad de participar en los asuntos públicos.

La libertad ha sido una preocupación fundamental del pensamiento clásico en autores como Aristóteles en la antigüedad y Moro en la modernidad a partir de los cuales se sentaron las bases del pensamiento liberal. Y no es que se desconozca el gran aporte que otros autores hicieron al tema, pero interesa analizar el punto de vista por el cual la libertad cobra una importancia significativa para la democracia como modo de vida.

En Moro la idea de la libertad es comprendida como “un poder listo para obrar” (Moro, 1945, p. 79), que refiere a la capacidad de elegir y a la libertad de ejercer su voluntad sin ninguna coacción. Esta autonomía de la que habla este autor no es más que “la cultivación del espíritu y el desarrollo de las facultades intelectuales en el estudio de las ciencias y de las letras, una guía para llegar a la felicidad” (Moro, 1941, p. 80). Este pensamiento es acorde al aristotélico solo que Moro le da un realce significativo en la medida que plantea su discurso de manera colectiva eliminando la esclavitud que era natural en los antiguos. Su utopía tiende a satisfacer las necesidades del consumo público para que todos se liberen de las servidumbres físicas, una búsqueda de la felicidad individual en función del bien común.

Según González Pérez, la libertad en Moro cobra un significado ético dado que la considera como “el libre ejercicio de las motivaciones internas, que suelen presentarse, como la expresión del deseo y el dominio pleno de la voluntad individual, para concluir y llevar a cabo las acciones que puedan surgir del ejercicio mismo de la libertad” (González, 2012, p. 142). Este tratamiento parte del respeto que se tienen por los derechos de terceros y la no trasgresión a partir del momento en que se deja a salvo la libertad de creencia y de pensamiento. Su visión utópica es justamente el deseo por alcanzar una libertad que sólo puede ser vivenciada a partir de su perspectiva democrática de sociedad. Una sociedad que es organizada y en la que existe el compromiso y la cooperación, aspectos fundamentales de la propuesta democrática deweyana.

Autores como los modernos siempre se inquietaron por tratar de pensar la manera adecuada de proponer un desarrollo de la libertad aplicada al servicio del individuo y su entorno. Locke por ejemplo, defendió la idea de un poder estatal y puso la libertad por encima de todo, a diferencia de Hobbes quien también pensó en la idea de un contrato social en el que todos los individuos cedieran sus libertades a partir del

gobierno de un soberano quien los sacaría de ese estado violento en el que por naturaleza se consideraba al ser humano, en Locke se sugiere por el contrario, el respeto por los derechos de todos.

La concepción de libertad de Locke es interpretada de dos maneras, una libertad natural que es adquirida desde el momento del nacimiento y una libertad política cuando el hombre entra en sociedad. La libertad natural es aquella en la que no existe restricción alguna que no sea la naturaleza, pero la libertad política consiste para este autor en el abandono del hombre de su estado natural para unirse a otros individuos y conformar una sociedad y un gobierno para ésta. Es decir, el hombre cede unos derechos para que dicha sociedad pueda gobernar, establece unas leyes que gobiernen sobre todos los integrantes, estas leyes deben garantizar para Locke que, “la libertad de los hombres situados bajo jurisdicción de un gobierno consista en vivir en conformidad con una norma fija común a todos los que vivan en dicha sociedad y promulgada por el poder legislativo erigido en ella” (Locke, 2005, p. 39). En este caso la libertad no es interpretada como el deseo de hacer lo que se quiera, sino más bien obedecer una ley que no restrinja la libertad sino que la preserve. Comprender esta libertad es comprender la ley. Esta clase de libertad es caracterizada por ser la base de la legitimación del poder para garantizar derechos y libertades. Los modernos al realizar un análisis de la libertad permitieron sentar las bases no sólo para la importancia de la vida social sino que plantearon además a un ser humano reflexivo que puede decidir la manera adecuada de proceder. La libertad comprendida como un derecho que el Estado debe amparar.

A partir de la contemporaneidad, dos posturas han dado una particularidad a la interpretación del concepto de libertad para la democracia. Una de ellas es la señalada por Mill, quien le interesa aclarar la visión ético-social de la libertad, es decir, la naturaleza y los límites del poder que puede ejercer la sociedad sobre el individuo. Mill advirtió como en el transcurso de la historia la libertad se había convertido en la lucha contra la autoridad, tanto es así que en sociedades como las griegas, romanas e incluso la inglesa, la libertad era comprendida como “la protección contra la tiranía de los gobernantes políticos” (Mill, 1962, p. 19).

El poder de los gobernantes era considerado como algo necesario pero también como algo peligroso, un arma que utilizarían con sus súbditos pero también contra sus enemigos exteriores. Para Rodríguez, el filósofo inglés ha descrito como a partir de estos límites de poder se generaron dos formulaciones:

La primera, obtener el reconocimiento de ciertas inmunidades, llamadas libertades o derechos políticos a riesgo de exponerse el gobierno a una resistencia particular o a una rebelión general si los violaban; la segunda establecer frenos constitucionales mediante el cual el consentimiento de la comunidad, o de un cuerpo cualquiera, que asumía la representación de sus intereses, era

condición necesaria para alguno de los actos más importantes del gobierno (Rodríguez, 1979, p. 11).

A partir de esos abusos del poder perpetrados por un individuo, gobernante o soberano, se trasladó a la esfera en el que los gobernantes fueran los defensores o delegados revocables a voluntad. Esto permitió que los individuos abandonaran a la manera general los esfuerzos precedentes a limitar el poder de sus gobernantes. “El poder ahora no era más que el poder de la nación concentrado y bajo una forma cómoda de ejecución” (Mill, 1962, p. 20). Es esta manera de pensar, la que ha predominado según Mill, entre las últimas generaciones de liberales europeos.

Con esta prevalencia de gobernar, los individuos quedaron por un lado y el gobierno como organización por otro, quien continua ejerciendo la autoridad sobre el individuo practicando ciertas acciones que influyen en el ejercicio de la libertad y que se visualiza cuando la sociedad ejecuta sus propios decretos, según Mill, “Cuando la sociedad ejecuta decretos imperfectos, o si los dicta de cosas en que no se debería mezclar, ejerce entonces una tiranía social mucho más formidable que la opresión legal” (Mill, *Ibíd.*, p. 22). Con el tiempo, esta situación impide la formación de individualidades diferentes modelando los caracteres a su acomodo e intereses personales de quienes gobiernan.

El problema principal que ha planteado Mill, sobre la libertad es hasta qué punto dado que algunas reglas de conducta se han de imponer en primer lugar, por ley y seguidamente por opinión, ¿cuáles han de ser esas reglas? Para este autor realmente no se ha hecho mucho, pues las reglas que se han establecido son tenidas por evidentes y justificables en sí mismas, llegando a convertirse en un hábito llamado costumbre, difícil de redimir y más cuando se refiere al ámbito social y cultural que se establece en la historia.

Por tanto, para Mill como para Dewey, la relación que existe entre libertad y autoridad, han conducido incluso a grandes atentados contra el mismo ser humano. En Dewey, la relación libertad y autoridad desde su origen liberal expresaba la lucha por la emancipación de los hombres de poderes feudales, asentados como autoridad material o física y en una legitimidad sobrenatural o divina. Esto condujo necesariamente a la reivindicación de la libertad y a la negación de la autoridad. Luego en la modernidad el error consistió en haber establecido como inmanente y fijo el conflicto entre el principio de libertad y el principio de autoridad.

La raíz del problema de la relación autoridad-libertad, surgió a partir de las viejas tradiciones en donde los organismos ya establecidos se opusieron a las nuevas formas de vida y de la sociedad humana, considerándolas peligrosas, por cuanto venían a disputar el poderío y el privilegio que hasta entonces habían gozado de modo exclusivo. Así la autoridad pasó a ser algo exterior a la individualidad, desatando

una lucha entre quienes disfrutaban de las ventajas derivadas de la posesión del poder y quienes se veían excluidos de los beneficios a los que se tenía derecho.

En su escrito de 1936, titulado, “Autoridad y cambio social”, Dewey analiza como la esfera de la autoridad tiende a invadir la esfera de la libertad, generando opresión y tiranía, en la cual se afirma que el derecho que debe prevalecer corresponde a la idea y realización de la libertad individual cuyo enemigo es la autoridad. Es esta idea de la separación entre los ámbitos en que éstas actúan la que ha conducido a enmascarar el problema y eludir la solución.

El filósofo norteamericano propuso una unión orgánica de los términos dado que, “la autoridad representa la estabilidad de la organización social que fundamenta y dirige la vida de los individuos, mientras que la libertad individual representa la potencialidad intencional que realiza el cambio social” (Dewey, 1996, p. 154). Pensar que el problema se puede solventar separándolos en vez de unirlos significa según el filósofo de Burlington malograr todo intento de solución.

En cambio Mill afirmó que, “donde quiera que exista una clase dominante, la moral pública derivará de los intereses de esa clase así como de sus sentimientos de superioridad” (Mill, 1962, p. 24). Para Dewey efectivamente, el conflicto consiste en la lucha de unas fuerzas sociales por conservar la autoridad de creencia y práctica que legitiman el poder restrictivo sobre el espíritu y las conductas de los individuos, frente a otras fuerzas sociales e intelectuales que luchan por afirmar las características propias de la libertad. Pero según Dewey, los hombres poseen y necesitan ambas condiciones. La solución no está en trazar una demarcación entre estas dos esferas, sino en lograr su interpenetración. Escribió el autor:

Necesitamos una autoridad que, a diferencia de las antiguas formas en que ésta operaba, sea capaz de dirigir y aplicar el cambio, pero también necesitamos un género de libertad individual generalizada y compartida, que cuente además con el respaldo y la orientación de un control inteligente socialmente organizado (Dewey, 1996, p. 160).

También es cierto que las formas institucionales que hasta ahora han encarnado la autoridad han sido hostiles al cambio, y con esta resistencia han logrado poner diques a las fuerzas sociales, conduciendo inevitablemente al cambio abrupto y obligado de carácter violento y catastrófico. Mill propuso un establecimiento de los límites de la autoridad de la sociedad sobre el individuo. En el capítulo cuarto de la obra, *Sobre la libertad*, Mill dejó de manifiesto que aunque la sociedad no esté fundada sobre un contrato, el simple hecho de vivir en sociedad impone a cada uno una cierta línea de conducta hacia los demás. La conducta es sencilla lo difícil es llevarla a la práctica, consiste en:

Primero, no perjudicar los intereses de los demás, o más bien ciertos intereses que, sea por una disposición legal expresa, sea por un acuerdo tácito, deben ser considerados como derechos, segundo, en tomar cada uno su parte (que debe fijarse según principio equitativo) de los trabajos y sacrificios necesarios para defender a la sociedad o a sus miembros de cualquier daño o vejación (Mill, 1962, p. 88).

Una forma de poder solventar esta situación sería encarándola a través de la educación, al igual que Dewey, Mill cree que la sociedad tiene el deber de educar a todos sus individuos en las virtudes necesarias a través de la convicción y persuasión donde los seres humanos aprendan a ayudarse unos a otros y prestarse apoyo mutuo para elegir lo mejor y evitar lo peor, partiendo de la distinción entre la parte de la conducta de un hombre que se refiere solo a él y aquella que se refiere a los demás. Solo en la medida en que los seres humanos se organicen con ciertos acuerdos productos de la inteligencia y no de caprichos o de modas, la libertad será un logro, de lo contrario se continuará en la lucha por la reivindicación de un derecho que debe ser más que ofrecido, garantía de todos para poder vivir en un ambiente adecuado.

Por otra parte, Isaiah Berlin, actualmente es otro de los filósofos que con su consideración del concepto de libertad ha dado un aporte importante a la interpretación de la libertad en la contemporaneidad. Su análisis de la libertad de manera negativa y positiva en su conferencia inaugural sobre teoría social y política de 1958 llamada “Dos conceptos de libertad”, ha logrado realizar una crítica a la manera en que se ha comprendido el concepto de libertad. Se analizará la importancia que tiene este concepto para la filosofía social en especial para el concepto de democracia como modo de vida propuesto por Dewey.

Afirma Berlin que la libertad negativa es comprendida como la no interferencia a la posibilidad de actuar sin que nadie se interponga ni obstaculice nuestros actos: “Normalmente se dice que yo soy libre en la medida que ningún hombre ni ningún grupo de hombres interfieren en mi actividad. En este sentido la libertad política, es simplemente, el ámbito en que un hombre puede actuar sin ser obstaculizado por otros” (Berlin, 1958, p. 3). Se trata de contar con un espacio sin coacción, es decir que las fronteras de la libertad negativa estarían fijadas por el ámbito de la vida privada.

Sin embargo vuelve el mismo interrogante, ¿cómo trazar una frontera entre el ámbito de lo privado y la autoridad de lo público? Es ahí donde autores como los contractualistas e incluso el mismo Berlin han determinado que el individuo debe ceder un mínimo de libertad para preservar el resto. Pero, en la medida que se ceda parte de la libertad, ésta debe ser discutida y no impuesta. Ahora para ser dialogada adecuadamente habría que hacerlo en palabras deweyanas con “inteligencia organizada”, es decir, que se pueda lograr una discusión y reflexión pública, o en palabras de Berlin teniendo presente que “los

hombres dependen en gran medida unos de los otros y ninguna actividad humana es tan completamente privada como para no obstaculizar nunca en ningún sentido la vida de los demás” (Berlin, *Ibíd.*, p. 4). Coincidiendo incluso con Mill al decir que la libertad de algunos depende de las restricciones de otro. Sin embargo, esto podría ser siempre una arma de doble filo, porque en circunstancias por ejemplo, de pobreza y de falta de educación o inequidad social, no se podría hablar del uso de libertad, en este sentido no habría libertad, son necesarias las condiciones adecuadas para el uso consecuente de la libertad. Y cabría perfectamente el uso de la justicia que había expuesto Rawls en su obra *Teoría de la justicia*, al afirmar que son necesarios los bienes primarios para garantizar la libertad del individuo donde éste se pueda desarrollar de manera autónoma y pueda elegir y llevar a cabo su proyecto de vida. El mismo Dewey lo expuso al decir que es justamente la comunidad quien en su análisis continuo logra visualizar estos aspectos y con el uso adecuado de la inteligencia creativa encuentra las soluciones pertinentes para que democráticamente los unos puedan apoyar a los otros y entonces se pueda garantizar la libertad tanto política como individual.

Berlin destaca como del todo no podemos ser absolutamente libres y debemos ceder algo de nuestra libertad para preservar el resto de ella, pero cederla toda conllevaría la destrucción de nosotros mismos. Las preguntas fundamentales que Berlin ha traído a colación y que sigue dando un debate importante en la contemporaneidad es si efectivamente: “¿Tiene límites la libertad negativa? Y si es afirmativa, ¿Cómo trazarlos? ¿Cómo saber que límites están justificados y cuáles no?” (Berlin, 1958, p. 54). Coincide con Mill al decir que la justicia exige que cada individuo tenga derecho a un mínimo de libertad. Efectivamente las leyes que se han determinado siempre deberían por todo lugar garantizar este mínimo de libertad.

A partir de estos interrogantes Berlin plantea la libertad positiva, que significa: “El deseo por parte del individuo de ser su propio dueño” (Berlin, *Ibíd.*, p. 56), es decir, que las decisiones van a depender de sí mismo y no de fuerzas exteriores. Para Berlin estos deseos de decidir por sí mismo con el uso racional y responsable no es más que la libertad autónoma, en la cual el individuo está todo el tiempo eligiendo lo mejor y lo más adecuado para sí. “Yo tengo razón y voluntad; concibo fines y deseo perseguirlos; pero si me impiden conseguirlos, ya no me siento dueño de la situación... soy libre porque soy autónomo. Obedezco leyes, pero me las he impuesto yo a mi propio yo no coaccionado, o las he encontrado en él” (Berlin, 1958, p. 10). Esta forma de concebir la libertad se aleja de la concepción negativa pues en la anterior veíamos como yo hago lo que quiero sin que nadie me restrinja pero en cambio en la libertad positiva lo hago porque hago uso de la razón y lo hago con autonomía. Actuar yo y no que actúen por

mí. Mientras que la libertad negativa tiene que ver con las acciones, la positiva se relaciona con la voluntad.

Según Carbonell, ambos conceptos de libertad en la propuesta de Berlin deben coexistir para que el sujeto sea plenamente libre, es decir, “un sujeto será plenamente libre si es capaz de articular una voluntad que le permita fijarse una meta o un objetivo, y si, al mismo tiempo, es capaz de realizar las conductas necesarias para alcanzar esas metas sin obstáculos y sin que esté obligado a realizar una conducta distinta” (Carbonell, 2008, p. 62). En este caso concuerda con Dewey en el análisis de los conceptos a partir de su relación intrínseca en la medida que es posible su consecución, optando por la labor de la inteligencia creativa en la reflexión sobre la libertad. El filósofo de Burlington cree que la libertad es un concepto que debe ser reflexionado y reconstruido día a día y con la ayuda de la educación pueda configurarse como un hábito inteligente y no como se comprende en la actualidad un hecho supuestamente garantizado a través de la ley, cuando todos los seres humanos están dotados de libertad, por eso es necesario una comprensión donde la libertad no sea comprendida únicamente como independiente de las normas sociales sino que estas normas puedan ser discutidas y asimiladas en su justa conexión con la experiencia comunitaria.

2.2.1.2. Democracia como modo de vida para la consecución de la libertad

En la propuesta deweyana, la visión de la libertad sólo puede ser desarrollada a través del ideal de vida democrático ya que éste plantea las condiciones sociales propicias para la auténtica vivencia de la libertad. En *Libertad y cultura*, señaló las principales preguntas al abordar el tema de la libertad: “¿Qué es la libertad y por qué se la aprecia?, ¿el deseo de libertad es inherente a la naturaleza humana o es producto de circunstancias especiales?, ¿es querida como fin o como medio para alcanzar otras cosas?...” (Dewey, 1965, p. 1). Aunque nunca dio una definición exacta de lo que significa la libertad siempre se refería a ella como esa capacidad de elegir y la responsabilidad que conlleva dentro de la comunidad. Para el filósofo norteamericano el desenlace de la historia política y económica mostró como las reglas o leyes y las instituciones serían el primer obstáculo para el ejercicio de la libertad. Ahora la lucha era por derribar esas leyes que impedían la realización de la libertad, es decir, el conflicto, autoridad y libertad que se abordó anteriormente.

Dewey descubrió y señaló un aspecto que quizá haya sido olvidado y es la relación que existe entre el individuo y el medio social donde se desarrolla. La acción recíproca que existe entre el individuo y la cultura no solamente configura al hombre sino que permiten comprender la libertad. Lo que sugirió es

que no se puede pensar una libertad en un individuo únicamente como ser aislado eliminando las obstrucciones impuestas por la sociedad a través de sus instituciones sino que ésta dependerá de las transformaciones positivas encarnadas en los rasgos propios del modo de vida democrático.

Al igual que la democracia, la libertad no es algo que se conserva como doctrina siempre y de la misma forma en todas las épocas, el autor dejó de manifiesto que sólo con el uso adecuado de la inteligencia y su análisis consecutivo, la democracia y la libertad pueden ser construidas y reconstruidas constantemente. Según Figueroa, para Dewey, “no se puede realizar genuinamente el ideal de democracia si ésta es asumida como una herencia de la cual se puede vivir como un legado inmodificable, desconociendo los cambios constantes que exige el paso del tiempo para poder atender acertadamente las necesidades y problemáticas que el presente trae” (Figueroa, 2008, p. 94). Significa que para que la libertad sea vivenciada es necesario en cada época replantear estrategias encaminadas a fortalecer la democracia, ésta por sí misma garantizará la libertad de sus integrantes.

Obras como *Libertad y cultura* muestran un panorama de la libertad que ha sido encarnada en la institucionalidad. El filósofo norteamericano defendió la relación intrínseca entre naturaleza humana y cultura puesto que es quien configura el modelo a seguir, que se analice la libertad no solamente de manera individual o institucional, sino en concreto en comunidad, en la medida que la relación comunitaria sea efectiva garantizará la libertad personal. Así el autor abogó por una libertad política enmarcada en una libertad de tipo moral pues las relaciones que existen entre las personas afectan las relaciones cotidianas en todos los campos las actitudes y los hábitos. Además no hay que olvidar que existen muchos escenarios de la cultura en la cual la libertad puede ser obstaculizada.

Uno de estos aspectos que analizó el autor es la influencia en los últimos tiempos del problema radical de una libertad de corte económica que afectaba aún más las relaciones comunitarias. En su ensayo, “Libertad y control social”, escrito en 1935, el autor manifestó por qué el concepto de libertad en su época ha sido utilizado a favor de mantener el *statu quo* económico, donde algunas personas quieren conservar privilegios y derechos jurídicos adquiridos. Esto lo condujo a plantear un gran interrogante:

“¿Por qué en el pasado la defensa de la libertad se identificaba con ciertas acciones destinadas a cambiar leyes e instituciones, mientras que en nuestros días existe cierto grupo humano que no vacila en hacer uso de sus ingentes recursos para convencer al público en general de que todo cambio en las instituciones económicas constituye de por sí un ataque contra la libertad?” (Dewey, 1996, p. 129).

En la actualidad el problema reside en que la libertad está en manos de quienes ostentan, dirigen el poder y ejercen el control social, es más son los mismos que detentan el poder económico conllevando a un desorden que culmina generalmente en guerra y esta guerra se convierte, de acuerdo con Dewey, “en defensa de la libertad en nombre de la clase dominante que la identifican con la verdadera disciplina” (Dewey, *Ibíd.*, p. 132). Es por eso que el modo de vida democrático garantiza justamente que no se lleguen a estos episodios en los cuales hombres atentan contra los de su misma especie generando una cadena difícil de romper. De ahí la necesidad de pensar constantemente estos conceptos a la luz de las situaciones cotidianas de cada época, dado que los problemas que han sido suscitados en el pasado no son los mismos que abordan las sociedades actuales.

En su escrito “Libertad”, de 1937, Dewey puso en relación directa la democracia con la libertad como una tarea continua que cada época debe trabajar. Al igual que la democracia, la libertad no es algo que se perpetúa automáticamente, “conforme la sociedad gana en complejidad, las fuerzas que socavan la libertad van cobrando formas cada vez más sutiles y operan de manera más insidiosa” (Dewey, 1996, p. 177). Si la libertad por la cual lucharon nuestros antepasados era ante todo una libertad frente a una manera bastante obvia y burda de opresión política, la de un poder arbitrario ejercido desde un centro distante, la consecuencia que esto trajo consigo y que se arraigó a la tradición es que ha logrado convertir el poder gubernativo como el principal enemigo de la libertad.

Por tanto, hay que liberar al hombre de las restricciones doctrinarias, según García Vilá, en su artículo, “Política, democracia y pragmatismo en John Dewey”, manifiesta como para el filósofo norteamericano es claro que la práctica de la libertad consiste “en subordinar la ley al logro humano y no viceversa subordinar lo humano a la ley externa. Las instituciones, en última instancia son hechas por y para el hombre y no al revés” (Cf. García Vilá, p. 8). El individuo es quien debe tener un lugar privilegiado más que la institución, ésta es necesaria para asuntos de organización pero en lo mínimo debe socavar al individuo y reducirlo. Se estaría de acuerdo con Dewey en que nunca la democracia y la libertad pueden establecerse con unos dictámenes específicos a seguir, eso depende del contexto y la cultura que demande cada época y aún más si se pone en tela de juicio los nuevos avances y las economías que suscitan nuevas estrategias donde se garantice que el sentido comunitario prevalezca.

Para Dewey la importancia de la libertad por ejemplo durante los primeros tiempos de la historia de su país no estuvo ligada a la esfera de lo político y se visualizó incluso como había lugar para todos y se vivenciaba una la libertad de acceso a unas mismas oportunidades, sin embargo, esa situación cambió, “en la medida que la gente abandonó hábitos que se ajustaban a las condiciones agrarias, pasando a adoptar en su lugar los hábitos que la industria mecanizada imponía. La población se hizo

mayoritariamente urbana y no solo por su asentamiento sino por sus gustos y criterios” (Dewey, 1996, p. 179). Esto condujo según el autor a que la libertad propia de la igualdad de oportunidades ya no estaba plenamente garantizada. Si bien hay que luchar no solamente contra una libertad de índole política recluida en las leyes e instituciones, también hay que sumarle una libertad de corte económica que se impone con un espíritu fuerte y termina aniquilando aún más el sentido comunitario. Esta lucha en que se ha convertido la búsqueda de libertad ha hecho que se transforme en una meta por la que luchar en lugar de ser un hecho supuestamente garantizado.

Dewey propuso como salida frente a estas problemáticas que suscitaron su época y que en la actual seguimos teniendo, una fe imperante en la educación. Para este filósofo es tan importante que la educación logre formar hábitos que conlleven a una cultura democráticamente libre. Como él afirmó: “La educación es el instrumento más seguro y efectivo de todos cuantos garantizan el desarrollo libre del sujeto” (Dewey, 1996, p. 183). Mantener un ideal democrático de corte comunal será una meta por la que las nuevas generaciones tendrán el deber de analizar, mejorar y construir colectivamente cada día. La libertad no será otra cosa que la meta social para cuya consecución el sistema educativo deberá emplear todas sus energías. Solo de esta forma se garantizará un sentido comunitario favorable a las sociedades actuales que cada vez coartan a los individuos e impiden su realización. Si la educación tiene la responsabilidad de formar a los futuros ciudadanos, esta formación debe estar encaminada a una realización acompañada de la ética que propenda por el bienestar individual y sobre todo comunitario.

2.3 CRÍTICA AL PRAGMATISMO Y A LA DEMOCRACIA DEWEYANA

Pensar que la filosofía pragmática no concibe errores o que es la ideal para que se pueda llevar a cabo proyectos de vida comunitario, sería ir en contra del mismo Dewey y de los pragmáticos que nunca excluyeron las teorías que la tradición había encarnado, pero sí es necesario el objetivo de pensarla a la luz de brindar mayores posibilidades que convengan mejor al hombre y su medio social en las circunstancias actuales.

Se ha analizado cómo la filosofía pragmática ha hecho una crítica radical a la tradición sobre todo en las discusiones conceptuales eternas, acudiendo más a la relación que tienen los conceptos con sus efectos prácticos en la cotidianidad de cada época y apoyados en la realidad de seres humanos que se relacionan y conviven en el día a día, para lo cual Dewey analizó y se jugó la mayor parte de su vida tratando de pensar los elementos necesarios para una mejor convivencia a través de su propuesta democrática.

También se abordó la democracia desde la particularidad que el autor le dio como modo de vida, un concepto que deja de ser reducido y oscurecido y vuelve a renacer pensándolo en términos éticos, el cual debe formar una parte intrínseca del hombre con su medio social donde habita; este concepto si se realiza de manera adecuada por sí mismo garantizará la libertad de los individuos en comunidad que será una tarea que debe ser replanteada cada día a través de la inteligencia creativa y organizada. Es importante analizar la crítica que otros autores de la contemporaneidad han hecho a la filosofía pragmática como a la propuesta democrática deweyana. Se dará una cabida especial a los teóricos críticos, Horkheimer desde su obra *Crítica de la razón instrumental* y Honneth desde su ensayo “La democracia como cooperación reflexiva. John Dewey y la teoría de la democracia del presente”, quienes han criticado duramente al autor, en el caso de Horkheimer y su referencia al pragmatismo, pero también en el caso de Honneth quien analiza la propuesta democrática deweyana como una opción diferente que le haría un gran beneficio a los problemas suscitados en esta época.

2.3.1. *Horkheimer y la crítica a la razón instrumental*

Uno de los principales autores que criticó a la filosofía pragmática y en especial a Dewey fue Horkheimer con su obra, *Crítica de la razón instrumental*, en la cual consideró que esta clase de filosofía había conducido al ser humano a atender contra sí mismo. La crítica que hizo Horkheimer a la razón instrumental es que ésta razón ha conducido al hombre a un proceso de deshumanización, especialmente si se considera que la sociedad actual está centrada en la técnica.

Para Horkheimer el mundo moderno ha convertido este modo de ver las cosas en una filosofía tal como lo presenta el pragmatismo donde el núcleo de esta filosofía consiste en, “la opinión de que una idea, un concepto o una teoría no son más que un esquema o un plan para la acción, y de que por lo tanto la verdad no es sino el éxito de la idea” (Horkheimer, 1973, p. 51). Para este autor, esta forma en que el pragmatismo concibe la realidad no hace más que reducir el significado de las cosas a un simple plano o bosquejo sustituyendo la lógica de la verdad por la probabilidad y es lo que ha prevalecido perjudicando a la sociedad.

Es decir, que Horkheimer vio en el pragmatismo una teoría pluralista que no deja de convertir “todo en mero objeto y por ello en última instancia en una sola y la misma cosa, en un elemento en la cadena de medios y efectos” (Horkheimer, *Ibíd.*, p. 57). Aquí radicó su crítica principal al pragmatismo, pues al transferir todo el campo de las ciencias naturales a la filosofía se empeñó por “pensar todo tal como se piensa en el laboratorio, vale decir como un problema de experimentación” (Horkheimer, *Ibíd.*, p. 58). Y esta es la similitud que lleva a catalogar al pragmatismo como una forma más de positivismo o la reencarnación de la razón instrumental.

La crítica parte de la diferencia que hizo el filósofo alemán entre la razón subjetiva y la razón objetiva. No es la crítica de la razón en sí sino más bien la crítica a la razón mutilada y reducida a la instrumentalidad. Según Horkheimer la ciencia moderna y la técnica han sustituido la preocupación por la verdad por la metodología o el procedimiento eficaz. La razón subjetiva es aquella razón reducida a la probabilidad, al procedimiento, a los resultados calculados, que ha terminado por sepultar la razón objetiva. Esta razón subjetiva está regida por valores útiles y principios de interés egoístas, la razón que ha cedido su autonomía para reducir todo a instrumento.

Por el contrario Horkheimer analizaba cómo la filosofía en la etapa objetivista “aspiraba a ser aquella fuerza que conduciría la conducta humana, incluyendo sus empresas científicas, a la más alta comprensión de su propio fondo y de su justificación, el pragmatismo trata de retraducir toda comprensión a mero comportamiento” (Horkheimer, *Ibíd.*, p. 58). De ahí que Horkheimer vea en el pragmatismo una forma irresponsable de tratar al conocimiento, como un experimento que necesita urgente comprobación y que encuentre en la ciencia la respuesta a todo.

Si bien es cierto, el pragmatismo tiene una inclinación por las ciencias es porque ha analizado que la problemática de la sociedad radica justamente en una mala interpretación y uso inadecuado de las mismas, por eso Dewey a quien Horkheimer criticó como el representante más radical del pragmatismo, recomendó justamente analizar el papel de las ciencias y su efecto en el individuo y en la sociedad, no

solamente para producir más tecnicismo sino por el contrario para realizar una crítica más acorde con el uso que se ha hecho de ella y que por tanto una forma de solucionar este aspecto desenfrenado de la ciencia a los intereses personales es justamente llevando la moral a todos los campos no solamente de la ciencia sino de la sociedad en general. En este caso tanto Horkheimer como Dewey estarían analizando y buscando la orientación a la misma razón o la autocrítica o autoexamen para buscar soluciones pertinentes. ¿Cuál es el papel que juega la razón humana en todos estos asuntos? ¿Si la razón ha creado el caos por que no también la solución?

Dewey sintió una profunda inclinación por la naturaleza humana como una categoría primordial que hay que saber comprender en un contexto determinado, puso su confianza en la inteligencia como esa capacidad grande que tiene la naturaleza humana y que con una inteligencia creativa producto de hábitos inteligentes no solamente permitiría realizar un examen acorde de las circunstancias sino proponer una solución. El filósofo alemán analizó esta inteligencia en Dewey pero creyó que la redujo a una forma más de experimento, de ahí que para Horkheimer un hombre inteligente “no es aquel que sólo sabe sacar conclusiones correctas, sino aquel cuyo espíritu se halla abierto a la percepción de contenidos objetivos, aquel que es capaz de dejar que actúen sobre él sus estructuras esenciales” (Horkheimer, 1973, p. 65). Es porque Horkheimer analizó en la propuesta deweyana una inclinación por la razón subjetiva y ha sido esta razón la causante de llevar a una profunda decadencia de la humanidad.

Calegari (2011), en un artículo titulado: “La recepción del pragmatismo por la Escuela de Frankfurt”, encuentra que comprendiendo el contexto en el que se encontraban Dewey y Horkheimer, pudo haber una recepción temprana del pragmatismo por parte de Horkheimer, dado que “la reflexión y la filosofía en América eran consideradas como reductos del materialismo industrialista si se las comparaba con la ‘elevada’ tradición cultural alemana”, pues el peso por un lado de una tradición frente a una nueva propuesta de filosofía dejaba mucho que desear, pero lo cierto es que “en el pensamiento social y político pragmatista pueden ubicarse ejercicios intelectuales y prácticas relativas a una variedad de problemáticas vitales tanto para la reflexión filosófica como para el entendimiento y la comprensión del devenir democrático occidental” (Calegari, 2011). Y en esta referencia Dewey dio la batalla al tratar de comprender que el problema de la sociedad no es solamente el problema de la ciencia y de la técnica sino el problema de la política que produce malos gobiernos, haciendo de la técnica, un medio más para la burguesía el estatus y el poder, aspectos que también Horkheimer evidenció en su filosofía crítica.

La preferencia del pragmatismo es por una filosofía menos preocupada por los conceptos metafísicos, en donde se tornan discusiones de nunca acabar y más ocupada por la reconstrucción inteligente de los problemas cotidianos del hombre en busca de su bienestar y felicidad. Hans Joas, escribe al respecto en

su obra, *El pragmatismo y la teoría de la sociedad*, que “el pragmatismo es una forma enteramente original y autónoma de interpretar la creatividad de la acción, pretende la transformación revolucionaria de la sociedad por medio de una inteligencia enteramente racional” (Joas, 1998, p. 282). Inteligencia que para Dewey debe convertirse en el instrumento fundamental sobre todo en la resolución de los problemas en especial los que se refieren a las relaciones de los seres humanos con su entorno o su ámbito comunitario.

Calegari afirma que mientras “la crítica de Horkheimer anhela la vuelta a un tipo de razón objetivista ubicada en un plano ciertamente ‘metafísico’, el pragmatismo giró hacia una teoría de la intersubjetividad que desde la acción social en el liberalismo deweyano, se concentró en la solución creativa e inteligente de los problemas más básicos y cotidianos de la socialización democrática” (Calegari, 2011). Y a estos se suman los esfuerzos evidenciados por Dewey en sus obras ético-políticas, donde este autor plasmó cómo la sociedad necesita un nuevo horizonte que permita a los seres humanos reconocerse, cuidarse y proveer por el bienestar personal y colectivo. Es por eso que sugirió que únicamente llevando la moral a todos los sectores de las relaciones sociales y la formación cultural se podía construir un sentido más comunitario y menos preocupado por el deseo de destrucción típico de sociedades totalitarias.

El punto en el cual convergen pragmatismo y teoría crítica tiene que ver con la denuncia de una sociedad deteriorada por el poder que ha sido causado en gran parte por la instrumentalización y el uso inadecuado de la ciencia. Horkheimer centró su crítica en la filosofía pragmática en la manera como el pragmatismo planteó el conocimiento de la ciencia y no analizó la importancia de obras ético-políticas en las cuales Dewey se destacó sobre todo por su aporte en mejorar una sociedad que ha sido deteriorada. Sin embargo, la predilección por la ciencia por parte del pragmatismo permite justamente esta clase de crítica aun cuando no se aborde la intención fundamental que es la procura del bienestar social recuperando el sentido comunitario, como la propuesta deweyana de llevar la moral no solo al campo de la ciencia sino a todos los sectores de la sociedad, en la cual el concepto de democracia como modo de vida sería su aliado fundamental, que luego Honneth años más tarde analizaría y encontraría como salida firme a un concepto oscurecido y que en la actualidad puede recuperar su confianza, esclareciendo su significado.

2.3.2. Honneth y la mirada a la democracia deweyana

Mientras Horkheimer se detuvo en la crítica al pragmatismo en especial a la razón instrumental y a Dewey como el representante principal de esta corriente, Honneth dio lugar a la comprensión de la democracia deweyana caracterizándola como importante y necesaria en la actualidad; nos detendremos en el análisis de un artículo que escribió al respecto de la democracia de Dewey, el cual muestra que

existen dos modelos que imperan en la actualidad, contrastándolos con el modelo de cooperación deweyano y mostrando que este modelo de democracia no es solo una alternativa más, sino que es superior a estos dos modelos y una posible salida a los problemas de las sociedades actuales.

El artículo en el cual Honneth pone de manifiesto la importancia de la propuesta democrática deweyana es, “La democracia como cooperación reflexiva. John Dewey y la teoría de la democracia del presente” (1999), en el cual muestra como en la actualidad en el ámbito internacional se han realizado esfuerzos por esclarecer los fundamentos normativos de la democracia. Esta discusión se tornó en la oposición entre el republicanismo y el procedimentalismo. La principal diferencia que encuentra Honneth en estos modelos actuales de abordar la democracia es que:

Mientras el republicanismo se orienta por el ideal clásico de la ciudadanía, para cuyos miembros el tratamiento intersubjetivo de los asuntos comunes se ha convertido en un objetivo esencial de su vida, el procedimentalismo insiste en que no se necesitan las virtudes de los ciudadanos, sino solamente un procedimiento justificado moralmente para reactivar el proceso democrático de la voluntad (Honneth, 1999, p. 82).

Para Honneth estos modelos que han predominado en la actualidad en la discusión política filosófica, han tenido un efecto negativo en la medida en que agotan las posibilidades de intento de renovar y ampliar los principios democráticos. Es justamente aquí donde entra a participar la puesta democrática deweyana en la medida que esta concepción ofrece un tercer camino. La tesis que plantea Honneth es que la teoría democrática deweyana “se orienta en su empresa por establecer los principios de una amplia concepción de la democracia no según el modelo de la deliberación comunicativa sino según el modelo de la cooperación social” (Honneth, *Ibíd.*, p. 85).

La preeminencia que se destaca de la teoría de la democracia concebida por Dewey y que lo aleja de las otras concepciones de la democracia, es justamente el legado moral que le imprime, pues al hablar de la cooperación social resalta el hecho de que se forman seres humanos morales que participan constantemente en la solución de los problemas y que propenden por el desarrollo intersubjetivo en una comunidad. Dewey concibe la democracia como una forma reflexiva de cooperación colectiva. El modelo de cooperación social es el que Honneth resalta de la propuesta deweyana en la medida que le imprime lo que le hace falta a los modelos de democracia tradicionales.

Honneth hace este recorrido primeramente recurriendo al joven Dewey analizando el momento en el cual el filósofo americano gesta la democracia en la esfera de cooperación social siguiendo a Hegel, luego analiza como Dewey llega a la concepción procedimental de la opinión pública democrática realizada en

su obra, *El público y sus problemas* (1927), en donde los procesos de la formación democrática de la voluntad son concebidos como el medio racional con los cuales una sociedad integrada cooperativamente intenta solucionar sus propios problemas, y finalmente, muestra como este modelo maduro concebido por Dewey representa una alternativa mejor que las propuestas de los modelos actuales de la concepción democrática.

La comprensión de la democracia deweyana resalta aspectos fundamentales como la cooperación y la libertad oponiéndose a la concepción tradicional de democracia. En su artículo, “La ética de la democracia” (1888), que abordamos en el apartado uno de este capítulo, Dewey tomó como crítica principal el que la tendencia de la filosofía social contemporánea ve en la democracia solo una forma de organización del gobierno estatal. Según Dewey la democracia es reducida como la regla de la mayoría, esto es una indicación numérica para el procedimiento de elección de los miembros de los órganos representativos. Sometiendo la idea de la formación democrática de la voluntad al principio numérico de la regla de la mayoría.

Esta es una de las principales críticas que se esbozan en la manera en que aborda Dewey al concepto democrático. De acuerdo con Honneth subyace en este modelo cuantitativo de la democracia la idea y la fuerte tendencia por las teorías contractuales clásicas, es decir, que:

Antes de toda formación del Estado, los individuos existían en un total aislamiento sin ninguna relación comunicativa y solamente en la medida que es tomada como punto de partida una tal situación de la sociedad segmentada y desorganizada, puede recomendarse entonces el concepto de democracia desarrollado por Hobbes en su construcción contractualista (Honneth, 1999, p. 88).

Este es uno de los rechazos que Dewey atacó en la medida que la vida social no es realizada antes de la formación de la unidad política. Como se ha observado, en Dewey es fundamental comprender que todo es producto de la vida en comunidad, es a partir de allí que se cimienta todo en la medida en que en el ambiente social los hombres comparten sus experiencias y se produce la vida política.

Esta intersubjetividad fue influenciada en Dewey por Hegel en el cual la vida social es representada según el modelo de organismo social, es decir, que cada individuo coopera mediante su propia actividad en la reproducción de la totalidad. Según Honneth en Dewey toda forma de sociabilidad “consiste en la existencia de la cooperación; bien sea de una manera desorientada o no planificada, aquí los individuos se relacionan entre sí en la medida que realizan funciones de acuerdo con la división del trabajo, las cuales en conjunto contribuyen en la formación de la sociedad” (Honneth, 1999, p. 89). Es de esta manera que tanto la autonomía personal como el concepto de gobierno político deben ser pensados como

relacionados entre sí. En este sentido el filósofo norteamericano hace también alusión a los filósofos clásicos Platón y Aristóteles en los cuales la relación entre libertad individual y comunidad política es pensada como una relación de intercambio orgánico en la cual el individuo particular experimenta mediante el desarrollo de las virtudes correspondientes la realización de un bien común.

Después que Dewey realizó este diagnóstico de la democracia en la contemporaneidad se trasladó del ámbito de la cooperación social a la esfera de la autoadministración colectiva, esto es al ámbito de la opinión pública. Este aporte lo encuentra Honneth a partir de la obra de Dewey, *La opinión pública y sus problemas*, (1927) la cual en una etapa mucho más madura y superando su etapa hegeliana, “resalta la relación entre el desarrollo individual de la personalidad y una comunidad democrática representada como una relación del intercambio libre entre grupos cooperantes” (Honneth, 1999, p. 94).

Dewey partió de sus estudios psicológicos sobre la personalidad en los cuales descubrió que el ser humano se forma a partir del papel fundamental del hábito como lo había descrito en su obra, *Naturaleza humana y conducta*. A partir de la naturaleza instintiva, perfecta y abierta el hombre desarrolla capacidades y necesidades en forma de hábitos de comportamiento estables que ha encontrado consentimiento y estimación por parte del respectivo grupo de relación. A partir de aquí Dewey desarrolló una teoría intersubjetivista de la socialización humana. Planteó con base en las investigaciones experimentales en las ciencias de la naturaleza, la posibilidad de que las soluciones inteligentes a los problemas aumenta con la cooperación, cuando los participantes libremente y con igualdad de derechos podían intercambiar informaciones y aportar reflexiones.

Este aspecto fundamental que le dio a la inteligencia le permitió afirmar que la democracia representa la forma de organización política en la cual la inteligencia humana alcanza su desarrollo íntegro. “Un estado inteligente de los asuntos sociales, un estado que estuviera más marcado por el saber, más guiado por la inteligencia, no mejoraría en lo más mínimo las disposiciones originales, pero elevaría el nivel sobre el cual operaría la inteligencia de todos” (Dewey, 2004, p. 174). El papel de la inteligencia creativa es la mejor herramienta que tenemos los seres humanos para solucionar las dificultades, adaptarnos, analizar y evaluar las circunstancias como miras a buscar las soluciones pertinentes.

Honneth reitera en su obra, *El derecho a la libertad*, como para Dewey, “la democracia es una forma de gobierno superior porque hace uso de la inteligencia de todos los sujetos implicados en la superación reflexiva de los problemas de la sociedad. La acción conjunta cooperativa en la construcción de la voluntad pública es en principio tanto el medio como el fin de la autorrealización individual” (Honneth, 2014, p. 362). Lo que Honneth encuentra a partir de estas reflexiones es el planteamiento de lo público

dentro de la esfera del actuar social y la opinión pública como el círculo de aquellos ciudadanos que al verse afectados conjuntamente, comparten la convicción de dirigirse al resto de la sociedad con el fin de lograr el control administrativo de la interacción respectiva.

La gran dificultad que se prevé al respecto entre la primera concepción democrática de cooperación y el carácter procedimental es que ambas son necesarias en la esfera de las sociedades actuales, ¿cómo tratar de unir las sin que se pierda la intención fundamental de la democracia como forma o modo de vida?, es a partir de la reconstrucción del Estado como Dewey propone que la democracia no desvirtúe su intención fundamental que es la esfera comunitaria. ¿Pero cómo formar un Estado con un diálogo adecuado que realmente no deje aparte la intención de cooperación sobre todo reflexiva?

Los miembros de la sociedad deben estar en capacidad de advertir que persiguen una meta común a través de sus cooperaciones para llevar a cabo luego la creación de órganos de autoadministración democráticos como medios de solución a los conflictos. Resuenan las palabras de Dewey: “Mientras la Gran Sociedad no se convierta en una Gran Comunidad, el público seguirá ensombrecido. Solo la comunicación y cooperación puede crear una gran comunidad” (Dewey, 2004, p. 134). Esta forma que sugiere el autor del procedimiento democrático supone una forma de eticidad que no está anclada en virtudes políticas sino en la conciencia de la cooperación social. Lo que Honneth resalta de esta propuesta es que inclusive en esta mediación surte una decisión común la cual opera de manera cooperativa es decir, siempre pensando en la comunidad.

En este sentido se debe procurar que los individuos conciban la ética democrática como resultado de la experiencia que puedan hacer todos los miembros de una sociedad entre sí, pues al concebir la democracia como un modelo ético no sólo se forja como un ideal político, sino como un ideal social. Permitiendo sacar el concepto de democracia del modo mecánico dándole lugar al individuo para que no solamente participe con su voto sino que coopere y se comprometa con su comunidad desde su ser ético o más aún su ser democrático.

El análisis de Honneth deja de lado la educación como un lugar prominente y necesario para la restauración de la sociedad democrática. Honneth se ha detenido en analizar de manera política la importancia de este concepto para la sociedad actual, encontrando en el modelo de cooperación deweyana una pertinencia adecuada a los asuntos actuales de la política, sin embargo, el filósofo de Burlington aunque pensó todos los modos en que su propuesta democrática en la actualidad de su época pudo no ser viable, tuvo presente que la democracia no es algo que se mantiene por sí misma en todas las épocas, sino que es una tarea que nos reclama, por eso tomó como recurso inminente la educación

como escenario ideal para restaurar la comunidad de vida, la cual evidencie el sentido de cooperación reflexiva, a partir del niño y desde un ambiente particular como es la escuela, el lugar acorde donde se aprende y se forman hábitos adecuados y reflexionados, es decir, hábitos inteligentes con aquellos que se encargarán de continuar la tarea reconstructiva de la experiencia democrática. Analizar el lugar que tiene la educación en la propuesta democrática, como complemento, será el ejercicio que se desarrollará en el siguiente apartado.

CAPÍTULO TERCERO

EDUCACION Y DEMOCRACIA

Se ha realizado un recorrido intentando comprender cómo la democracia en Dewey rompe con la forma en que se ha establecido en la sociedad, analizando los factores que tiene presente para su correspondiente consecución, la diferencia entre la forma en que se concibe la democracia desde la institucionalidad y su manera particular de proponerla como un estilo de vida. A partir de estos elementos se abordó al ser humano y a la sociedad desde su relación intrínseca orgánica, el punto de partida y el fundamento en el que Dewey gestó su propuesta democrática, acercándose al ideal de una organización social en la que cooperan tanto individuos y comunidad. Una sociedad comprendida como un organismo que requiere de unión, cooperación y compromiso entre sus miembros, en el que cada individuo hace suyo este ideal social y lo comparte con el resto del grupo.

Esta manera de concebir la democracia para el pensador norteamericano se encuentra intrínsecamente ligada a la educación que es comprendida como crecimiento, característica fundamental de la vida. De esta manera tanto el niño como el adulto están confinados a crecer a desarrollarse, lo cual implica que la educación es un proceso que reorganiza y reconstruye a la vez que transforma la vida como un dinamismo, un proceso de cambio en movimiento. De acuerdo con lo anterior existe una cierta plasticidad en los individuos que hace referencia a la capacidad para aprender de la experiencia y modificar las acciones a partir de la base de los resultados de experiencias anteriores con el ánimo de adquirir hábitos que efectúan un complemento con el ambiente en un sentido activo.

Ahora bien, si la vida se vincula al crecimiento, planear las estrategias que ayudan a la preservación de los miembros del grupo social, se convierte en una motivación. La educación es un aspecto fundamental en la vida de todo individuo, dado que no sólo garantiza que los hombres puedan comprender su entorno sino que además los prepara y asegura para una sana convivencia. Por eso para el filósofo y pedagogo norteamericano John Dewey, fue una de las preocupaciones latentes la comprensión de la educación para llevar a cabo el modo de vida democrático. Es quizá su obra *Democracia y educación*, escrita en 1916, la que contiene una descripción sobresaliente de lo que significa el papel de la educación como elemento social. Se abordará en especial los fundamentos elaborados en esta obra y se complementarán con otros escritos en los cuales el autor resaltó la importancia de la educación para el campo personal y comunitario. Se iniciará este recorrido partiendo de la importancia de la educación tanto a nivel personal como social, el lugar importante que ocupa el niño y la escuela en la propuesta deweyana como el

ambiente adecuado en el cual se comparten experiencias y se complementa con la vida del hogar y la comunidad particular donde habita; se abordarán los inconvenientes que afectan y frenan el proceso democrático, así como el desarrollo de elementos significativos que conduzcan a una democracia comprometida con la sociedad comunitaria. Por último se reflexionará sobre la pertinencia de dicha propuesta para la actualidad descubriendo por qué este ideal de democracia no es solamente oportuno sino urgente.

3.1 EDUCACIÓN DEWEYANA

A partir de las grandes transformaciones sociales de fines del siglo XIX y principios del siglo XX, se fueron generando los grandes desarrollos del pensamiento educativo moderno. En estos sucesos surgió la denominada Educación Nueva⁵ dentro de la cual destaca el filósofo y pedagogo John Dewey, quien acentuó su naturalismo pedagógico en esa unidad entre el hombre con la naturaleza la cual influyó en el amplio movimiento cultural de la escuela nueva impulsando la transformación tanto en sus métodos así como en la organización y orientación. Sus aportes a la pedagogía en relación con la democracia, han dado una contribución significativa a la construcción del hombre como individuo social, en la cual el papel de la escuela no solamente prepara para la vida adulta sino que se convierte en una pequeña comunidad donde el niño vive continuamente. La escuela para el autor, es la esencia de la vida comunitaria. Ahí radicó su preocupación latente por comprender los procesos que se dan en ese centro formativo al cual referenció continuamente como el lugar donde niños y jóvenes complementan su educación; hizo un énfasis en la preparación del maestro como el ser adulto que guía y acompaña el proceso y la importancia de un currículo adecuado que contribuya a la formación del educando, en lugar de ser una herramienta de cohesión social.

Para el autor la educación forma parte de todo proceso a través del cual una comunidad o grupo social transmite su cultura con el propósito de asegurar el desarrollo continuo de su existencia. Se observa en este proceso elementos que conducen a una educación desde los ámbitos, ético y social como continuidad de la sociedad; entendida como proceso biológico a partir de seres inmaduros que están en constante crecimiento y como proceso psicológico que se relaciona con los anteriores en la medida que forma el carácter de un ser humano con capacidad crítica y reflexiva, además de desarrollar una solidaridad hacia

⁵ La Escuela Nueva surgió a finales del siglo XIX, como un movimiento pedagógico de carácter progresista y críticos de la educación tradicional, en el cual las ideas de Dewey fueron y continúan siendo sobresalientes. También forman parte de este surgimiento, María Montessori, entre otros.

los demás. Esta concepción de la educación el autor la involucra en su más amplio sentido como la reconstrucción de la experiencia.

3.1.1 Educación para la vida y para la sociedad

Una constante en la propuesta deweyana educativa es que siempre involucra tanto la formación personal como social, dado que sin esta unión intrínseca el modo de vida democrático no podría ser llevado a cabo, pues una formación excelente personal que se quede reducida únicamente al individuo no surte ningún efecto en la sociedad; se pueden ver ejemplos cotidianos entre personas que han tenido una gran formación pero su compromiso social es casi nulo. Por eso la necesidad de enfatizar en el ámbito social, dado que la formación del individuo debe estar acentuada en el sentido cooperativo que para el autor debe comenzar desde la niñez al cual hace referencia particularmente como aquel individuo que no solo se educa en una escuela sino quien tendrá en sus manos la sociedad y la cultura del futuro.

El primer acercamiento que tuvo el autor a la educación lo dejó plasmado en su escrito, *Mi credo pedagógico* (1897), el cual influenció su época notablemente, pues en este texto desarrolló aspectos que evidencian la expresión de sus creencias educativas que continuó desarrollando a lo largo de toda su vida y se constituyó en un texto importante para la revolución educativa. De estos aspectos, es quizá su visión de la educación la que tiene mayor resonancia ya que, a partir de esa concepción, Dewey emprendió su camino a favor de la formación del individuo desde su niñez y sobre todo involucrado constantemente el entorno social en el que vive y se desarrolla.

Escribió el autor: “La educación procede por la participación del individuo en la conciencia social de la raza. Este proceso comienza inconscientemente casi desde el nacimiento y está continuamente formando las capacidades del individuo, saturando su conciencia, formando sus hábitos, educando sus ideas y despertando sus sentimientos y emociones” (Dewey, 1977, p. 1). Su idea de lo que debe ser la educación pone al individuo en el centro del contexto social, su participación en este proceso es continuo y además expone algunas pistas de lo que luego será su propuesta constructivista, donde el individuo se convertirá en el protagonista principal de la educación y heredero del legado cultural. La educación debe integrar de manera dinámica al individuo con su contexto favoreciendo la relación entre la comunidad, la familia y el centro escolar.

“Mediante esta educación el individuo llega gradualmente a participar en los recursos intelectuales y morales que la humanidad ha logrado acumular. Aquel se convierte así en un heredero del capital

formado por la civilización” (Dewey, 1977, p. 1). Siendo el niño el futuro heredero de la cultura de su sociedad, la educación tiene la responsabilidad de profundizar en la mejor manera de garantizar que este heraldo sea responsable y contribuya con su formación a la cooperación social. En la época del autor era tradicional la educación impartida donde el maestro era el protagonista y quien tenía en su poder el conocimiento. Dewey creyó que esta forma de educar no había logrado mayores méritos en el individuo y mucho menos en el campo social porque limitaba al niño y no permitía que explorara y descubriera el conocimiento por sí mismo y lo relacionara con su contexto. “La única educación verdadera se realiza estimulando la capacidad del niño por las exigencias de las situaciones sociales en que se halla” (Dewey, *Ibíd.*, p. 2). Significa entonces que existe un cierto vicio en la educación donde sólo la voz del adulto gracias a su vivencia experiencial sería la que contara y en ocasiones lo que hace es recortar la visión creativa que tiene el educando, más aún, cuando no hay una preparación adecuada y responsable del adulto encargado.

A partir de estas consideraciones es necesario resaltar la importancia de la educación desde el individuo y la educación para el ámbito social. El autor logró visualizar cómo la educación debe tener dos aspectos principales a desarrollar, uno psicológico y otro social, ambos deben complementarse ya que están concatenados orgánicamente, pues el psicológico constituye lo básico, es decir, los instintos y capacidades del niño, como el punto de partida para toda educación, mientras el conocimiento de las condiciones sociales es fundamental para interpretar adecuadamente esas capacidades del niño. La educación por tanto, no puede ser considerada solamente como un compromiso entre estos dos aspectos o como una superposición del uno sobre el otro.

Creo que el individuo que ha de ser educado es un individuo social y que la sociedad es una unión orgánica de individuos. Si eliminamos del niño el factor social nos quedamos sólo con una abstracción; si eliminamos de la sociedad el factor individual nos quedamos solo con una masa inerte y muerta. Por eso la educación debe comenzar con un conocimiento psicológico de las capacidades, intereses y hábitos del niño. Esos poderes, intereses y hábitos han de ser constantemente interpretados, han de ser traducidos en sus equivalentes sociales, a lo que son capaces en el sentido del servicio social (Dewey, *Ibíd.*, p. 3).

Esta propuesta matiza la unión orgánica del individuo con la sociedad, ya que, como se ha visto a través de esta investigación el concepto de organismo interactivo ha sido una constante. Sin embargo, también denuncia que una educación donde el niño no es protagonista y se imparte únicamente la visión del adulto, no permite que el niño explore y descubra el conocimiento y éste le sirva para transformar la sociedad y no para dañarla. Para Dewey una educación donde impera la voz de los adultos solamente,

reproduce la estructura social viciada pues la labor de la escuela y de la educación debe consistir en tratar de perfeccionarlas. Aunque cabría preguntarse si efectivamente todos los adultos están viciados, puesto que los mayores han sido los herederos de la cultura y quienes han tenido la responsabilidad de transmitirla y no en todas las épocas lo han hecho mal. El autor estaría haciendo énfasis a la educación de tipo autoritaria donde el adulto imparte lo que le conviene o desea y no permite que el niño explore por sí mismo, descubra y desarrolle su curiosidad que seguramente augurará una buena creatividad. ¿No sucede acaso en la actualidad en muchas instituciones escolares donde los maestros todavía se consideran amos del saber y solamente su voz importa? ¿Esta forma de educación no estaría atentando contra la educación misma cuya finalidad es permitir que el ser humano se descubra, comprenda y coopere con su entorno? ¿No estaría violentando la libertad misma? ¿Cómo contribuiría esta clase de educación a conducir a los individuos a un sentido democrático si los coarta e inserta en un mundo autoritario desde el inicio? ¿No es esta la causa muchas veces de la deserción escolar?

En su obra *Democracia y educación*, el autor realizó una demarcación importante entre la educación como una necesidad de la vida y como función social. Partiendo del hecho de que la sociedad y los individuos conforman un organismo es fundamental comprender cómo la labor de la educación es garantizar que este organismo se mantenga de tal forma unido que la democracia como modo de vida pueda evidenciarse en el grupo. La comunidad o grupo social se sostienen mediante una continua renovación, esta transformación tiene lugar por medio del desarrollo educativo de los miembros inmaduros del grupo. Significa que la educación se transforma “en un proceso de estimulación, de nutrición y de cultivo... Hablamos de la educación como de una actividad estructuradora, moldeadora, formadora, es decir, de una estructuración según la forma normativa de la actividad social” (Dewey, 2002, p. 21). Además de estas características el autor hace énfasis en garantizar el medio ambiente para llevar a cabo este proceso, sin un ambiente adecuado es imposible hablar de seres humanos formados para la acción y para la comunidad.

El medio particular en que vive el individuo le lleva a ver y sentir una cosa mejor que la otra; le lleva a tener ciertos planes para que pueda actuar con éxitos con los demás, fortalece algunas creencias y debilita otras como condición para merecer la aprobación de los otros... las palabras ‘ambiente’, ‘medio’, designan algo más que los lugares próximos al hombre (Dewey, 2002, p. 22).

El medio ambiente se convierte en fundamental en la medida que promueve o dificulta a la vez que estimula las actividades importantes para un ser vivo. Es en este medio ambiente donde el ser humano se asocia y encuentra que sus actividades están relacionadas con las de los demás, es decir, tiene un ambiente social. Lo cual significa que los seres humanos deben aprender a desarrollar unas relaciones

recíprocas. En esta medida la particularidad del medio social; que incluye a la cultura, la diversidad del pueblo y la historia, forman a sus miembros maduros e inmaduros (niños) de tal manera que garantice esta reciprocidad.

Desde otro punto de vista, Durkheim al definir la educación también apuntó básicamente a esta relación entre la formación personal y la formación social como legado en un ambiente adecuado:

La educación consiste en una socialización metódica de la joven generación. Se puede decir que en nosotros existen dos seres que, aun cuando inseparables no dejan de ser distintos. El uno está constituido por todos los estados mentales que no se refieren más que a nosotros mismos y a los acontecimientos de nuestra vida privada: el ser individual. El otro es un sistema de ideas, de sentimientos y de costumbres que expresan en nosotros el grupo o los diferentes grupos en los que estamos integrados... El ser social. Formar ese ser en cada uno de nosotros es el fin de la educación (Durkheim, 1999, p. 33).

Por tanto es importante comprender que la educación debe apuntar a la formación de seres humanos íntegros que desarrollen en sí mismos su ser social. En palabras de Dewey sería su ser democrático, su compromiso cooperativo con la comunidad. Un paso importante para lograr esta relación del individuo con la sociedad consiste en establecer condiciones que estimulen ciertos modos visibles y tangibles de acción. “Hacer al individuo un partícipe en la actividad asociada de modo que sienta su éxito y su fracaso como propios. Tan pronto como esté poseído por la actitud emocional del grupo se sentirá alerta para reconocer los fines especiales a los que aspira éste” (Dewey, 2002, p. 24). El ambiente social forma de acuerdo con el autor, la disposición mental y emocional de la conducta en los individuos introduciéndolos en actividades que despiertan y fortalecen ciertos impulsos.

El proceso educativo consiste en permitir observar que el tipo de educación que adquiere el ser inmaduro se realiza a través del ambiente en que actúa, pues nunca se educa directamente, sino indirectamente por medio del ambiente. Se afirma un naturalismo pedagógico⁶ que tiene presente la libertad del niño, su autoactividad y la coeducación. Estos serán aspectos claves partiendo desde el niño, quien necesita una orientación especial, dado que será quien encarne el modo de vida democrático. Si se orienta de manera adecuada garantizará por sí mismo que en el futuro su ser ético esté dirigido a la cooperación y sentido de pertenencia a su comunidad. Por eso es necesario trabajar la inteligencia creativa en un ambiente propicio que comienza en la escuela como centro especial. Ahora si la escuela sigue siendo un ambiente

⁶ Este naturalismo pedagógico que había dado lugar a pensar la educación como el contacto con el medio cultural del cual fue gestor Rousseau y que Dewey apropió para dar lugar a su propuesta educativa democrática.

creado con la finalidad de influir en las disposiciones mentales y morales de sus miembros debe garantizar que el ambiente sea adecuado para llegar a tal fin en el cual la educación no sea comprendida solo como medio sino que es ella misma, el fin de la vida.

3.1.2. El papel de la escuela como una pequeña comunidad

La escuela como institución cobró una importancia significativa para el filósofo de Burlington en la medida que garantizaría que los hombres a partir de su niñez vivieran como seres democráticos. Por eso el papel de la escuela es una de las más importantes instituciones que permite la vivencia y el desarrollo de hábitos en los cuales los individuos compartirán sus experiencias y asegurará su convivencia.

La escuela, es, primariamente una institución social. Siendo la educación un proceso social, la escuela es simplemente aquella forma de vida en comunidad en la que se han concentrado todos los medios más eficaces para llevar al niño a participar en los recursos heredados de la raza y a utilizar sus propias capacidades para fines sociales (Dewey, 1977, p. 3).

Esta importancia significativa que tiene la escuela no solamente debe contribuir al desarrollo de los individuos como seres democráticos, es decir seres éticos, que a partir de la propia experiencia se enriquecen y comparten mutuamente, sino que la educación tendrá un significado relevante en la vida de los individuos, de lo contrario seguirá la escuela como institución convirtiéndose en mecanismo de control social donde lo que importa es tener el mayor tiempo a los educandos ocupados en tareas mecánicas, como sucede en muchos contextos de la realidad actual, pero no disfrutando plenamente de su convivencia, de su forma de vida comunitaria, no estarían enriqueciendo ni ampliando su experiencia.

Desde su *Credo pedagógico*, Dewey ya había previsto la importancia de la escuela como medio adecuado para llevar a cabo su ideal de democracia como modo de vida en comunidad, lo cual significa que la educación no es solamente una preparación para la vida futura sino un proceso de vida, que es continuo. “La escuela debe representar la vida presente, una vida tan real y vital para el niño como la que vive en el hogar, en la vecindad o en el campo de juego” (Dewey, 1977, p. 3). Esta continuidad debe permitir que el niño reproduzca gradualmente las actividades de la vida doméstica de tal manera que aprenda su sentido y sea capaz de relacionarlas, de desempeñar un papel.

La importancia de la escuela como escenario o ambiente propicio y adecuado permite primeramente un desarrollo psicológico puesto que la escuela sería el único medio de asegurar “la continuidad en el desarrollo del niño, el único medio de proporcionar un fondo de experiencias pasadas a las nuevas ideas

dadas en la escuela”. Pero además es también social “porque el hogar es la forma de vida social en la que el niño se ha criado en relación con la cual ha recibido su educación moral. Es asunto de la escuela profundizar y ampliar su sentido de los valores concentrados de su vida de hogar” (Dewey, *Ibíd.*, p. 3). Dewey denunció como en la sociedad de su época y podemos agregar que en la nuestra, la vida es tan compleja que el estudiante termina siendo abrumado por la multiplicidad de actividades que surgen. La labor de la escuela se ha reducido a implantar una serie de temáticas que con tanta información y burocracia el estudiante pierde su propio poder de reaccionar con un orden secuencial llevado en ocasiones a desintegrarse indebidamente.

Es por eso que la vida escolar debe ser un proceso gradual, además de no olvidar el principio fundamental de la escuela como una forma de vida en comunidad. Si gran parte de la educación ha fracasado, se debe según el autor: “A que la educación concibe a la escuela como un lugar donde se han de dar ciertas informaciones, aprender ciertas lecciones o donde se han de formar ciertos hábitos. Todo esto se concibe como teniendo valor en un remoto futuro” (Dewey, 1977, p. 4). Este resultado termina arruinando la experiencia vital del niño y no es verdaderamente ni democrática ni educativa.

La importancia de la escuela es que sea garante de una educación moral, que la educación se centre sobre la concepción de la escuela como modo de vida social, la verdadera preparación se debe adquirir entrando en las debidas relaciones con los demás, formando una unidad de trabajo y pensamiento. Si la educación continua fracasando, la razón es porque se ha destruido o descuidado este aspecto esencial, pues con la forma tradicional de impartir educación se hace difícil adquirir una auténtica educación moral que sería la clave para formar seres democráticos.

Es compromiso de los ciudadanos especialmente los que se encuentran como responsables de la formación, retomar este detalle y cuidar porque se lleve a cabo. La mayor crítica a este respecto se encuentra en su escrito, *Educación y cambio social*, de 1937. En este ensayo se resalta la importancia de incluir y cuidar la vida social en la escuela y aunque han habido algunos consensos, sin embargo, es un tema que a la larga ha terminado por descuidarse dado que son más importantes aspectos de índole gubernamental como la seguridad. La denuncia del autor hace énfasis en que se garantice a la escuela participando en la construcción de un nuevo orden social, de esta forma responderá por sí misma a la convivencia entre sus miembros.

Los aspectos que siempre se han discutido en torno al papel fundamental de la escuela en la formación, son por un lado aquellos que consideran que la escuela debería cumplir un papel de adoctrinamiento, mientras otros, sostienen que la escuela debe adoptar un papel activo en la dirección del cambio social.

Para Dewey, es claro que las escuelas de por sí ya siguen y reflejan un orden social existente, “el problema no reside en si las escuelas deben participar en la formación de una nueva sociedad (pues querámoslo o no, ya lo hacen), sino en si deben hacerlo ciega e irresponsablemente o empleando toda la inteligencia con la mayor valentía y responsabilidad posibles” (Dewey, 1996, p. 188).

En vista de que las condiciones sociales siguen diferentes cursos, que terminan originando confusiones y conflictos de orden social, no existe para esto un modelo único que impregne y articule las condiciones y las fuerzas sociales que actúan en dichos cambios. La escuela siempre está innovando en el tipo de escuelas que se quiere, en los cursos que se introducen, los cambios de materias y asignaturas y los cambios en los métodos de enseñanza y disciplina, pero habría que preguntarse si muchos de estos cambios son deseables. Si en el sistema educativo reina el desorden y la confusión esto demuestra que las escuelas responden y son reflejo de condiciones sociales que son de por sí confusas y conflictivas. A este aspecto es que los muchos tradicionalistas conservadores optan por volver a retomar sus métodos enérgicos disciplinarios. Pero esto es completamente absurdo, la educación debe influir de modo inteligente eligiendo y organizando las fuerzas sociales, abordando los problemas educativos, actuando con democracia.

3.2 EDUCACIÓN DEMOCRÁTICA

En el anterior apartado se explicó el significado de la educación para Dewey y los fundamentos necesarios para su consecución, esa relación entre la educación individual y social de manera intrínseca partiendo de la primacía del niño como el individuo que se adhiere a una comunidad con unas costumbres particulares que heredará y la escuela, la esencia de la vida comunitaria, cumpliendo el papel de una comunidad en miniatura o sociedad embrionaria en la que se procure un ambiente adecuado, en tanto que estudiantes y maestros comparten y se nutren de diferentes experiencias.

Ahora es el momento de analizar cómo Dewey aborda la educación para la vivencia de la democracia, considerando qué aspectos son necesarios y relevantes en esta postura, qué inconvenientes se hallan que impiden la realización del modo de vida democrático; por qué le da un lugar privilegiado al desarrollo de la vocación y por qué ha afirmado que una educación democrática es lo que se necesita para transformar las condiciones culturales y sociales. Significa en gran medida que su concepción democrática se queda incompleta si no se llega a la forma adecuada de alcanzarla, esto es a través de la educación. Democracia y educación convergen de manera indivisible en su propuesta, son recíprocas, convirtiendo a la democracia en un principio y un procedimiento educativo.

¿Cómo logra Dewey llevar a cabo este propósito? En su obra, *La educación de hoy*, de 1923, dejó claro cómo la educación tiene una relación fuerte con la democracia: “La democracia y la educación tienen una relación recíproca. No es meramente que la democracia sea en sí misma un principio educativo, sino que la democracia no puede durar, y mucho menos desarrollarse, sin la educación” (Dewey, 1951, p. 185). Es por eso que el autor hizo hincapié en que la democracia es una tarea continua que nos reclama y debe revisarse y evaluarse en cada época con los cambios que surgen a nivel social y cultural, por tanto la educación debe también renovarse continuamente ya que se encuentra a la base del principio democrático. Su pretensión fundamental es el interés por extender a toda la sociedad la propuesta de una educación democrática constituyendo una condición necesaria para la configuración de una sociedad inteligente.

La escuela se convierte en la institución generadora de valores convivenciales que son esenciales para cualquier propósito que sostenga un grupo social, aunque no es el único medio, sí es el más adecuado y eficaz por el cual los valores, propósitos y fines especiales que mantenga cualquier grupo social sean acercados a través de la observación y la elección del individuo. Así el papel de la educación a través de

la escuela contribuye a la idea democrática de hacer del conocimiento y de la inteligencia, un poder de acción, una parte y carácter intrínsecos del individuo.

Como afirma Hans-Jürgen Apel en su obra, *Teoría de la escuela en una sociedad industrial democrática*, (1974), que para Dewey, “solamente se puede hablar de educación allí donde ha de realizarse la democracia, ya que la educación concierne al desarrollo del individuo en la forma de la mayor *self-realization* posible, y ésta no puede ser garantizada más que en una democracia” (1979, p. 56). Además hay que tener presente que la educación como se ha observado en Dewey, es un proceso constante que no se sujeta a la edad de los seres humanos, pero si es importante que la escolaridad sobre todo en la infancia se constituya en un escenario de sensibilización para las condiciones de la nueva educación en la cual el modo de vida democrático aparezca como un proceso en el que la experiencia se encuentre orientada a la comprensión de los contextos de manera dinámica y se congreguen en una puesta en común en pro del reconocimiento de intereses mutuos como un factor social particular.

3.2.1. Inconvenientes para la realización del modo de vida democrático

A partir de esta relación recíproca que deben tener educación y democracia se encuentran varios inconvenientes que son de difícil solución y que continúan permeando la sociedad actual, razón por la cual la crítica de Dewey es pertinente y la solución planteada a través del modo de vida democrático, conveniente. De estos atenuantes se elegirán los que el autor analiza como graves y que frenan la vida en común pero sobre todo afectan la educación y por supuesto la democracia como modo de vida, entre los cuales se consideran: el problema del adoctrinamiento, la falta inminente de recursos para el sistema educativo que son ejecutados en otros asuntos como la seguridad en contra de la guerra dando lugar a una sociedad que cree que la solución está en las armas y no en la educación y el papel que juegan quienes dirigen la educación como organización (los ministerios, secretarías, etc.).

El primero de estos problemas es la importancia de romper con el adoctrinamiento que el papel de la escuela siempre ha impartido⁷. Este papel del adoctrinamiento hay que comprenderlo en el contexto deweyano. En su apartado titulado, “La educación y el cambio social” incluido en su obra, *La educación de hoy*, dejó de manifiesto como la lucha por romper con este adoctrinamiento que ha permanecido en la escuela y que hoy día es evidente y continúa al acecho, no es más que la disputa por evitar el cambio

⁷ En la época del autor el adoctrinamiento era clave en la manera en que se enseñaba, el maestro era el dueño del conocimiento y la escuela participaba de dicha situación, de ahí que una de las premisas de la Escuela Nueva era romper con esta forma de educación dando lugar al estudiante como participante particular y especial en la escena educativa.

social. La escuela viene a convertirse en una forma de adoctrinamiento sistemático cumpliendo el papel de control social.

Este concepto de adoctrinamiento tiene muchas ambigüedades, según el diccionario se hace sinónima de enseñanza, pero para el autor, este concepto significa: “El uso sistemático de todo medio posible para inculcar en las mentes de los alumnos una clase particular de ideas políticas y económicas con exclusión de otras. Esta interpretación es sugerida por la palabra ‘inculcación’ cuya significación era ‘apretar con el talón’” (Dewey, 1951, p. 179). Esta forma justamente de apretar significa que está en contra de lo que realmente es la educación la cual debe incluir la participación activa, discusión, reflexión, creación, entre otras, de todos los estudiantes mediados por el maestro para alcanzar conclusiones y formar actitudes y no coartar la libertad.

Las razones por las cuales el filósofo de Burlington afirma que el problema del adoctrinamiento no se ha superado se debe principalmente a que por ejemplo, los estados antidemocráticos toman en serio la preparación de sus miembros en el espíritu y carácter de su población para sus fines particulares, además, estos estados utilizan todos los elementos para lograr su cometido, la prensa, la radio, los medios en general con el fin de adoctrinar y alcanzar sus fines. Es importante aprender a tomar en serio la preparación de los integrantes de la comunidad para los deberes y responsabilidades de la democracia, formando a los jóvenes en la libertad a través de la participación en una sociedad libre, la ventaja sería las escuelas democráticas como comunidad y sociedad embrionaria con unos objetivos claros teniendo presente al niño y rodearlo de los problemas actuales que vive la sociedad para que vaya cultivando el espíritu de crítica y de soluciones pertinentes. Es importante comprender que la educación necesita responsabilizarse y despertar en cada uno las capacidades como la inteligencia de manera creativa para el bien personal y común.

Por otra parte, no solamente se necesitan escuelas que procuren la educación democrática a través de la evaluación continua y rompan con el adoctrinamiento, es necesario también que se garanticen sus recursos, que estén bien dotadas, pues el problema que se evidencia desde la época del autor a la época actual no ha variado mucho. “El problema que tenemos hoy de la relación de la educación con la democracia es tan agudo y tan serio como el problema de proporcionar edificio, equipo, fondos y maestros a las escuelas” (Dewey, 1951, p. 187). Generalmente los países que dicen llamarse democráticos prefieren invertir sus fondos y recursos en la seguridad y la guerra, cuando debiera ser al contrario, invertir en educación evitaría que la guerra fuera necesaria. La educación en la actualidad se torna más compleja, profunda, aguda y difícil porque afronta todos los problemas del mundo moderno, en particular, la guerra. La pregunta fundamental es: ¿qué hacen las escuelas para cultivar, no meramente

una tolerancia pasiva, sino positiva y constructivamente para cultivar la inteligencia y la buena voluntad que son ciertamente una parte esencial de toda sociedad democrática?

También es cierto que se han dado grandes pasos respecto a la preocupación de la igualdad dentro de las escuelas, esto es racial, de género, de clases, entre otras, y se ha optado por un sentimiento de pertenencia y de mayor humanidad, sin embargo, no es suficiente. Según el pensador de Burlington, dado los grandes problemas sociales y su poca resolución, muchas personas terminan por sentir que el único medio de asegurarse es el aumento de la fuerza física y bruta, después de todo, la seguridad final. Es fundamental emplear los recursos y medios necesarios para construir una comunidad de vida en la cual se evidencie lo que afirma el autor: “Una vida auténtica, verdadera y efectiva sociedad democrática, en ella encontraremos que tenemos una defensa más segura, duradera y poderosa defensa de las instituciones democráticas tanto respecto a nosotros mismos, que la que nos pueda dar la creencia en la fuerza, la violencia y la guerra” (Dewey, 1951, p. 191). También es sabido que las escuelas hacen muchas actividades en pro de la paz, pero pareciera a veces más una cierta adhesión sentimental que la comprensión de lo que la paz significa realmente en el mundo, en la forma de cooperación, buena voluntad y comprensión mutua y en los escenarios existentes.

La solución pertinente y adecuada es estar siempre al tanto de los problemas sociales del entorno, de tal manera que genere una dependencia activa en la participación inteligente y en la construcción y reconstrucción de una sociedad auténticamente democrática.

El respeto mutuo, la tolerancia, el dar y recibir, la reunión de experiencias, son últimamente el único método por el cual los seres humanos pueden lograr triunfar en este experimento en el que estamos todos comprometidos: el experimento de vivir juntos de modo que la vida de cada uno de nosotros sea provechosa en el sentido más profundo de la palabra para uno mismo y beneficiosa para la construcción de la individualidad de los demás (Dewey, 1951, p. 192).

Es a partir de estos principios que debe surgir la necesidad de evaluar la educación democrática en la medida que se procure que sea creativa con la ayuda de la inteligencia, pero no quedándose en el pasado pretendiendo que la democracia con los principios que surgió siga siendo efectiva siempre. Hay que tener presente que las sociedades están evolucionando a cada momento, siempre están cambiando tantos sus modelos como estructuras, lo que se necesita es que la democracia camine de lado con ellos y que la educación esté al tanto de todas estas novedades para que se integre y participe de manera dinámica en los problemas que estos cambios susciten.

Afirma el autor:

La crisis que experimentamos hará que veamos que toda generación ha de realizar la democracia cada vez por sí misma; que su naturaleza, su esencia es la que no puede transmitirse de una persona o una generación a otra, sino que ha de ser elaborada en vista de las necesidades, problemas y condiciones de la vida social, de la cual a medida que pasan los años, somos una parte, una vida social que cambia con extrema rapidez de un año a otro (Dewey, 1951, p. 187).

La herencia que se tiene del pasado más que ser realizada lo que puede es traducirse en las relaciones que los seres humanos tienen unos con otros en las actuales circunstancias. El problema de mantener una democracia es justamente a partir de la novedad y la creatividad y el papel que debe cumplir la escuela es el de enseñar lo que una democracia significa en las condiciones y conflictos actuales.

A partir de estas consideraciones se analiza otra situación que el autor evidencia en la consecución de la democracia a través de la educación. La lucha que deben realizar los reformadores en contra de las condiciones que colocan la dirección de los asuntos escolares en manos de una corporación que no tienen un conocimiento profundo de la educación y que se mueven por motivos no educativos. Esto afecta gravemente la puesta en marcha de una educación democrática, más si son ellos quienes ostentan decretos que impulsan otra matriz y se tornan autoritarios donde al final la escuela termina reproduciendo y adoptando el principio de la autocracia.

En un apartado de su obra *La educación de hoy* titulado, “La democracia en la educación”, Dewey explicó esta situación y propuso como remedio la iniciativa, la discusión y decisión intelectuales a través de todo el cuerpo escolar, pues no pueden recaer estas decisiones en una sola persona, así sea muy experta o benevolente porque terminan encadenando el sistema del poder educativo de tal manera que se transmite al maestro y directivos participando en este ejercicio. Este problema es tan grave que afecta todo el sistema escolar convirtiéndolo muchas veces en autoritario y se manifiesta claramente en la relación maestro-alumno, como afirma Apel, “El maestro no tiene más remedio que transmitir al alumno, mediante un rígido plan de enseñanza, la represión que él ha recibido” (Apel, 1979, p. 191). Así la escuela como institución lo que hace es reproducir las condiciones que justamente imposibilitan la formación de una personalidad que actúe moralmente y se autodirija.

Esta forma en que se plantea la educación como una empresa que hay que administrar como cualquier otra, más cuando se establecen unos dictámenes específicos con propósitos particulares no hace más que detener la innovación y creatividad por seguir estos regímenes. ¿Acaso no sucede en la actualidad en la

cual con los cambios de gobiernos surgen formas de garantizar (afectar) la educación y termina más bien por detener procesos y cumplir con las políticas de turno de un grupo específico desviando el sentido fundamental de la educación para el desarrollo de los individuos? ¿Es esto innovación? El autor ha hecho énfasis en que se debe transformar la educación a partir de los cambios de cada época, pero eso no significa que estos cambios surjan a partir de una sola persona hacia el resto o de un grupo político particular con ideas innovadoras, por el contrario, estas propuestas educativas deben surgir del contexto particular de cada comunidad educativa. Estas situaciones han conllevado un desorden que en lugar de garantizar un objetivo concreto se termina actuando para un grupo específico desviando el objetivo principal de la educación que es la formación de individuos íntegros y libres que respondan a sus contextos comunitarios.

Más aún, este sistema nunca se hace responsable de los fracasos o de las malas inversiones y terminan por culpar a maestros, padres, entre otros, sujetándose a un resultado de tipo numérico en lugar de apuntar a los problemas específicos que surgen en cada contexto comunitario. Russel escribió hace mucho tiempo unas palabras que todavía resuenan en dicha situación: “Uno de los inconvenientes del poder de los funcionarios es que estos suelen estar alejados de las cosas que administran, ¿Qué saben los hombres del Ministerio de Educación acerca de la educación?, solamente lo que oscuramente recuerdan de sus días de escuela o de la universidad de hace veinte o treinta años” (Russel, 1956, p. 454). Aunque hoy en día es necesario que existan políticas como formas de asegurar que la educación conlleve a la formación de los integrantes de una sociedad específica, éstas no pueden estar en manos de cualquier inexperto, deben ser reflexionadas y consensuadas. Pero el sistema burocrático invade cada vez más la educación llenando requisitos y papeleo que por lo general casi nadie lee y el maestro termina convirtiéndose en otro burócrata de esta cadena que preocupado por cumplir con esta serie de imposiciones termina por minusvalorar su labor descuidando su objetivo principal que es el acompañamiento de los educandos en su proceso formativo.

De acuerdo con Campos, la educación en todos los niveles “tiende a ser controlada por una masa burocrática ignorante tanto en filosofía como en pedagogía y sociología educativa y por lo mismo han perdido la brújula de la enseñanza para centrarse en una simple inspección de las escuelas... Es lo que llamo autoritarismo educativo que además de anticuado es ineficiente para lograr cambios estructurales” (Campos, 2011, p. 1). Esta es la situación por la que está atravesada la educación hoy día en su administración, significa lo que el autor había denunciado en su época que uno de los asuntos serios que deberían analizarse tendría que ver con la responsabilidad grande que deben tener aquellos que son encargados de la dirección de los asuntos escolares, sobre todo no imponiendo ideas sino consensuando

con las diversas comunidades, de lo contrario conduciría a una de las tantas formas de dominación que Weber había planteado en su obra *Economía y sociedad*, al denunciar como la administración a través de la legalidad se convierte en un tipo de dominación con carácter netamente burocrático.

A partir de estos inconvenientes es necesario de acuerdo con el autor, analizar la situación en que la educación se encuentra, investigando tanto como se pueda los factores de esta situación, las causas de este estado de cosas y los males que sufren las escuelas y los problemas mayores externos que las amenazan. Luego se investigará en el campo social en que operan esas fuerzas de tal manera que desde la escuela se pueda cooperar y planear objetivos contundentes a la solución, pero basados en un estudio concreto. Para el autor esto significa utilizar el método científico en la solución adecuada de los males que aquejan a la sociedad y ponderar oportunidades para que el ideal democrático no sea solamente una ilusión. Así los objetivos hacia una sociedad comunitaria no se harán vacíos, sentimentales y condenados al fracaso, la tarea es enfrentar los objetivos sociales con base en el conocimiento de las fuerzas y las causas que producen los inconvenientes que se sufren y encuadrarlos teniendo como base aquellas fuerzas y condiciones del presente que proporciona medios para su consecutiva realización, utilizando la inteligencia creativa en la solución de conflictos, logrando un enriquecimiento más oportuno a partir de estas experiencias.

3.2.2. Educación como vocación: elemento significativo en la puesta en marcha del hombre que vive como ser democrático

A partir de los inconvenientes descritos que afectan gravemente la educación como es el adoctrinamiento, la falta inminente de recursos dedicados más bien al problema de la guerra y la educación como empresa con tinte burocrático no solo en la época deweyana sino en la actualidad, es necesario comprender la necesidad de una educación democrática basada en un fundamento comprometido.

Dewey dejó claro que la educación para él es solo un proceso de vida y no necesariamente una preparación para la vida futura. El proceso educativo es el fin de la educación, así que la única preparación suficiente para las responsabilidades ulteriores se obtiene haciendo lo más posible en la vida inmediata. Sin embargo, el que se procure una educación actual consecuente con los principios fundamentales de convivencia, garantizará por sí misma una mejor sociedad o comunidad en el futuro. Por eso es necesario que la educación desarrolle en los individuos una pasión por la vida, es decir, que

conduzca a la vocación: el desarrollo intelectual y moral que no es otra cosa para Dewey, que vivir. En el capítulo XXIII de su obra, *Democracia y educación*, el autor definió la vocación como:

Toda forma de actividad continua que preste servicio a los demás y dedique capacidades personales a la obtención de resultados... una conexión del pensamiento con la actividad corporal, del desarrollo consciente individual con la vida asociada, de la cultura teórica con la conducta práctica que tiene resultados concretos, de la manera de ganarse la vida con el disfrute valioso del ocio (Dewey, 2002, p. 268).

Partiendo del individuo hay que tener presente que cada uno tiene a su disposición una variedad de vocaciones en cada una de las cuales podría ser inteligentemente eficaz. Una ocupación es la única cosa que equilibra la capacidad de un individuo con un servicio social. El descubrimiento de esa aptitud para hacer y lograr una oportunidad se convierte en la llave para la felicidad. Una ocupación acertada significa que las aptitudes de una persona están en un juego adecuado. Ahora bien, esta ocupación se convierte en una actividad con el propósito de unir y relacionar. Afirmó el autor: “El abogado, el médico, el investigador en alguna rama de la química, el padre, el ciudadano interesado por su propia localidad, tienen un estímulo constante de actuación para observar y relacionar todo lo que se refiere a las actividades. La vocación actúa como imán que atrae, como cemento que une” (Dewey, 2002, p. 261). Estas organizaciones del conocimiento se convierten en vitales porque harán referencia a las necesidades y a su posterior indagación por las soluciones pertinentes.

El error educativo consiste en predeterminar alguna futura ocupación para la cual haya que preparar estrictamente la educación, perjudicando las posibilidades del desarrollo presente y reduciendo la preparación adecuada para un futuro empleo conveniente en la cual no habría un desarrollo del individuo como ser íntegro. Para Dewey esto es característico de una sociedad autocrática, donde una finalidad de este tipo, previene el desarrollo de la libertad y la responsabilidad. Es decir, unos realizan el planteamiento y la ordenación y los demás siguen las direcciones y están confinados deliberadamente a unos caminos estrechos y prescriptos de conducta. Así es posible que este esquema favorezca el prestigio de una clase pero es evidente que limita el desarrollo de la clase menos favorecida o sometida.

Este aspecto dificulta y reduce las oportunidades de aprender mediante la experiencia de la clase dominante obstaculizando la vida de la sociedad como un todo.

La única alternativa es que toda preparación temprana para las vocaciones sea indirecta más que directa; a saber, mediante el ejercicio de aquellas ocupaciones activas que están indicadas por las necesidades e intereses del alumno en el momento. Solo de este modo

puede realizarse por parte del educador y del educando un descubrimiento auténtico de las aptitudes personales, de suerte que pueda indicarse la adecuada elección de una labor especializada en la vida ulterior (Dewey, 2002, p. 262).

Esta aptitud será un proceso constante en tanto que se realiza el desarrollo y el descubrimiento de sí mismo. De aquí que una vocación nunca es acabada. Es un error de la educación pretender que los educadores conciban la orientación vocacional como algo que lleva a una elección definitiva. Es por eso que en Dewey es relevante la identificación de la filosofía de la educación con la vida misma, en la cual los principios educativos que deban emanar de la filosofía como reflexión sean encaminados al descubrimiento del ser humano en su contexto determinado, un proceso de renovación y perfeccionamiento de la experiencia entre adultos y jóvenes con el fin de efectuar una continuidad social.

Dewey denunció cómo en su época las vocaciones eran dirigidas a unas específicas formas de trabajo que si bien es cierto han sido producto de la ciencia y de la creación del hombre encaminadas específicamente al campo de la industria, absorben las energías cada vez mayor de las personas, trayendo inevitablemente a primer plano las cuestiones que se refieren a las relaciones de la educación con la vida industrial. “La clase de educación presente se halla en una reconstrucción gradual de los materiales y métodos escolares para utilizar diversas formas de ocupación que tipifican las profesiones sociales y para exponer su contenido intelectual y moral” (Dewey, 2002, p. 265). La preocupación principal radica en que dichas profesiones se conviertan en una forma de dominación del ser humano en vez de una liberación de sus capacidades para vivir en un mundo con un contexto determinado y con capacidad crítica en donde haya un desarrollo de la naturaleza humana más acorde con los principios de libertad y responsabilidad.

Esta reorganización educativa no puede realizarse tratando de dar una preparación técnica para las industrias y profesiones reproduciendo meramente en la escuela las condiciones existentes en la industria. “El problema no es el hacer de las escuelas un apéndice de la industria y el comercio, sino el de utilizar los factores de la industria para hacer la vida escolar más activa, más llena de significación inmediata, más relacionada con la experiencia extraescolar” (Dewey, *Ibíd.*, p. 265). El peligro que veía Dewey era que la educación vocacional se interpretara como una educación industrial, como un medio para asegurar una eficiencia técnica en las empresas especializadas, de tal manera que la educación terminaría por ser un instrumento para perpetuar el orden industrial en lugar de ser un modo de transformación deseado. Esta situación no ha variado mucho y menos si se tiene presente que la educación se ha convertido en un negocio grande donde importa vender. En la actualidad la formación académica sobre todo la superior muestra una variedad de propuestas que hacen ver una carrera por

cuanto representa su economía en el futuro en lugar de ser un desarrollo de la personalidad de manera coherente con los gustos y aptitudes.

Este desarrollo de las vocaciones industriales representa un mal que supone el hecho de que muchas personas terminan ejerciendo profesiones que no les atrae, son realizadas por su recompensa económica que proporcionan, provocando constantemente, aversión, mala voluntad y un deseo de desentenderlas y eludir las, aun teniendo en cuenta que la educación es cada vez más influenciada por esta realidad técnica, menos contextual y menos preocupada por la solución de conflictos, abriendo una brecha más amplia entre las relaciones humanas. Como afirma Apel, “La reflexión sobre la relación de educación y democracia conduce a una teoría de la escuela en la sociedad industrial concebida democráticamente...el ideal democrático sólo puede conseguirse en una sociedad que intente trascender la sociedad existente pero que a la vez sigue relacionada con ella en cuanto que es sociedad industrial” (Apel, 1979, p. 111).

El hecho es que no se puede desechar a estas alturas una educación industrial, la solución pertinente según el autor es penetrar en esta esfera una sintonía moral de tal forma que la educación reconozca el pleno significado intelectual y social de una vocación en donde incluya la instrucción en el fondo histórico de las condiciones presentes, la preparación científica para dar inteligencia e iniciativa y un estudio de los factores económicos, cívicos y políticos de modo que los futuros trabajadores no lleguen a quedar ciegamente sometidos al destino que se les impone. De lo contrario, se amenazaría con la posibilidad de utilizar a los demás para los propios fines. Lo que se hace necesario es fortalecer los valores fundamentales para la convivencia y realización personal.

Estos aspectos deberían comenzar a trabajarse desde la niñez, puesto que el niño al continuar su vida en la escuela, está descubriendo su contexto y las situaciones que llaman su atención, la labor de la escuela también es la de potenciar esta gama de posibilidades de tal manera que el estudiante comience descubriendo cuáles son sus intereses personales y cómo contribuye desde allí a un sentido comunitario mucho más amplio, así en la medida que crece va aprendiendo a elegir de manera adecuada y haciendo uso de su libertad la forma en que quiere vivir.

A partir de estas consideraciones sobre la vocación es sumamente importante que la labor social de la educación como la organización, el programa y los métodos se encuentren animados por un espíritu social. La escuela tiene que ser una comunidad de vida con lo que esto implica, es decir, “las percepciones y los intereses sociales solo pueden desarrollarse en un medio auténticamente social en el que se da y se toma en la formación de una experiencia común” (Dewey, 2002, p. 298). En lugar de ver la escuela como aparte de la vida, como un sitio donde se imparten lecciones, hay que procurar un grupo social en

miniatura en el cual el estudio y el desarrollo son parte de una experiencia compartida, la cual suponga un intercambio, comunicación y cooperación a partir de conexiones establecidas, de tal manera que el aprender en la escuela se continúe con el de fuera de ella. Es por eso que el autor hizo hincapié en la necesidad de una conexión entre el mundo exterior y la escuela, de no hacerlo, a la larga esto no sería más que llevar a la escuela a la reclusión académica.

Como afirma Guichot, en su obra, *Democracia, ciudadanía y educación*, haciendo alusión al legado deweyano, a la pregunta de ¿Cómo debe ser la escuela destinada a crear ciudadanos democráticos? Es el problema justamente que debe resolverse en la organización escolar. Pues en esta medida, “sólo en las escuelas que son auténticas comunidades democráticas pueden los individuos adquirir las capacidades intelectuales y las actitudes sociales que son prerrequisito para el logro de una sociedad genuinamente democrática” (Guichot, 2003, p. 275). Apuntando al desarrollo de seres humanos íntegros con un gran sentido de pertenencia y búsqueda de sus objetivos a partir de la reflexión de sus experiencias compartidas.

Hasta este momento se ha hecho un análisis acerca de la importancia que tiene la educación para la formación de sus integrantes, es necesario destacar que su sentido debe estar trazado por el desarrollo recíproco en donde la educación sea distinta, deliberada, y procure siempre y bajo cualquier circunstancia la libertad, que conlleve al desarrollo de la inteligencia para lograr vínculos más profundos con la sociedad en el individuo. La característica peculiar de la escuela democrática debe ser su organización, en la cual no se niegue a los dos protagonistas principales y los presupuestos necesarios para la realización de este proceso formativo, que se desarrollen en un ambiente que proporcione las condiciones idóneas para llevar a cabo los objetivos propuestos y sobre todo que tenga la posibilidad de evaluarse continuamente, sólo de esta forma puede construir una auténtica comunidad de vida.

3.3. EDUCACIÓN DEMOCRÁTICA PARA LA ACTUALIDAD

Analizando los aspectos fundamentales de la educación democrática para Dewey, se encontró que su propuesta se enmarca en una educación que permite una relación de los individuos con su medio social la cual realiza una evaluación continua de sus experiencias con relación a las circunstancias contextuales, así como la importancia de una formación adecuada desde la niñez en un lugar privilegiado como es la escuela que debe estar acompañada por un currículo acorde; el cual debe ser analizado y consensuado de acuerdo a las necesidades de la comunidad educativa. También se realizó un análisis de los inconvenientes que no permiten que la educación tenga un éxito asegurado y que solamente responda a modelos imperantes sin garantizar la libertad del individuo y su compromiso comunitario. Además se tuvo presente la importancia de la vocación en la medida que el individuo tenga la libertad de optar por un estilo de vida en el cual su vivencia estará mejor comprometida garantizando su realización personal en una comunidad de vida.

Resta analizar la influencia de la propuesta deweyana y por qué sigue siendo vigente al punto de no haber sido realizada su visión educativa democrática y que para el siglo actual sería no sólo apremiante sino fundamental y necesaria. Considerar la perspectiva en la cual Dewey llegó a la conclusión de que no solo las instituciones deben velar por el bienestar de sus integrantes, sino que fundamentalmente es la educación la que cumple un papel como base de integración social, y aunque no es el único medio, sí el más adecuado para llevar a cabo su propuesta democrática.

3.3.1. El reto de la educación

Hace más de un siglo que Dewey escribió la mayoría de sus obras pedagógicas donde denunciaba con rigor los inconvenientes que acontecía la sociedad y la forma en que se podía contribuir a través de una educación democrática comprometida. El autor proyectó de esta forma que los fines que plantee la educación deben ser arraigados y determinados por el contexto social, a su vez deben ser revisados y mejorados, incluso cambiados las veces que sean necesarios, pues no existe en la educación para este autor un fin determinado que no sea el proceso mismo de la educación y que esté comprometida con la comunidad, es decir, una educación democrática.

Analizar la actualidad y la viabilidad que tiene el autor en esta época con sus aportes a una educación democrática conduce a interrogar si su propuesta sigue vigente o por el contrario es una utopía. Aunque denunció los problemas que acontecía la sociedad de principios del siglo XX, no es de extrañar que estas dificultades continúan con rigor afectando cada esfera del círculo social y de forma más amplia. Parte de

la solución se encuentra en la educación que además debe ser una educación participativa, comprometida, etc., ¿Pero cómo debería llevarse a cabo este proceso?

“No vivimos en un mundo establecido y acabado, sino en un mundo que se está haciendo y donde nuestra tarea principal es previa” (Dewey, 2002, p. 134). Esta frase reitera el ideal del autor de construir la vida cada día a partir de las circunstancias que rodeen a los seres humanos. Dado que la vida es crecimiento y que hace parte inevitable de todo individuo, este mismo desarrollo conduce a comprender la educación como una constante reorganización o reconstrucción de la experiencia en la que cada día se aprende y se descubre algo nuevo y diferente.

Para el autor desde la infancia, así como la juventud y la vida adulta se hallan en el mismo proceso educativo. Esto lo reafirmó en su obra *Democracia y educación*, al atestiguar que, “el sentido de lo que realmente se aprende en todos y cada uno de los estadios de la experiencia constituye un valor de esa experiencia, y en el sentido de que la función principal de la vida en cada punto es hacer que el vivir así contribuya a un enriquecimiento de su propio sentido perceptible” (Dewey, 2002, p. 74). Como se analizó en el primer capítulo, la reconstrucción de la experiencia para Dewey, significa que los seres humanos se hallan interviniendo en una realidad, interaccionando en un medio al que se le asignan significados y dando sentido a esas realidades. De acuerdo con Guichot, “La educación es vida, es desarrollo, es crecimiento, en palabras del filósofo pragmatista, es un cúmulo de experiencias que intentan enriquecernos, gracias al aumento del significado de cada nueva situación vital, enriquecimiento producido mientras la experiencia pueda ser estimada como educativa” (Guichot, 2002, p. 11-12). En la medida que se analicen las diferentes experiencias se puede tener un valor estimado de las mismas que guíen a una vida más enriquecida producto de las situaciones sociales. Con la educación se busca que el ser humano afronte múltiples experiencias que le depara su devenir en el mundo, que lo conduzca a la comprensión del significado de cada hecho y de acuerdo con ello pueda intervenir en dicha situación, es decir, actuar, donde el elemento clave va a ser la inteligencia.

Por eso la necesidad de que en las escuelas la educación sea un asunto serio y no simplemente un centro donde se imparten materias, pues esto haría parte del adoctrinamiento que el autor ha hecho énfasis en que desaparezca de la escena educativa. Es importante valorar en el educando su capacidad de experimentar el mundo de tal manera que pueda ir haciendo un uso adecuado de la experiencia para aprender a enfrentar las eventualidades y cambios que ocurren a nivel personal y social. Afirma el autor en su obra *La educación de hoy*: “El niño no es algo asilado, no vive dentro de sí mismo sino en un mundo de la naturaleza y de los hombres, su experiencia no está completa en sus impulsos y emociones sino que éstas deben proyectarse al mundo de los objetos y las personas” (Dewey, 1951, 111). Partiendo

de esta aclaración es importante además proporcionarle guía y dirección para fomentar la formación de hábitos inteligentes, de tal manera que garantice un desarrollo ordenado y consecutivo de la experiencia en un ámbito de relaciones sociales y naturales, que se vayan incorporando a la experiencia personal de manera que le den peso equilibrio y orden.

Dado que la escuela es un escenario fundamental para dicho propósito se debe lograr un ámbito donde se le dé una importancia significativa a la experiencia, pero sobre todo que posean valor educativo de manera que logre una relación de maestros con estudiantes en una participación más intrínseca, lo que prepara al educando para vivir en un sentido comunitario y más amplio. En palabras del autor:

El maestro por su mayor madurez y amplitud de conocimientos, es el director natural en la actividad compartida. Lo fundamental es encontrar tipos de experiencia que merezcan la pena tener, no meramente en el monto, sino por aquello a que pueden llevar: los problemas que plantean, las interrogaciones que crean, las exigencias que sugieren de mayor información, las actividades que invocan, los horizontes más amplios que abren continuamente (Dewey, 1951, p. 112).

Esto guía a los estudiantes a un proceso de libertad racional ilimitada de acción y de habla que termina siendo regulada naturalmente. En el fondo no habría un control intelectual lo que permite analizar los derechos de los demás considerados los acompañantes inevitables y la esencia de la libertad. Para el autor la importancia de que las actividades sean experienciales y reconstructivas las convierte en educativas tanto a nivel social como personal ganando en aptitudes para el desarrollo de experiencias posteriores. El ámbito educativo debe esforzarse por formar experiencias de tal modo que en vez de reproducir los hábitos corrientes se formen mejores hábitos y la sociedad adulta futura se convierta en un mejoramiento de la suya propia. Así la educación no se convierte en un simple instrumento, sino en el procedimiento o proceso constructivo para mejorar la sociedad.

Partiendo de esta importancia de la experiencia reconstructiva en la educación, se aborda otro de los puntos claves de la educación democrática para la actualidad que no es otro que la formación de valores, razón por la cual debe estar a la base de cualquier sociedad que pretenda hacer de la educación una formación continua de sus integrantes. Si la democracia como un estilo de vida no es otra cosa que la forma de afrontar las vivencias, eso significa que nadie nace demócrata, hay que aprender a serlo y para ello de acuerdo con Guichot, “hay que incorporar a nuestra personalidad, a nuestro carácter, las características del ser humano democrático, de la persona realmente humana” (Guichot, 2002, p. 13). Así la educación será la encargada de ofrecer los conocimientos y las habilidades exigidas para el desarrollo de ese estilo de vida que resalta la dimensión humana.

Si la sociedad actual de pleno siglo XXI ha despertado una cultura del todo vale, es importante reafirmar la importancia del ser ético en una sociedad que reclama más que nunca un cambio oportuno a la crisis a la que se siente avocado tanto el individuo como la sociedad. Se conocen los valores a nivel general, incluso se puede hacer una lista fácilmente de ellos, sin embargo la pregunta conduce a la importancia del significado de esos valores hoy. ¿Qué significa ser tolerante hoy, qué supone ser solidarios en la actualidad, por qué debo ser responsable conmigo mismo y con el otro?

Para el autor se debe comenzar desde la escuela a comprender el significado de esos valores, que nacen en el contexto social, además de impregnar el currículo (eso incluye todas las asignaturas) y toda experiencia educativa, de tal manera que la educación sea moral en la medida que forme a los individuos en la participación activa y significativa de la vida social. Si no se hace énfasis en una educación moral la democracia como modo de vida sólo se convertirá en una mera ficción. Si la democracia en la propuesta deweyana se comprende como una comunidad de personas que se comprometen y colaboran en un bien común, la pregunta al respecto apuntaría a, ¿Qué significado tiene la comunidad en estos días? ¿Se vive el sentimiento de pertenencia real entre los integrantes de un círculo comunitario? En este sentido hay que comprender la esencia de los valores como deberes o compromisos que encarnen en la vida comunitaria.

De acuerdo con Camps, si las virtudes surgieron con los griegos y en concreto con Aristóteles en búsqueda de la excelencia de la persona, esta ética estuvo dirigida para la formación del carácter y la formación de *ethos* propio del hombre libre, que en aquel entonces era definido como un animal político. Aunque hoy no podamos definir al hombre como aquel animal político,

“Podemos mantener que la democracia ha de insertarse en un *ethos* específico, que requiere así mismo el cultivo de un cierto tipo de personalidad. Una personalidad que haga suyas las actitudes necesarias para que la convivencia y la vida en común no sea un cúmulo sucesivo de conflictos ni tengan que verse sometidas a una regulación exhaustiva (Camps, 2011, p. 22).

Desarrollar una educación moral y democrática en pleno siglo XXI, se hace más que necesaria, urgente. Ese *ethos* que tanto rescató el autor para la democracia como un modo específico y particular de vida a través del compromiso donde en los seres humanos haya colaboración de unos a otros extrayendo lo mejor que cada persona lleva dentro, de tal manera que la educación moral consista en desarrollar la personalidad de acuerdo a principios éticos.

“Toda educación que desarrolla la capacidad de participar en la vida social es moral” (Dewey, 2002, p, 300). Por eso para el autor es importante que la escuela como el escenario ideal se desenvuelva como

una comunidad de vida dado que las percepciones como los intereses sociales sólo pueden desarrollarse en un medio auténticamente social en el que se da y se toma la formación de la experiencia en común. Para Dewey, el aprender en la escuela debe continuarse fuera de ella, que haya un libre juego entre las dos. El conocimiento debe llevar implícito el desarrollo moral y debe ser contextual. La relación de la educación con los problemas sociales no es externa y académica, se halla primero en la comunidad de intereses.

Dewey anhelaba que la educación en su época tuviera más cobertura de tal manera que la sociedad estuviera más inserta y al tanto de los problemas sociales y participara de dicha reflexión de manera más ética y comprometida. Hoy día aunque hay mayor cobertura, no existe una calidad de la misma. Situación que muchas veces está sustentada en modelos internacionales con visiones de tinte económico. Al respecto habría que tener cuidado sobre lo que se comprende como calidad en la educación, si la educación se ha convertido en un mecanismo para las políticas actuales neoliberales o si por el contrario la educación es la que permite que el ser humano despliegue sus capacidades de manera libre y voluntaria.

Este aspecto de la calidad y pertinencia en palabras del autor sólo se resuelven desde el ámbito local, atendiendo los problemas que surgen en la comunidad y que deben ser resueltos con sus integrantes. La calidad se enlaza de forma directa con la consecución del modo de vida democrático, que no es más que el esfuerzo por conducir los asuntos sociales sobre una base ética. La verdadera calidad de la educación se ve reflejada en los hombres y mujeres a través de una vida humana enriquecida con valores que son encarnados, vivenciados y compartidos.

3.3.2. Los propósitos de la educación democrática deweyana para el contexto actual

En su conferencia titulada, *Los propósitos de la educación democrática* de 1923, Dewey describió muy bien tres aspectos en los que la educación de su época debía centrarse y que para la actualidad sería fundamental. Se analizarán estos tres propósitos acentuando su significado como aspectos contundentes a la realización del modo de vida democrático de acuerdo al contexto.

Uno de los principales objetivos de la escuela es la preparación de los niños y los jóvenes para que sean buenos ciudadanos en el amplio sentido de la palabra, esta preparación debe consistir sobre todo en hacerlos partícipes de su contexto comunitario reconociendo los lazos que los unen y sobre todo la responsabilidad que tienen en su contribución a la vida de comunidad. La labor de la escuela con su

entorno social caracteriza la educación escolar como una nueva forma de educación política. El primer aporte hace referencia al propósito que la educación tiene con el ciudadano. Afirma el autor, que “cuando pensamos en el ciudadano lo hacemos en relación con su capacidad política y algunas veces restringimos la idea de ser un buen ciudadano a sus relaciones políticas, a sus deberes y responsabilidades personales, a las relaciones con el gobierno local” (Dewey, 2011, p. 77). Sin embargo, esto es solo una parte de la buena ciudadanía. Es necesario ampliar esta noción hasta que cubra todas las relaciones que el individuo establece con los demás miembros de la comunidad, es decir, involucrar el término democracia en sus más profundas dimensiones.

Si en el pasado esta maquinaria política funcionaba, se debía a que los problemas eran menos complejos, en la actualidad estos problemas son bastantes serios, lo cual implica que dichos problemas requieren de una más amplia inteligencia. El error de la educación es suponer que si los estudiantes obtienen información acerca de la naturaleza del gobierno y del modo en que dicho gobierno es ejercido ya puede desarrollar una completa ciudadanía y sumémosle el buen conocimiento de la Constitución de la nación. Si bien esto es necesario e importante simplemente hace referencia a la maquinaria de gobierno, pero no suple con profundidad los problemas importantes que se deben atender. Para Dewey esto no es más que un conocimiento sin trascendencia. “La necesidad de métodos de enseñanza que no se limiten a dar a los alumnos un simple conocimiento de papel sobre el gobierno, sino que puedan ofrecerles, en la medida en que avanzan, un conocimiento de las tendencias y problemas subyacentes con que ellos habrán de encontrarse en el gobierno local, estatal y nacional” (Dewey, 2011, p. 80).

Habría que hacer eco principalmente en la labor del maestro en la manera en que afronta y plantea de forma directa la discusión de problemas reales. Pues no es de extrañar que existen maestros que simplemente se limitan a enseñar textos sin una gran crítica a los temas planteados y sobre todo de la política actual. Esto sería según Dewey que el maestro asuma su rol plenamente con responsabilidad, dado que de esta manera el maestro ejercería una influencia positiva en la comunidad cuando se ocupe de los problemas sociales y políticos de un modo franco y más concreto.

“Necesitamos desarrollar en las generaciones venideras una capacidad de elaborar juicios mucho más ponderados acerca de los problemas y proyectos políticos, si se pretende que las escuelas formen personas que realmente lleven nuestro experimento democrático a un éxito completo y adecuado” (Dewey, *Ibíd.*, p. 83). La solución pertinente al mejoramiento de una educación comprometida con la comunidad es ofrecerles a los estudiantes un conocimiento concreto y vital de los problemas con los cuales tendrá que enfrentarse, que el buen funcionamiento de la maquinaria política dependa de la cualidad de los bienes que ésta procesa. Las instituciones han funcionado bien cuando detrás de ellas han

habido personas inteligentes que las conduce, cuando vivencian y reflejan una vida ética de compromiso, así un gobierno tendrá éxito si encuentra un sentido en las disposiciones y los intereses voluntarios que sólo pueden crearse y fortalecerse a través de la educación.

El segundo aspecto a tener presente es la formación vocacional mencionada en el apartado anterior, sobre todo el autor hizo énfasis en que también la educación busca que cada individuo se forme con el objetivo de tener una ocupación en la vida donde se sienta satisfecho y pueda aportar a su contexto cultural y social. El trabajo que la escuela desarrolle en este aspecto se debe dirigir no a que los jóvenes queden fijados a un determinado oficio especializado, sino que procure ser de una clase tal que desarrolle en ellos reservas que les permitan centrar alternativas. El trabajo de la educación en la escuela es invitar a los individuos a hacer uso de la imaginación, de su inventiva e iniciativa, en vez de darles instrucciones sobre cómo desempeñar un trabajo especializado. La escuela debe hacer todo lo posible para que pueda contrarrestar las influencias endurecedoras y entorpecedoras que son grandes en la moderna sociedad industrial.

El tercer aspecto que considera el autor, además de tener un trabajo específico y prestar algún servicio a la comunidad es la preparación para utilizar adecuadamente las horas de ocio. “La preparación para el uso del tiempo libre es un elemento cada vez más importante en la formación de la buena ciudadanía” (Dewey, 2011, p. 88).

Esto significa que un buen ciudadano no es aquel que puede simplemente votar y hacer uso de su influencia para la obtención de un buen gobierno. Según el autor:

Un ciudadano realmente útil es aquel que puede disfrutar de la vida y que emplea su tiempo de ocio de un modo socialmente provechoso, y es, por tanto, una persona que tiene capacidad para apreciar el arte, la ciencia, la historia y la literatura por sí mismos y por el bien que le reportan (Dewey, *Ibíd.*, p. 88).

Lo demandante de la sociedad actual no permite tiempo para que las personas tengan un momento de ocio en su vida. En la actualidad los individuos se forman para realizar una labor ocupando casi todo el tiempo en ella, convirtiendo la vida en rutinaria, teniendo un punto de vista muy estrecho de lo que es la ciudadanía. Además a los gobiernos les cuesta invertir en una cultura accesible a todos sus integrantes. Por parte de la educación a través de la escuela, se debe procurar a los jóvenes la posibilidad de obtener un disfrute y una apreciación más provechosa del tiempo libre. Es evidente que en pleno siglo XXI existen muchos elementos tecnológicos con formas amplias de comunicación sin comunicación; en los cuales los niños y jóvenes gastan la mayor parte de su tiempo libre. El papel que juegan los mass media

en la actualidad es tan grande y poderoso que la mayor parte no solo de estudiantes sino de personas en general hacen uso de ellos sin una conciencia responsable de los mismos. Es importante romper con ese círculo vicioso que los medios de comunicación ejercen en la mente de los individuos y transformarlos en elementos necesarios para una vida comunitaria e inclusiva. En la época del autor los medios de comunicación no tenían el gran alcance que hoy ejercen en el mundo, pero si esta inventiva ha sido utilizada con propósitos de ampliar el conocimiento y acercar la comunicación en las diversas culturas, es necesario hacer hincapié en una formación adecuada de los mismos. Desde la escuela la labor es clave dado que los estudiantes de la nueva generación son más dados a pasar mucho tiempo en ellos. Es necesaria una educación que propenda por el uso adecuado y responsable de los mismos y sobre todo con visión crítica y analítica de lo que se produce en ellos. De acuerdo con el autor no se ha tomado suficientemente en serio el aspecto humano de la diversión y la recreación. Pues es evidente que si no hay formas deseables de entretenimiento disponibles y si la gente no ha sido educada para apreciar las formas más elevadas de recreación, recurrirá a las formas más bajas.

El pensador de Burlington ha hecho énfasis en demandar y poner en tela de juicio los inconvenientes que se deben atender en cada época, las formas de solución deben partir del propio contexto en el que se encuentren los individuos. En la escuela es el deber responsable del profesorado y la comunidad educativa descubrir los métodos adecuados para llevar a buen término el sentido comunitario que debe evidenciar la escuela como comunidad en miniatura, además de aliarse a los planes de gobierno de tal manera que sean evaluados y considerados viables para dicho propósito. Sobre todo es deber del maestro trabajar en equipo para desarrollar los estándares de gusto, apreciación y capacidad para que el tiempo de ocio sea bien empleado y los estudiantes estén más interesados en la cultura, en el desarrollo de sus habilidades artísticas, científicas, literarias, etc. “Esto creará una demanda activa por las cosas mejores, en vez de las peores” (Dewey, 2011, p. 91).

El énfasis en la responsabilidad de los adultos en el proceso educativo debe ser una meta por la que se trabaje cada día, es una obligación no sólo porque existen los más pequeños sino porque representarán la sociedad que se desee. Solo a través de la educación se puede comprender si realmente se quiere tener un compromiso con la comunidad, con el entorno. En palabras de Arendt:

La educación es el punto en que decidimos si amamos al mundo lo bastante como para asumir una responsabilidad por él, y así salvarlo de la ruina que, de no ser por la renovación, de no ser por la llegada de los nuevos y los jóvenes sería inevitable. También mediante la educación decidimos si amamos a nuestros hijos lo bastante como para no arrojarlos de nuestro mundo y librarlos a sus propios recursos, ni quitarles de la mano la oportunidad, de

emprender algo nuevo, algo que nosotros no imaginamos, lo bastante como para prepararlos con tiempo para la tarea de renovar un mundo común (Arendt, 1996, p. 207).

Es justamente el mundo común por el cual Dewey tanto trabajó, un sentido fuerte por la experiencia de valores comunitarios en el que se vivencie una educación democrática comprometida, con el entorno y en especial con los más pequeños, de lo contrario no deja de ser simplemente una ilusión por un mundo mejor en condiciones de dificultad. Son estas ideas propuestas por Dewey las que continúan más vigentes que nunca a tal punto que no han sido aplicadas con un rigor suficiente ni siquiera en su propio país. Su pedagogía democrática basada en la creación de un espacio público humanizador y participativo donde la educación no se limite a la transmisión de unos cuantos conocimientos sino en la íntima relación entre los procesos de la experiencia donde el estudiante se involucre en un mundo que está en constante transformación.

Si en la actualidad se experimenta una crisis a nivel personal y social significa entre otras cosas que hay que plantear estrategias que conduzcan a una visión social con sentido comunitario, que sea inclusiva y sobre todo que permita hacer uso de la inteligencia creativa. Cada generación debe tener la capacidad de plantearse los nuevos retos que ella misma impone, solo a través de la educación puede cada generación enfocar sus propósitos, permitiendo asegurar la libertad y la racionalidad para las generaciones venideras. El autor hizo una acentuación especial por la educación del niño, quien tendrá en sus manos el compromiso con la sociedad en un futuro cercano y la labor de la escuela como el centro privilegiado donde se continua la vida del hogar, pero es importante también dadas las circunstancias actuales, abrir otros espacios culturales que propendan por el desarrollo del individuo como ser social. Dado que hoy día muchos espacios educan, es significativo diseñarlos y fortalecerlos para que la educación no quede solo recluida en la academia, fortalecer otros ámbitos como la familia, la comunidad, la ciudad, el campo, etc., el mal llamado “No formal”. Hacer énfasis en una educación de corte comunitaria sería una meta por la que las nuevas sociedades deben emplear las energías para que con ayuda de la inteligencia reflexiva y creativa solventen las dificultades que a nivel comunitario y local evidencien.

REFLEXIONES FINALES

Dewey ha influido en autores de la contemporaneidad como Rorty, Putnam y Bernstein, entre otros; llamados neopragmatistas quienes han hecho renacer esta corriente filosófica en los últimos años, unos entregados más al campo lingüístico como Putnam y Rorty, basando sus filosofías en el rechazo radical a las nociones de verdad universal y fundacionalismos epistemológicos y abogando por una filosofía pragmática como una herramienta que posibilita la deliberación moral y política de la sociedad que surge de los problemas humanos y del conflicto de la experiencia, dando lugar a la perplejidad y confusión. Una sociedad que se constituye como un entramado de relaciones intersubjetivas donde los individuos participan de acuerdo a las necesidades y valores del grupo. Pero ha sido en especial Bernstein quien más se ha dedicado a reflexionar, explicar y resaltar la propuesta democrática deweyana, rescatando la crítica que Dewey hizo a la sociedad en la cual el papel de la filosofía genera un compromiso con la vida misma desde el ámbito personal y comunitario, es decir, que es importante la preparación para aprender a desarrollar posiciones responsables donde se busque siempre una respuesta creativa a la forma de resolver los problemas teóricos y prácticos. A partir de esta investigación se ha llevado a cabo un análisis rescatando esa necesidad de reflexionar dichos problemas desde el ámbito social teniendo presente que la vida comunitaria es fundamental para la realización de la humanidad en diversos contextos, se señaló la importancia de hacerlo a través de la democracia de acuerdo con la propuesta deweyana de comprenderla como una forma o modo de vida, la cual trasciende las esferas de lo político y se refleja a través de la vivencia diaria.

El papel que juega la democracia en la actualidad subraya la siguiente pregunta: ¿Cómo pensar los conflictos tendiendo a su resolución desde una propuesta inclusiva? Se sugiere analizar a partir de los ámbitos jurídico, político y ético con miras a entremezclarlos como condición de posibilidad ineludible en la resolución de los problemas actuales. Pues la crisis y devaluación de la esfera pública a partir de la expansión y crecimiento de masas han desencadenado un crecimiento desmedido, que ha propiciado la marginalidad de la esfera privada y pública. Aguilera da un diagnóstico de la situación que vive la democracia en la actualidad:

La crisis y disolución de la esfera pública, es producto y consecuencia de expansión y omnipresencia de la esfera laboral y de la esfera tecnológica cumplida con el advenimiento de la sociedad neocapitalista postindustrial. Los imperativos de la acumulación de capital y poder, la búsqueda de nuevos mercados, bienes de consumo y tecnología occidental han erosionado el espacio público democrático de forma que lo están agotando, desinflando, casi diluyendo (Aguilera, 2009, p. 13)

Esta situación por la que atraviesan los gobiernos democráticos los ha hecho más partidarios del empleo de técnicas para acabar con la división interna, utilizan las leyes en contra de la oposición política y las formas de mercado para modernizar las herramientas autoritarias de represión, logrando mejorar sus métodos y frenando el posible avance de la democracia, intentando sobre todo preservar la continuidad de sus estilos de gobierno.

A partir de esta situación en que se halla la democracia en la actualidad, la propuesta del filósofo norteamericano John Dewey ha sido fundamental ya que su análisis aporta elementos de construcción en la comprensión de las circunstancias que aunque diferentes a su época siguen generando, de acuerdo a los cambios sociales, políticos y económicos, otros problemas y conflictos que deben ser pensados con miras a desarrollar una sociedad plenamente democrática. Además el punto fundamental que dejó como legado es su idea de que la democracia es una tarea que nos reclama y la reiteración del sentido ético en su proyecto democrático significa que como comunidad presente en las actuales circunstancias tenemos la responsabilidad para juzgar de forma reflexiva con miras a su reconstrucción, a comprenderla y buscar los elementos necesarios para que dicha propuesta desde el quehacer filosófico siga siendo analizada y repensada con el objetivo de lograr nuevas posibilidades de experiencia. Perspectiva filosófica que para Dewey siempre fue una meditación constante con las diversas tradiciones tanto filosóficas como culturales, en un diálogo que no puede resumirse simplemente en una postura rígida sino que permite a los interlocutores nuevas comprensiones, revisiones constantes y proyecciones de nuevas interpretaciones que permitan encontrar puntos de vista alternos para confrontarlos y evaluarlos continuamente.

Son justamente estos intereses por la inclusión y el reconocimiento a nivel comunitario los que motivaron esta investigación, el haber tenido a la filosofía como una opción de vida que ha permitido comprender y analizar la existencia en algunos aspectos, así como la importancia de desarrollar relaciones recíprocas contribuyendo a la construcción no sólo de una personalidad sino un sentimiento de compromiso, cuidado y respeto por el otro, con el que se convive diariamente, del que se aprende y se despierta la pasión por la vida. Esa pasión que ha permitido reflexionar sobre ciertos aspectos que deben ser necesarios para poder llevar a cabo un ideal de vida más compacto que le haga bien a las sociedades y que uno de estos aspectos en particular ha sido pensar la democracia como un estilo vivencial que se refleja en la cotidianidad. Pasión que despertó el filósofo de Burlington dado que la sociedad en su época estaba atravesando una gran crisis, como fue la pérdida de la esencia misma por la vida y el descuido por el otro. Este trabajo no ha sido más que el ejercicio por la comprensión de la democracia como un modo o forma de vida al que se puede cooperar gracias a la capacidad de reflexión, permitiendo abrir

perspectivas para la construcción de una sociedad comunitaria. Aspectos que en este país particularmente han estado atravesados en los últimos años por políticas antidemocráticas en nombre de la democracia gestando hábitos de intolerancia, irrespeto, violación de derechos, corrupción política, etc., que han contribuido a una gran crisis cerrando cada vez la sociedad al diálogo y a la resolución de conflictos de manera inteligente.

Dado que la democracia últimamente en muchas afirmaciones solo remite al desespero e incluso al desprecio por la misma y las sociedades en el campo político no han mostrado más que su fracaso inminente y en muchas ocasiones sus contradicciones, la lectura de Dewey ha permitido no sólo reflexionar sino esclarecer su significado desde el ámbito ético y moral. ¿No es acaso lo que siempre se reitera en los muchos discursos que analizan las sociedades y encuentra que su deterioro se debe a la falta de una ética más comprometida y vivencial? ¿No son los fundamentos éticos y morales los que permiten tener esperanza en una comunidad de vida cuyos miembros cooperen unos con otros para una mejor convivencia? ¿No se reitera a nivel educativo que las nuevas generaciones deben ser educadas en valores para la ciudadanía? Es verdad que existen muchos aspectos en los cuales los ciudadanos podrían cumplir con una serie de requisitos, como no contaminar el ambiente, respetar las autoridades, etc., pero la verdadera ciudadanía no se reduce solo a cumplir con una lista. No es el ejercicio de los deberes políticos, sino la participación efectiva en las comunidades a las que se pertenece, desde la familia hasta el trabajo, en las que se desenvuelve a diario. El ciudadano es un ser que se encuentra inmerso en una red de relaciones y específicamente de tipo social que es necesario comprender y atender.

Esta reiteración es justamente el camino necesario para pensar las sociedades en la actualidad, se requiere de fundamentos sólidos con miras a eliminar su segregación a crear vínculos más fuertes. La democracia, ya sea desde la propuesta deweyana o porque la reflexión conduzca a crear nuevas formas de llevar a cabo este propósito, no sólo permite tener fe en esta forma de vida, sino acrecentarla en cada uno de los contextos del círculo social. No hay que continuar en la lógica que la democracia es la regla numérica de la mayoría, esta situación no hecho más que dejar a la minoría por fuera impidiendo su libre desarrollo. Justamente esta regla numérica ha causado un gran sinsabor en las diversas poblaciones que depositan los votos pensando en que quizá los nuevos representantes logren realizar de manera inclusiva los propósitos de una comunidad más dinámica y que pueda superar las dificultades; estas y muchas de las decepciones que ha causado este sistema ha hecho que la brecha de las relaciones humanas cada vez sea más amplia y se pierda la fe imperante en la democracia, comprendiéndola únicamente como un sistema de gobierno, impregnando en las culturas ciertos hábitos rutinarios y de costumbres inadecuados sin lugar a reflexión, olvidando que la democracia está intrínsecamente ligada a la formación de las personas,

que permitan crecer en hábitos inteligentes y los conduzca al desarrollo de su libertad en espacios de interacción donde puedan compartir ampliamente sus experiencias.

Se continúa teniendo esperanza en la educación para el libre desarrollo de la personalidad y si se combina con la democracia como modo de vida no sólo permitirá una sociedad mejor desarrollada sino más comprometida y en la que se reitere el reconocimiento de que los seres humanos se encuentran en un proceso constante de construcción, de renovación, aprendizaje y disposiciones que conduzca a la formación de virtudes extendiendo la experiencia como comunicación compartida, es decir como experiencia social. Que la educación sea comprendida como la vida misma, que connota el desarrollo y crecimiento, en la que no existe un final del proceso educativo sino una continuación con el logro de la cultura y el desarrollo de destrezas. La escuela debe estar en estrecha relación con la vida en general, intentando eliminar las diferencias de clase social y aprovechando las diferencias; es de esta manera que la educación entra en la búsqueda constante de nuevas relaciones en el mundo oponiéndose a la rutina cotidiana de la enseñanza.

Si los seres humanos son hombres que se relacionan siempre intrínsecamente unos con otros, como un organismo social, dependerá del compromiso que cada uno logre impregnar a través de la reflexión continua y la relevancia de valores fundamentales para la vida tanto personal como social en el que las condiciones democráticas garanticen el enriquecimiento a través del proceso de experiencia para que las comunidades y los individuos puedan ser capaces de proyectar las acciones hacia nuevos rumbos que no estén marcados como sucede en la actualidad, en los que la educación se comprende como una visión sesgada tendiente al capitalismo, a la producción de trabajo y capital y un trabajo que es asalariado, convirtiendo lo educativo en limitación cuando el saber se trata de una transformación gradual pero efectiva.

Aunque Dewey ha sido muy bien recibido en el campo pedagógico en la utilización de sus ideas para defender la educación pública, como labor para la igualdad y la convivencia en las diferencias, según el análisis que hace Santos, en las limitaciones que encuentra en su pedagogía democrática, parece que en ocasiones se queda corto ante los sufrimientos que forman parte de la historia más dramática de la humanidad, como son los oprimidos. “Esta carencia debería ser contrarrestada con una nueva pedagogía que se responsabilice de las víctimas que han sucumbido ante el progreso” (Santos, 2011, p. 126). Pero su propuesta radica justamente en la capacidad y creatividad que tenga cada época para enfrentar dichos desafíos.

Estas reflexiones pueden ser demasiado optimistas pero son el primer paso para desacostumbrar la idea de creer que solo los gobiernos pueden a través de los votos obtenidos lograr los propósitos para las diversas comunidades, si la democracia como modo de vida es un estilo particular, se debe trabajar por una educación digna que tenga un compromiso fuerte con la formación libre de sus integrantes, que en ella no solamente estén incluidos los aspectos cognitivos como los más importantes, sino sobre todo actitudinales que propendan por el aprendizaje de experiencias reflexivas y significativas. No puede permitirse que la calidad de vida de las comunidades actuales dependa cien por ciento del trabajo de los gobiernos, aunque sería lo ideal dado que su labor es justamente velar por el desarrollo social inclusivo; éste no es suficiente y tampoco hay que eximirlo de su responsabilidad. Sin embargo, se necesitan estrategias inteligentes que permitan la evaluación continua de la democracia institucional con miras a que los gobiernos trabajen éticamente, es decir, con el compromiso reiterativo de hacer de las comunidades un lugar de vida donde exista una real discusión pública que permita la formación de una experiencia más social. Es responsabilidad de las comunidades particulares velar y desarrollar por este compromiso a través de la educación la cual debe considerarse un baluarte fundamental para que los individuos a partir de la niñez comiencen a desarrollar un espíritu reflexivo y crítico.

Las crisis que han vivido las sociedades debido a sus malos gobiernos reiteran una vez más que el pensamiento en la contemporaneidad tiene que continuar desarrollando una razón responsable que sobre todo reflexione los elementos de la vida social con el objetivo de fortalecer las comunidades en la que los individuos tengan un desarrollo íntegro. Una democracia creativa que evidencie la participación, discusión y responsabilidad de cara al futuro que se construye en la medida que se evalúan reiterativamente las condiciones actuales con entrega y compromiso y la ética sea asumida como resultado del desarrollo de la inteligencia implícita en la experiencia humana para su continua evaluación como reconocimiento y defensa de la dignidad de los individuos. Que la democracia como modo de vida esté guiada por una fe activa en las posibilidades de la naturaleza humana, una fe reflexiva e inteligente que se base en las capacidades y potencialidades de los individuos y en la educación como su correlato, pero que se lleve a cabo aquí y ahora y la cura a la democracia no sea introduciendo más mecanismos de los que ya existen, sino retornando a la idea misma de democracia, traduciendo su comprensión en una crítica y transformación de sus manifestaciones políticas en la sociedad actual con los problemas actuales.

Por último es imposible escapar al conflicto dado que siempre existirá un encuentro entre personas con diferentes intereses, perspectivas y opiniones, pero es necesaria la acción en la comunidad, en la cual no importe tanto la unanimidad, sino el discurso, el interés común, con espíritus abiertos y capacidad de

diálogo. La pregunta fundamental debe ser: ¿Cómo responder al conflicto? Recogemos los principales elementos que Dewey señaló en su propuesta democrática como son la persuasión, la discusión y la formación de una opinión pública; que trabaje para el desarrollo de una cultura en la que la pluralidad sea promovida adecuadamente. Una cultura que tiene tantos sectores a los cuales atender y sobre todo con la intención de llevar la moral a todos estos lugares de tal forma que desarrollen en su sentido más amplio, comunidades de vida.

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía primaria

- * Dewey, J. (2011). *Selección de textos*. Trad. Diego Pineda. Medellín, Universidad de Antioquia
- * _____ (2008). *El arte como experiencia*. Trad. Jordi Claramonte. Barcelona, Hurope, S.L
- * _____ (2004). *La opinión pública y sus problemas*. Trad. Ramón del Castillo. Madrid, Ediciones Morata
- * _____ (2002). *Democracia y educación*. Trad. Lorenzo Luzuriaga. Madrid, Ediciones Morata.
- * _____ (1996). *Liberalismo y acción social y otros ensayos*. Trad. J. Miguel Esteban Cloquell. Valencia, Edicions Alfons el Magnànim
- * _____ (1996). *Ensayos sobre filosofía política: Democracia creativa: La tarea ante nosotros (1939), Libertad (1937), La democracia es radical (1937), Educación y cambio social (1937), Autoridad y cambio social (1936), El significado social de la libertad académica (1936), Libertad y control social (1935)* En: *Liberalismo y acción social y otros ensayos*. Trad. J. Miguel Esteban Cloquell. Valencia, Ed. Alfons El Magnànim
- * _____ (1996). *Educación y cambio social (1937)*. En *Liberalismo y acción social y otros ensayos*. Trad. J. Miguel Esteban Cloquell. Valencia, Ed. Alfons El Magnànim
- * _____ (1992). *El hábito y el impulso en la conducta*. San Bernardo, Edición de la lectura
- * _____ (1975). *La ética de la democracia*, en: *The Early Works 1882-1898*, London & Ámsterdam: Southern Illinois University Press.
- * _____ (1977). *Mi credo pedagógico*. Trad. Lorenzo Luzuriaga. Buenos Aires, Centro editor de América Latina. Versión virtual en: http://www.fceia.unr.edu.ar/geii/maestria/TEMPORETTI/Dewey_Mi_credo_Pedagogico.pdf
- * _____ (1965). *Libertad y Cultura*. Trad. Ángela Romera. Buenos Aires, Editorial Rosario

- * _____ (1964). *Naturaleza humana y conducta*. Trad. Rafael Castillo. México. Fondo de Cultura Económica
- * _____ (1963). *La experiencia y la naturaleza*. Trad. José Gaos. México. Fondo de Cultura Económica
- * _____ (1963). *La busca de la certeza*. Trad. Eugenio Imaz. México, Fondo de Cultura Económica
- * _____ (1955). *La reconstrucción de la filosofía*. Trad. Amando Lázaro. Buenos Aires, Aguilar
- * _____ (1952). *El hombre y sus problemas*. Trad. Eduardo Prieto. Buenos Aires, Editorial Paidós
- * _____ (1951). *La educación de hoy*. Trad. Lorenzo Luzuriaga. Buenos Aires, Editorial Losada
- * _____ (1951). *La ciencia de la educación*. Trad. Lorenzo Luzuriaga. Buenos Aires, Editorial Losada
- * _____ (1948). *El niño y el programa escolar. Mi credo pedagógico*. Trad. Lorenzo Luzuriaga. Buenos Aires, Editorial Losada
- * _____ (1944). *Pensamiento vivo de Thomas Jefferson*. Trad. Luis Echávarri. Buenos Aires Editorial Losada

Compilaciones

Dewey John (1972). *The Early Works, The Middle Works, The Later Works*. Ed. Jo Ann Bodydston, Southern Illionois University, Press Illiois

Bibliografía secundaria

- * Aguilera, R. (2011). *Pragmatismo político*. México, Distribuciones Fontamara
- * Apel, H. (1979). *Teoría de la escuela en una sociedad industrial democrática*. Madrid, Sociedad de Educación Atenas.
- * Arendt, H. (1996). *Entre el pasado y el futuro*. Trad. Ana Poljak. Barcelona. Ediciones Península

- * Aristóteles. (2006). *Metafísica*. Bogotá, Ediciones Universales
- * _____ (2003). *Ética a Nicómaco*. Madrid, Mestas Ediciones.
- * Bernstein, R. (2009). *Filosofía y Democracia: John Dewey*. Trad. Alicia García. Barcelona, Herder
- * _____ (1979). *Praxis y acción*. Trad. Gabriel Bello. Madrid, Alianza Editorial.
- * Bobbio, N. (1986). *El futuro de la democracia*. Trad. José Fernández. México. Fondo de Cultura Económica
- * Camps, V. (2011). *La transmisión de valores en el proceso educativo*. En Informes Estudios y documentos, la presencia de los valores democráticos en el proceso educativo. Madrid, Defensor del Pueblo.
- * Carbonell, M. (2008). *La libertad, dilemas, retos y tensiones*. México, Unam.
- * Durkheim, E. (2003). *Pragmatismo y sociología*. Trad. Gustavo Mariño. Buenos Aires, Editorial Quadrata
- * _____ (1999). *Educación y sociología*. Trad. Janine Muls. Barcelona, Ediciones Atalaya
- * Geneyro, J. (1991). *Democracia inquieta. E. Durkheim y J. Dewey*. Barcelona, Antropos
- * Guichot, V. (2003). *Democracia, ciudadanía y educación*. Madrid, Editorial Biblioteca Nueva.
- * _____ (2002). *Los fines de la educación en el siglo XXI. Una respuesta desde la pedagogía de John Dewey*. Sevilla, Departamento de Teoría e Historia y de la Educación y Pedagogía Social. Universidad de Sevilla.
- * Faerna A. (1996). *Introducción a la teoría pragmatista del conocimiento*. Madrid, Siglo XXI De España Editores
- * Farfán Hernández, R. (2012). *Durkheim y el pragmatismo*. Madrid, Editorial Cyan S.A
- * Hobbes, T. (2009). *Leviatán*. Madrid, Alianza Editorial
- * Honneth, A. (2014). *El derecho de la libertad. Esbozo de una eticidad democrática*. Trad. Graciela Calderón. Madrid, Katz Editores

- * _____ (1999). *La democracia como cooperación reflexiva. John Dewey y la teoría de la democracia del presente*. Trad. Carlos Rendón y Sergio Muñoz. Medellín, Universidad de Antioquia. Estudios políticos No. 15
- * Horkheimer, M. (1973). *Crítica de la razón instrumental*. Trad. H. A. Murena y D. J. Vogelmann. Buenos Aires, Editorial Sur
- * Hume, D. (2001). *Tratado de la naturaleza humana*. Trad. Félix Duque. Barcelona, Paidós.
- * James, W. (1985). *Pragmatismo*. Madrid, Sarpe
- * Joas, H. (1998). *El pragmatismo y la teoría de la sociedad*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas
- * Locke, J. (2011). *Ensayo sobre el entendimiento humano*. En, http://www.bsolot.info/wp-content/uploads/2011/02/Locke_John-Ensayo_sobre_el_entendimiento_humano.pdf
- * _____ (2005). *Segundo tratado sobre el gobierno civil*. Quilmes, editorial Prometeo
- * Mill, J. (1962). *Sobre la libertad*. Trad. Josefa Sainz. Buenos Aires, Editorial Aguilar
- * Moro, T. (1941). *Utopía*. Trad. Claudio Roquette. Buenos Aires, Sopena Argentina
- * Mougán, J. (2000). *Acción y racionalidad. Actualidad de la obra de John Dewey*. Salamanca. Servicio de publicaciones de la Universidad de Cádiz
- * Novack, G. (2005). *El empirismo-pragmatismo*. Trad. Manuel Aguilar. México, Distribuciones Fontamara
- * Pierce Ch. (1988). *El hombre, un signo*. Trad. José Vericat. Barcelona, Ed. Crítica
- * Platón (1993). *La República*. Bogotá, Editorial Panamericana
- * _____ (1988). *La República*. Trad. Conrado Eggers, Madrid, Editorial Gredos.
- * Putnam, H. (1997). *La herencia del pragmatismo*. Barcelona, Paidós
- * Rorty, R. (1998). *Pragmatismo y política*. Trad. Rafael del Águila. Barcelona, Paidós
- * _____ (1996). *Consecuencias del pragmatismo*. Madrid, Tecnos

- * Rousseau, J. (2000). *Emilio o la educación*. Trad. Ricardo Viñas. Editado por El Aleph.com
- * _____ (1990). *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres y otros escritos*. Trad. A. Pintor. Madrid, Tecnos
- * _____ (1987). *El contrato social o principios de derecho político*, México, Porrúa
- * Russell, B. (1954). *El impacto de la ciencia*. En Russell, *Obras escogidas*, Madrid, Aguilar.
- * Santo Tomás de Aquino (2001). *Suma de Teología*. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos
- * Sarmiento, Medina, P. (2003). *El naturalismo empírico en la filosofía de John Dewey*. Madrid, Universidad Complutense de Madrid
- * Suárez, J. (2011). *John Dewey: La apuesta pragmatista por la democracia deliberativa*. En, Los clásicos de la filosofía política. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia
- * Weber, M. (2002). *Economía y sociedad*. Trad. José Medina. Madrid, Fondo de Cultura Económica

Artículos:

- *Dewey, J. (1925). *El desarrollo del pragmatismo norteamericano*, en: http://translate.google.com.co/translate?hl=es&sl=en&u=http://pages.uoregon.edu/koopman/siap/readings/dewey_dev_am_prag.doc&prev=search
- * Aguilera, R. (2009). *Hacia una democracia de mínimos: del mandato imperativo al mandato representativo*. Monterrey, Centro de Investigaciones Jurídicas de la Facultad Libre de Derecho de Monterrey, Año 1, No. 2.
- * Barrena, S. (2001). *Los hábitos y el crecimiento: una perspectiva peirceana*. Razón y Palabra, No 21, En, http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n21/21_sbarrena.html
- * Berlin, I. (1958). *Dos conceptos de libertad*. En: [file:///C:/Users/savio_000/Downloads/168-isaiah-berlin-dos-conceptos-de-libertad%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/savio_000/Downloads/168-isaiah-berlin-dos-conceptos-de-libertad%20(1).pdf)
- *Calegari, F. (2011). *La recepción del pragmatismo por la Escuela de Frankfurt: los aportes de John Dewey y Max Horkheimer*. En, <http://www.observacionesfilosoficas.net/larecepciondepragmatismo.htm>

- * Campos, N. (2011). *Burocracia educacional. Problemas para los gobiernos*. Filosofía de la educación. En: <http://www.filosofiadelaeducacion.cl/articulo-detalle.php?artId=74>
- * Dorantes, C. y Matus G. (2007). *La educación nueva: la postura de John Dewey*. México, Odiseo, Universidad Iberoamérica. Revista electrónica de pedagogía, Año 5, No. 9., En <http://www.odiseo.com.mx/2007/07/print/dorantes-matus-dewey.pdf>
- * Flórez Restrepo, J. (2007). *Los conceptos de libertad en Aristóteles*. Medellín, Editorial Pontifica Bolivariana, Escritos, Volumen 15, No. 35
- * García Vila, G. Política, democracia y pragmatismo en John Dewey. En <http://www.saap.org.ar/esp/docs-congresos/congresos-saap/VII/programa/paneles/a/a6/garcia-vila.pdf>. Argentina, UM.
- * González Pérez, L. (2012). *La libertad en parte del pensamiento filosófico constitucional*. México, Unam, Cuestiones Constitucionales, No. 27.
- * Hartman H. (1999). *John Dewey: exponente del pragmatismo clásico*. Educación y filosofía, 13, (25) p. 105-121, en: file:///C:/Users/savio_000/Downloads/798-2895-1-PB.pdf
- * Mercáu, H. (2012). *El proceso de la experiencia en la filosofía de John Dewey*. Logos, 21: 91-124, enero-junio del 2012, Bogotá.
- * Rodríguez B. N. (1979). *El concepto de libertad en John Stuart Mill*. Buenos Aires, Flacso Desarrollo Económico, Volumen 19, No. 73.
- * Santos, M. (2011). *Limitaciones de la pedagogía de John Dewey*. Bordón, Universidad de Granada, En: [file:///C:/Users/savio_000/Downloads/Dialnet-LimitacionesDeLaPedagogiaDeJohnDewey-3712078%20\(2\).pdf](file:///C:/Users/savio_000/Downloads/Dialnet-LimitacionesDeLaPedagogiaDeJohnDewey-3712078%20(2).pdf)
- * Vásquez Tasayco, A. (2004). *Aspectos de la epistemología de John Dewey*. En Educación, Revista de la Facultad de Educación de la UNMSM, Año I N. ° 1, Mayo 2004; pp. 67 – 81. Lima.

Tesis y monografías consultadas

- * Pineda, D. (2010). *El individualismo democrático de John Dewey. Reflexiones en torno a la construcción de una cultura democrática*. Tesis doctoral. Bogotá. Facultad de Filosofía, Pontificia Universidad Javeriana.
- * Romo, A. (2006). *La educación democrática en John Dewey: una propuesta pedagógica de transformación social en México*. Tesis doctoral. Pamplona. Departamento de educación. Facultad de Filosofía y letras. Universidad de Navarra.
- * Rodríguez, G. (2003). *Consecuencias del pragmatismo. El aspecto crítico de Richard Rorty*. San Cristóbal, España. Tesis doctoral. Departamento de Historia y Filosofía de la ciencia, la Educación y el Lenguaje. Universidad de la Laguna.
- * Figueroa, M. (2008). *El concepto de libertad en la filosofía de John Dewey*. Trabajo de grado. Bogotá. Facultad de Filosofía, Pontificia Universidad Javeriana.
- * Sandoval, J. (2011). *La reconstrucción de la experiencia en la filosofía de John Dewey*. Trabajo de grado. Bogotá. Facultad de Filosofía, Pontificia Universidad Javeriana.



“Una democracia es más que una forma de gobierno, es primordialmente un modo de vida asociada, de experiencia conjunta comunicada”

John Dewey (1859-1952)